# Una novia para un príncipe

Robyn Donald

6º Serie Multiautor La casa real de Niroli



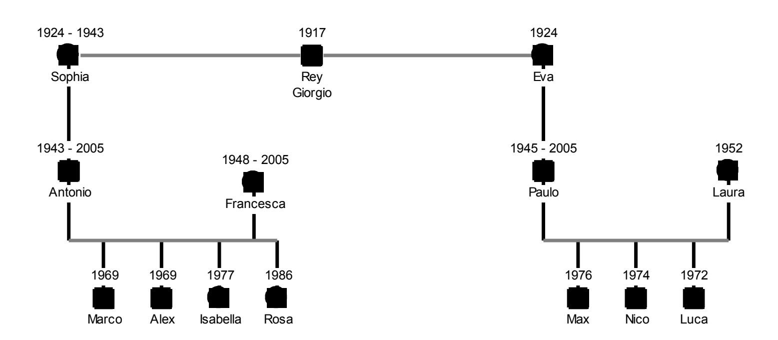

**Una novia para un príncipe (2008)**
**Título Original:** The Prince's forbidden virgin (2007)
**Serie Multiautor:** 6º **La Casa Real de Niroli**
**Editorial:** Harlequin **Ibérica**
**Sello / Colección:** Bianca **La casa real de Niroli 6**
**Género: Contemporáneo**
**Protagonistas:** Maximilian "Max" Fierezza y Rosa Fierezza

***Argumento:***

*¿Llegaría a ser rey el heredero al trono Maximilian o se lo impediría aquella hermosa mujer? Max Fierezza era un príncipe del pueblo, un hombre de la tierra, pero los súbditos de Niroli estaban inquietos y los viñedos de Max, al borde de la ruina.*

*Rosa Fierezza podía servir de gran ayuda para salvar las uvas. Llevaba mucho tiempo enamorada de Max, pero ambos luchaban contra el deseo porque sabían que nunca podrían hacer realidad su amor. Sin embargo, la verdad sobre un escándalo sucedido tiempo atrás, un secreto que la familia real guardaba celosamente, podía conseguir que Max y Rosa fueran libres.*

## Árbol genealógico de la familia Fierezza




## Reglas de la casa real de Niroli

Regla 1a: El soberano debe ser un líder moral. Si el pretendiente al trono cometiera un acto que fuera en menoscabo de la buena fama de la Casa Real, será apartado de la línea sucesoria.

Regla 2a: Ningún miembro de la Casa Real podrá contraer matrimonio sin el consentimiento del soberano. Si lo hiciera, será desposeído de honores y privilegios, y excluido de la familia real.

Regla 3a: No se autorizarán los matrimonios que vayan en detrimento de los intereses de Niroli.

Regla 4a: El soberano no podrá contraer matrimonio con una persona divorciada.

Regla 5a: Queda prohibido que miembros de la Casa Real con relación de consanguinidad contraigan matrimonio entre ellos.

Regla 6a: El soberano dirigirá la educación de todos los miembros de la Casa Real, si bien el cuidado general de los niños corresponde a los padres.

Regla 7a: Ningún miembro de la Casa Real podrá contraer deudas que superen sus posibilidades de pago sin el previo conocimiento y aprobación del soberano.

Regla 8a: Ningún miembro de la Casa Real podrá aceptar donaciones ni herencias sin el previo conocimiento y aprobación del soberano.

Regla 9a: El soberano deberá dedicar su vida al reino de Niroli. Por lo tanto, no le estará permitido el ejercicio de ninguna profesión.

Regla 10a: Los miembros de la Casa Real deberán residir en Niroli o en un país que el soberano apruebe. El monarca tiene la obligación de vivir en Niroli.

## Capítulo 1

—¡Rosa! ¡Te llaman por teléfono!

Rosa Fierezza guardó el archivo en el que estaba trabajando y cerró su portátil.

—¡Ya voy! —contestó levantándose del sofá.

Su compañera de piso ya había llegado a la puerta de su dormitorio.

—Es un tipo con una voz muy sexy —dijo tendiéndole el teléfono inalámbrico con una sonrisa traviesa —. Y por el acento, debe ser de Niroli.

Una ola de pánico invadió a Rosa. Nueva Zelanda estaba a miles de kilómetros de su país de origen, la isla de Niroli, y aunque se mantenía en contacto con su hermana y sus hermanos, casi siempre era por correo electrónico salvo en ocasiones especiales, como con motivo de un cumpleaños.

Se le hizo un nudo en la garganta al recordar a sus padres, que habían perdido la vida junto a su tío en un accidente náutico. Tragó saliva y trató de calmarse antes de contestar.

—¿Diga?

—¿Rosa?

Ella reconoció de inmediato aquella voz profunda y sensual, y cerró los ojos cuando recuerdos de otra índole la asaltaron. El corazón se le encogió de dolor y luego empezó a latir con desenfreno por aquel sueño imposible que se había esforzado por olvidar.

En un tono quedo respondió:

—¿Max? ¿Eres tú, Max?

—El mismo, primita —contestó él muy serio en el dialecto de Niroli—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo ella también en su lengua materna—. ¿Ha ocurrido algo, Max?

—Nada relativo a la familia —se apresuró a tranquilizarla él—. Todos están bien.

Rosa respiró aliviada. Después del trágico accidente que había provocado la muerte de sus padres y de su tío, le había quedado el miedo a que algo igual de inesperado y terrible pudiese volviese a ocurrir. Ese miedo la acompañaría durante el resto de su vida.

—Excepto el abuelo, claro, pero está todo lo bien que puede estar un hombre a sus noventa años —añadió Max.

El rey de Niroli, el abuelo de ambos, era ya un anciano achacoso, y estaba buscando un heredero. Max no estaba, ni mucho menos, entre los candidatos más inmediatos en la línea sucesoria, pero sus hermanos y los hermanos de Rosa habían renunciado a su derecho al trono para casarse por amor y, de pronto, se había convertido en el heredero más probable.

—Entonces… ¿por qué has llamado? —inquirió Rosa.

—Porque eres la científica de la familia —contestó su primo—. Giovanni Carini, no sé si te acordarás de él, me ha dicho que para tu doctorado estás desarrollando un nuevo método para tratar la antracnosis de la vid.

—Por supuesto que recuerdo a Giovanni —contestó ella, sonriendo al pensar en aquel hombre ya entrado en años que había dedicado su vida al cuidado de los viñedos de Niroli. Luego, al caer en la cuenta de lo que Max había dicho, un gemido ahogado escapó de sus labios—. ¿No querrás decir que…? ¿Ha surgido un brote de antracnosis en Niroli?

—Me temo que sí.

—¿Cuántos viñedos están afectados y en qué parte de la isla?

—Al menos tres, en el valle de Cattina —contestó él con voz grave.

A Rosa se le encogió el corazón. El valle de Cattina era una de las zonas más importantes de la isla en lo que se refería al cultivo de la uva, que era uno de los principales motores de la economía del país. Esa epidemia podía suponer un desastre para Niroli.

—¿Se han puesto en cuarentena los viñedos afectados? —preguntó.

—Se hizo de inmediato, pero necesitamos saber cuáles son los últimos avances y cuál es el mejor modo de tratar el brote. ¿Puedes ayudarnos?

Rosa dejó a un lado sus sentimientos hacia Max. Amaba su país y a sus gentes, y aquél era un asunto de máxima gravedad. La antracnosis de la vid era una enfermedad provocada por unas bacterias que primero agujereaba las hojas y luego iba extendiéndose por toda la vid, haciéndola marchitar. Podía llegar a destruir los viñedos de toda la isla, y con ellos moriría un modo de vida, junto con el vino que llevaba más de dos mil años produciéndose. Solo pensarlo era desolador.

—Eso espero —dijo ella con cautela, deseando poder tener más confianza en que sus conocimientos fueran de utilidad—. Estamos trabajando en un producto, un aerosol, para controlar el brote sin tener que arrancar y quemar las vides en un radio de cinco kilómetros alrededor de cada viñedo infectado. Tal vez si hablo con mis jefes pueda convencerles para que nos permitan probar el aerosol.

—Yo lo haré —dijo Max con un aire autoritario que siempre la había intimidado—. Ya tengo los nombres y los números de contacto necesarios.

Una sonrisa maliciosa asomó a los labios de Rosa. Típico de Max el ir dos pasos por delante.

Hacía años, tras heredar unos viñedos en el valle, su primo se había encontrado con que los campesinos se aferraban todavía a los métodos de los romanos, que habían plantado las primeras vides de uva blanca siglos atrás. Exportaban muy poco, y aquello apenas les daba para subsistir.

Gracias a Max todo había cambiado. Con su carisma, mezcla de una aguda inteligencia, autoridad y encanto personal, además de gracias a la inestimable ayuda de Giovanni Carini, había conseguido persuadir a los agricultores para unirse en una cooperativa y combinar además los métodos tradicionales con lo mejor de las técnicas modernas.

Los resultados habían sido espectaculares. El vino producido en la región, Porto Castellante Blanco, se exportaba ahora a todo el mundo y los viticultores tenían una seguridad de la que antes carecían. Por desgracia, aquel peligroso brote podía despojarlos de esa misma seguridad de la noche a la mañana.

Tenía que hacer todo lo posible por ayudar a sus paisanos.

—¿No crees que sería mejor que fuese yo quien hablase con mis superiores? —dijo con ironía—. Es un estudio en el que yo estoy trabajando, y a mí me conocen.

—Pero yo tengo poder e influencias, y estoy dispuesto a emplearlos —contestó él en un tono que a Rosa le pareció arrogante, hasta que añadió—: El futuro de los viñedos de Niroli y de miles de personas

dependen de que atajemos este brote. Es la antigüedad de las vides lo que hace que el vino del valle de Cattina tenga la excelente calidad que tiene. Si nos vemos obligados a arrancarlas y plantar vides nuevas, perderemos. Por no mencionar que tendríamos que esperar años antes de poder volver a plantar.

Rosa se mordió el labio. Sabía que, dijera lo que le dijera, no iba a hacerle cambiar de opinión, y también estaba claro que no la tomaba en serio. Para él siempre sería la chiquilla patosa que lo había avergonzado cinco años atrás enamorándose perdidamente de él.

No era que la hubiese rechazado abiertamente, pero se había vuelto más distante con ella, más formal, y luego había aparecido una novia guapa, inteligente... y tan buena persona que Rosa se había sentido como una miserable por odiarla.

Al recordar aquello, una mezcla de resentimiento y dolor la invadió.

—En ese caso, lo único que puedo hacer es desearte suerte —dijo—. Dudo que a pesar de todo tu poder y tus influencias mis superiores vayan a permitirte probar el aerosol sin la supervisión de alguien del laboratorio. Además, querrán informes detallados de los resultados que se vayan produciendo.

—Y por eso quiero que vengas y te hagas cargo personalmente de eso —contestó él—. En cuanto haya hablado con tus superiores, me pondré en contacto contigo, primita.

Rosa tuvo que contenerse para no lanzar el teléfono contra la pared. «Primita»... Era sólo una palabra, era como la había llamado siempre, pero era su forma de recordarle que, según las antiguas reglas de la monarquía de Niroli, el futuro monarca de la isla no podían casarse con una mujer de su misma sangre, y después de que sus hermanos y sus primos hubiesen renunciado a su derecho al trono, Max se había convertido en el heredero.

No necesitaba recordárselo. Ya no era una cría.

Se despidió de Max con una formalidad extrema y esperó a que él colgara antes de mascullar un improperio.

Luego hizo unos ejercicios de respiración y fue a lavarse la cara para hacer frente a las preguntas que sin duda tendría su compañera de piso.

Kate estaba en la cocina. Cuando Rosa entró, le tendió una taza de café.

—Bueno, ¿qué primo era? —preguntó.

—Max —contestó Rosa tomando la taza—. Es el menor de los hijos de mi tío Paulo, que en paz descanse.

—¡Aja, el próximo rey! —exclamó Kate—. Y dime, ¿es atractivo? Porque tiene una voz de lo más sexy.

Rosa sabía que podía hablar con su compañera de piso de su familia sin tener que preocuparse. Kate, que era abogada, era muy discreta, y cuando los periodistas le preguntaban esos días a la salida de los juzgados por quién sería el sucesor al trono de Niroli, ella se limitaba a responder con una sonrisa amable: «Lo siento; no sé nada de ese tema».

—Atractivo es decir poco.

—¿Crees que será un buen rey?

—Oh, estoy segura de que sí. Es una mezcla de empresario brillante y hombre de honor, con un gran sentido del deber.

—¿Y quiere ser rey?

Rosa frunció los labios y ladeó la cabeza.

—Bueno...

—En otras palabras, detesta la idea —dijo Kate con una sonrisa maliciosa—. ¿Sabes?, tu pequeño país debería mandar al diablo eso de la monarquía. No digo que como institución no aporte un toque pintoresco y una cierta distinción, pero a mí me parece que todas esas reglas no hacen feliz a nadie. Al menos, está claro que tus hermanos y varios de tus primos piensan lo mismo: todos han renunciado a su derecho al trono. Y tu hermana, desde luego, no puede aspirar a ser reina ahora que se ha casado con un rebelde independentista.

Rosa se encogió de hombros.

—El independentista rebelde era su padre, no él. Y en cualquier caso, las mujeres no pueden heredar la corona en Niroli.

—¿Por qué no? —saltó Kate, indignada—. ¡Eso es un ultraje!

—A mí no me lo preguntes; ha sido así durante siglos. Y si te digo la verdad, tampoco me importa demasiado; un peso que me quito de encima.

Kate farfulló algo incomprensible.

—Bueno, ¿y por qué llamaba tu primo?

Rosa se puso seria.

—Se ha producido un brote de antracnosis de la vid en la isla.

Kate sabía lo suficiente de las investigaciones que estaba llevando a cabo Rosa como para comprender que se trataba de algo preocupante.

—Y eso es malo, ¿no?

—Muy malo —contestó Rosa—. En cuanto consiga un vuelo, saldré para allá.

—Puedo encargarme yo si quieres —se ofreció Kate de inmediato—. Tú mientras ve haciendo la maleta. ¿En primera clase?

—Si sólo quedan asientos en primera… —respondió Rosa encogiéndose de hombros—. El dinero no es lo que cuenta en este caso; y cuanto antes pueda salir, mejor.

—¡ Ah, quién fuera una princesa rica como tú! —exclamó Kate con un cómico suspiro antes de salir de la cocina.

Una media hora después, cuando Rosa estaba cerrando su maleta, Kate entró en el dormitorio y anunció triunfal:

—Te he conseguido un asiento en *business*. Harás escala en Roma y luego tomarás un vuelo a Porto di Castellante. Vamos, te llevaré al aeropuerto.

Rosa iba a darle las gracias cuando sonó el teléfono. Kate fue a contestar y volvió al cabo de unos segundos.

—Es para ti.

Rosa tragó saliva, preguntándose si sería Max otra vez, y se sintió irritada consigo misma cuando el corazón empezó a latirle con fuerza de sólo pensarlo.

Sin embargo, resultó que era uno de sus jefes del laboratorio.

—He oído que nos dejas por unos días —dijo éste—. Ese primo tuyo debe tener un gran poder de convicción. Acabo de recibir órdenes del mismísimo «Dios» para que os preste al príncipe Maximilian y a ti toda la ayuda que necesitéis.

Rosa se sintió aliviada al ver que no parecía molesto, sino más bien intrigado. Le explicó cuál era la situación, diseñaron juntos un plan de ataque y, cuando colgó, una sonrisilla cínica se dibujó en sus labios. Como su jefe había dicho, si algo tenía Max, era poder de convicción. Y por supuesto «Dios», como llamaban en broma al presidente de la multinacional a la que pertenecían los laboratorios, no habría dudado ni un segundo en acceder a sus requerimientos.

Después de todo, no todos los días le pedía ayuda a uno un futuro rey.

Sentado en el sofá del despacho del director del aeropuerto de Niroli, Max volvió a mirar su reloj.

Si Rosa le hubiese dejado, le habría enviado el jet privado de la Casa Real, pero al llamar a su prima para darle instrucciones, su secretaria se había encontrado con que ya estaba en camino.

En ese momento se abrió la puerta y apareció el director del aeropuerto.

—Alteza, la princesa Rosa ya ha llegado —anunció haciéndole una reverencia.

Luego se hizo a un lado y Max se puso de pie y observó atónito a la joven que entraba en la sala.

Hacía dos años desde la última vez que la había visto, en los funerales de estado por los padres de Rosa y por su padre, rota de dolor, vestida de luto y con un velo negro cubriéndole el rostro.

Qué distinta aquella Rosa que estaba dándole las gracias en ese momento al funcionario. Esperó hasta que el hombre hubo salido, cerrando tras de sí, antes de volverse hacia él con la cabeza bien alta y una sonrisa en los labios carnosos. Llevaba el cabello, negro como el azabache, recogido de un modo informal que dejaba al descubierto el esbelto cuello, y sus exóticos ojos almendrados, adornados por espesas pestañas, estaban mirándolo con curiosidad.

A pesar del largo viaje tenía un aspecto radiante. Las largas piernas iban enfundadas en unos vaqueros que le daban un aire a la vez sexy y chic, y lucía una sencilla blusa blanca de algodón bajo la que se adivinaban unas curvas… interesantes.

No tenía la sofisticación ni el glamour de su hermana Isabella, pero no podía decirse que le fuera a la zaga en belleza.

Max tuvo que hacer un esfuerzo para desviar el rumbo que estaban tomando sus pensamientos.

—Gracias por venir, Rosa.

—No podía dejar a mis compatriotas en la estacada. Haré todo lo que pueda por ayudar.

Su voz había adquirido un timbre sensual y aterciopelado, tan lleno de encanto y de misterio como sus ojos castaños.

Por amor de Dios, ¿en qué estaba pensando?, se reprendió Max irritado. ¡Era su prima!

Rosa era un fruto prohibido en todos los sentidos.

—Bienvenida a Niroli —dijo con una sonrisa. Antaño la habría besado en ambas mejillas, pero en ese momento decidió que sería mejor no hacerlo—. Ojalá las circunstancias de este encuentro no fueran tan desafortunadas.

—Lo mismo digo. Aunque te veo bastante animado para estar enfrentándote a un brote de antracnosis —contestó Rosa tendiéndole la mano.

Max se la estrechó y, al sentir la suavidad de su piel, una ola de calor lo envolvió.

—También tú, después de un vuelo de varias horas desde el otro extremo del mundo —respondió, apresurándose a soltarle la mano.

—Es que he dormido en el avión. ¿Ha llegado el instrumental que mandamos del laboratorio?

—Llegó en un avión de carga esta mañana a primera hora y ya está en Cattina —contestó Max. Fue a abrir la puerta y la sostuvo para que Rosa saliera—. Vamos allí directamente. El abuelo no se encuentra muy bien y los médicos le han aconsejado reposo absoluto. Me ha pedido que te dé un abrazo de su parte y que te agradezca el haber acudido en nuestra ayuda. Te verá cuando esté un poco mejor —añadió—. He pedido que lleven tu equipaje al coche que está esperándonos fuera, en el aparcamiento.

¿Había sido su imaginación o Max había hecho énfasis en la palabra «abuelo»?, se preguntó Rosa. No, estaba segura de que no lo había imaginado. ¿Por qué tenía que comportarse de aquel modo tan irritante?

—¿Cómo está de enfermo? —preguntó mientras bajaban en el ascensor—. Quiero la verdad, Max — añadió al ver que se quedaba callado.

Él apretó la mandíbula antes de contestar.

—Es muy mayor, y está cansado… Para no mencionar el estrés que ha tenido con todo lo que ha pasado últimamente —dijo—, pero los médicos aseguran que se repondrá.

Cuando salieron fuera de la terminal, Rosa no pudo evitar lanzarle una larga mirada de reojo mientras caminaban. Era tan increíblemente guapo… Los rayos del sol arrancaban reflejos dorados de su cabello rubio oscuro, los cuales suavizaban los ángulos de sus facciones.

Creía que había dejado atrás de una vez por todas sus estúpidos sueños románticos, pero parecía

que había estado engañándose. Tenía que controlar la atracción que sentía hacia él.

—¿Qué se siente al ser el siguiente en la línea sucesoria? —inquirió.

Apenas hubieron cruzado esas palabras sus labios se arrepintió de haberlas pronunciado, pues sabía que a Max no le gustaba que se metiesen en sus asuntos.

Tal y como esperaba, él enarcó una ceja.

—Si tiene que ocurrir, no me quedará más remedio que acatarlo —respondió en tono seco.

Sin embargo, ella ya no era la adolescente que se venía abajo cada vez que él fruncía el ceño.

—Estoy segura de que serás un gran rey —dijo empleando el mismo tono distante que él.

Max la miró fijamente con sus increíbles ojos verdes y el corazón de Rosa palpitó con fuerza, pero él no hizo comentario alguno.

Habían llegado junto a un coche negro con las lunas tintadas, al lado del cual estaba esperándolos un guardaespaldas.

—Habría hecho que nos llevaran en helicóptero —dijo Max mientras les abrían la puerta del asiento trasero—, pero está sobrevolando el valle.

—¿Otro viñedo afectado? —inquirió ella preocupada.

—Probablemente —contestó él—. Sube, tenemos mucho que hacer.

Rosa entró en el coche y, en cuanto él se hubo sentado a su lado, notó que el estómago se le llenaba de mariposas por la proximidad entre ellos en aquel espacio reducido. Inspiró profundamente en un intento por calmarse, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Iba a ser un largo trayecto.

—Rosa.

Una voz profunda y fascinante se coló en sus sueños, como un dulce eco.

—Rosa —insistió la voz de nuevo, y ella sonrió.

Los párpados le pesaban cuando abrió los ojos, pero se despertó por completó al ver el rostro de Max frente al suyo. El coche se había parado.

—¿Qué ocurre? —inquirió incorporándose—. ¿Dónde estamos?

—Hemos llegado a nuestro destino. Bienvenida a Cattina, primita.

Rosa no estaba dispuesta a aguantar aquello ni un minuto más.

—Max, ya no soy aquella adolescente que suspiraba por ti —dijo con aspereza—. Soy una científica y he venido aquí en calidad de tal. ¿Te importaría dejar de llamarme «primita»?

Las facciones de Max se endurecieron.

—Tengo diez años más que tú; para mí siempre serás mi prima pequeña. Da igual qué palabras emplee para dirigirme a ti, eso es un hecho que jamás cambiará. Acéptalo, Rosa.

Su contestación fue como una bofetada para ella, que sintió cómo algo en su interior, quizá el último hálito de esperanza que le quedaba, se marchitaba y moría. Por un instante, ese golpe bajo la dejó aturdida, pero luego logró recobrar la compostura y mirándolo a los ojos dijo:

—Esos diez años de diferencia y el hecho de que ahora seas el heredero de la Corona exigen respeto hacia ti por mi parte, pero si quieres que los dueños de los viñedos me tomen en serio, tendrás que empezar por hacerlo tú también. Y no lo vas a conseguir empleando conmigo ese tono condescendiente y llamándome «primita». Si, llegado el caso, tengo que convencerles de que hay que tomar medidas drásticas, como arrancar las vides y quemarlas, tendrás que respaldarme, no minar mi autoridad tratándome como a una niña.

Max entornó los ojos y una sonrisa cínica se dibujó en sus labios.

—Quizá estaba equivocado —respondió tras unos instantes de tenso silencio—. Muy bien, a partir de ahora sólo te llamaré «primita» cuando estemos a solas.

Por el modo en que lo dijo, sonó como si estuviera haciendo una generosa concesión por la que debiera estarle agradecida. Rosa apretó las mandíbulas y giró la cabeza hacia la ventanilla, hacia la fachada del *castello*, una fortaleza construida en la Edad Media para proteger el paso a través de las montañas, un paso que había sido horadado por el río. Y es que en un clima seco como el de Niroli, el agua era vital.

Durante siglos, aquel *castello* había protegido el fértil valle de los invasores, aunque algunos habían logrado hacer mella en los muros de piedra.

Con la esperanza de dar una imagen adulta y profesional, se giró de nuevo hacia él y le dijo:

—De todos modos, imagino que será difícil convencer a los viticultores de que sé lo que estoy haciendo. ¿Siguen teniendo los hombres de por aquí una imagen tan tradicional de la mujer como hace unos años?

Max enarcó una ceja.

—Tu hermana ha cambiado mucho las ideas de los isleños sobre lo que las mujeres pueden o no pueden hacer. Todo el mundo está orgulloso de su éxito en el terreno de los negocios.

Isabella tenía agallas y Rosa la admiraba, pero su hermana, tan hermosa, tan elegante y tan ducha en el trato con la gente, siempre la había hecho sentirse como el patito feo de la familia.

Dejó escapar un suspiro cansado mientras Max salía del coche y lo rodeaba para ir a abrirle la puerta. Justo en ese momento, salía del *castello* un miembro del personal para ocuparse de su equipaje.

Rosa se bajó del vehículo y contrajo el rostro cuando los músculos de su cuerpo protestaron, no sin razón, porque apenas los había usado en las últimas treinta y seis horas.

—*¿Jet-lag?* —preguntó Max asiéndola del brazo cuando la vio tambalearse un poco.

El solo contacto hizo que Isabella se sintiera acalorada.

—No, sólo estoy un poco entumecida —respondió, esbozando una sonrisa para disimular su reacción —. El viaje desde Nueva Zelanda ha sido muy largo.

Max la soltó casi de inmediato, como si estuviese incómodo, y le dijo mientras caminaban hacia la entrada del *castello*:

—Si no te hubieses dado tanta prisa por encontrar un vuelo, podrías haber viajado de un modo mucho más confortable. Te habría enviado el jet privado.

Luego, cuando llegaron al portón abierto hizo un ademán para que ella pasara primero, y dijo con solemnidad:

—Bienvenida a mi hogar, prima.

## Capítulo 2

Isabella le había hablado maravillas de la restauración que Max había llevado a cabo en el *castello*, pero antes de que Rosa tuviese tiempo de fijarse en poco más que los magníficos tapices que adornaban el vestíbulo y el mosaico del suelo, que imitaba los antiguos mosaicos romanos, se le escapó un enorme bostezo.

Qué adulta y qué sofisticada, se reprendió, apresurándose a taparse la boca con la mano.

Max la miró divertido.

—Pobre prima. Debes estar exhausta. Te acompañaré a tu habitación. Y si me permites la sugerencia, deberías tomar algo y acostarte.

—No diré que no a lo primero.

—¿Qué te apetece?

—No sé, algo ligero: una ensalada y un café.

Bastó una mirada de Max al empleado, que estaba esperando órdenes, para que éste asintiera y se

dirigiera a la cocina.

—Me refrescaré un poco y me cambiaré para que vayamos a ver los viñedos en cuarentena —dijo Rosa.

—¿Intentas demostrar algo, primita? —inquirió Max, haciendo un ademán para que lo siguiera escaleras arriba.

—Posiblemente —contestó ella, sin dejarse arredrar por el tono sarcástico que había empleado—. Imagino que sabrás que el tiempo es un factor esencial cuando se quiere contener un brote epidémico. Necesito ver los viñedos.

—Estás cansada —replicó él—. Pensarás con más claridad cuando hayas dormido un poco.

—No necesito dormir; estoy perfectamente —insistió ella.

Una vez a solas en su habitación, Rosa apoyó la espalda en la puerta y echó la cabeza hacia atrás. Tenía que sobreponerse a la atracción que sentía por Max. No podía pasarse el resto de su vida suspirando por un hombre que no correspondía a su amor y seguía viéndola como a una niña.

Fue al cuarto de baño a darse una ducha, y cuando salió, envuelta en una toalla, se encontró con una doncella que estaba deshaciéndole la maleta y colgándole la ropa en el armario. Se saludaron, sonrientes, y Rosa escogió unos pantalones de algodón y una camiseta verde oscura. Nada de vestidos; necesitaba tener un aspecto profesional. Además, iban a caminar por los viñedos, se dijo mientras se calzaba unas botas de cuero.

Tendría que comprarse unas de goma, pensó. No quería ni imaginarse cómo iban a quedarse aquellas cuando hubiese pasado por varias fosas antisépticas al entrar y salir de los viñedos.

En ese momento llamaron a la puerta. Eran la ensalada y el café que había pedido.

Rosa se sentó a comer en la mesa, junto al balcón, y una cierta melancolía la invadió mientras saboreaba cada bocado y miraba el paisaje, recordando su infancia y a sus padres. Se esforzó por contener las lágrimas y apartó aquello de su mente para pensar en su hermana, que había encontrado la felicidad que tanto merecía junto a un marido que la adoraba. Ojalá ella pudiese tener lo mismo…

—¿Qué tal tu almuerzo? —preguntó Max una hora después, al volante de su todoterreno, mientras se dirigían a uno de los viñedos afectados.

—Delicioso —respondió ella—. Nueva Zelanda tiene unos alimentos de primera calidad, pero allí es imposible conseguir los sabores de la cocina de Niroli. Incluso las especias saben ligeramente distintas.

—¿Qué opinas de Nueva Zelanda? —inquirió él.

—Bueno, es… un lugar muy agreste —respondió ella tras unos instantes—. Quiero decir que aquí, en la vieja Europa, se ve la mano del hombre en todas partes, pero allí hay enormes zonas de naturaleza virgen. Y hay tan pocos habitantes… Excepto en las ciudades, claro, pero las ciudades son pequeñas comparadas con las nuestras.

Max asintió.

—Lo sé; he estado allí.

¿Cuándo?, se preguntó ella sorprendida y algo dolida. ¿Le había ocultado su visita? Como no podía preguntarle eso, dijo:

—¿Y qué te pareció a ti?

—Igual que a ti, me encantó lo agreste que es —respondió él con una sonrisa—. Y aunque hace ya cinco años, antes de que la industria del vino despegara de verdad, me gustaron los vinos que probé —añadió.

Rosa se sintió aliviada al saber que Max había estado en Nueva Zelanda antes de que ella se hubiese ido a estudiar allí, que no había ido y la había evitado, como había creído en un principio.

—Envidio a los neozelandeses la oportunidad que tuvieron de construir esa industria a partir de cero —continuó Max.

—Pero eso es lo que has hecho tú aquí, ¿no? —inquirió ella.

Max se encogió de hombros.

—No exactamente. Llevaba produciéndose vino en esta región desde el tiempo de los romanos —contestó—. Yo simplemente convencí a los agricultores para introducir unos cuantos avances con el fin de modernizar el proceso. Además, conté con la ayuda de Giovanni. Como sabes, él había estado trabajando en los viñedos de la Casa Real y, gracias al éxito que consiguió allí, adquirió un gran prestigio. Los agricultores lo respetan. Si no hubiera sido por su apoyo, yo no habría podido convencerlos para implementar el proceso de producción.

—No lo creo —replicó ella—. Aun sin Giovanni, estoy segura de que habrías acabado ganándotelos. Puede que hubieses tardado más tiempo, pero siempre me ha parecido que eres de esa clase de personas en cuyo vocabulario no tiene cabida la palabra «fracaso».

—Sí, pero por mucho que te esfuerces, el destino igualmente tiene sus reveses —dijo él, poniéndose serio al tiempo que aminoraba la velocidad—. Hemos llegado al primer viñedo —anunció.

Dos soldados guardaban la entrada. Cuando se dieron cuenta de quién conducía el vehículo, se pusieron firmes e hicieron el saludo militar antes de levantar la barrera para que pudieran entrar.

El todoterreno atravesó una fosa de poca profundidad en la que se había vertido una solución antiséptica para desinfectar las ruedas.

—No se permite la entrada a nadie que no esté autorizado —explicó Max a Rosa—. De momento parece que las medidas de seguridad están funcionando. Las vides se podaron inmediatamente y se quemaron las hojas y las ramas pequeñas. Espero que podamos salvarlas.

—Yo también lo espero, pero no hay muchas probabilidades —respondió ella quedamente—. Lo máximo a lo que podemos aspirar es a evitar que se propague con el antibiótico que hemos creado. Está diseñado para atacar específicamente a la bacteria que causa la enfermedad y que no deje el suelo estéril. Si utilizamos ese antibiótico en las franjas de tierra entre los viñedos afectados y los que estén en las proximidades, tal vez logremos contener la propagación.

Giovanni estaba esperándolos con un pequeño grupo de campesinos. Cuando fue a bajarse del vehículo, Rosa se sintió mareada y las rodillas le flaquearon, haciéndola tambalearse. Un gemido ahogado escapó de su garganta y se agarró a la puerta para no perder el equilibrio.

Max llegó junto a ella antes que nadie. La rodeó con sus fuertes brazos y la sostuvo contra su cuerpo.

—Te dije que deberías acostarte y dormir un poco… —la reprendió entre dientes.

—Estoy perfectamente, Max; no necesito echarme —replicó ella con obstinación, apartándose de él para mirarlo con la cabeza bien alta.

—¿Estás segura? —inquirió él escrutándola con los ojos entornados. En su voz había un matiz de irritación… y algo más.

Durante el breve instante en que había permanecido entre sus brazos, a Rosa no le había pasado desapercibido el modo en que el cuerpo de Max había reaccionado al calor del suyo, al contacto con el suyo. Sabía que los hombres podían desear a una mujer aunque no sintieran nada por ella, pero experimentó una satisfacción perversa por que Max no hubiese podido disimular su excitación.

—Son sólo los efectos de un vuelo interminable —dijo a Giovanni y a la familia de campesinos, que estaban mirándola preocupados—. Disculpen que los haya asustado de este modo.

El dueño del viñedo se volvió hacia su esposa y la increpó diciendo:

—Mirella, mujer, ¿qué haces ahí plantada? Ve a traerle a la princesa un vaso de vino.

—Se lo agradezco, pero preferiría agua —intervino Rosa.

Sin embargo, la hija del viticultor se había adelantado a sus deseos y llegaba en esos momentos con un vaso de agua.

Rosa tomó primero unos cuantos sorbos y luego lo apuró.

—Gracias; ya me siento mejor.

Mientras caminaban por entre las vides, sintió todo el tiempo la mirada de Max sobre su persona. Se mantuvo en todo momento a menos de uno o dos pasos de ella hasta que volvieron a la casa, donde los invitaron a café y tarta de frambuesa.

—¿Cuál es su opinión, Alteza? —preguntó el dueño del viñedo a Rosa, visiblemente tenso.

—No podré pronunciarme con seguridad hasta que tengamos los resultados del laboratorio —respondió ella, deseando poder tranquilizarlo—, pero me temo que no serán buenas noticias.

Todo el mundo se quedó en silencio.

—Entonces estamos en manos de Dios —dijo el hombre santiguándose—. Gracias por venir a ayudarnos.

Cuando estuvieron de nuevo en el coche, esa vez con Giovanni sentado en el asiento trasero, Rosa parpadeó para contener las lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó Max de un modo algo abrupto.

Rosa, consciente de que no estaban a solas, se irguió en el asiento y asintió.

—Sí, perfectamente. Aunque todavía me siento un poco estúpida por haberme tambaleado como si estuviera borracha cuando me bajé. Es por el viaje en avión; nada más.

Giró la cabeza para dirigirle una sonrisa a Giovanni, y la sorprendió su expresión sería y pensativa.

—Tal vez no sería mala idea que regresara al *castello* y descansara un poco, Alteza —dijo éste.

—No, tengo que acostumbrarme al cambio de hora —respondió ella—, y quiero ver los otros viñedos afectados.

—Ya no es la dulce chiquilla a la que conocíamos, Giovanni —dijo Max mientras ponía en marcha el coche. Luego, dirigiéndose a ella, le preguntó—: ¿Cómo puede ser que estén tan alejados los viñedos infectados? No parece que tenga mucha lógica.

—No lo sabemos; todavía no hemos logrado identificar ningún patrón concreto en el comportamiento de esta bacteria, aunque tiene que haberlo. Es algo fascinante.

—Hablas como una científica —murmuró Max en un tono áspero—. A ti te parece fascinante, pero yo lo que veo es a gente que puede perderlo todo.

—El que me fascine no significa que sea ajena a su preocupación —replicó ella dolida.

Repitieron el mismo proceso con los otros viñedos afectados, donde se habían establecido las mismas medidas de seguridad, y al marcharse de cada uno dejaron también caras de miedo y de preocupación.

En el último viñedo, un anciano de tez morena y arrugada por la edad y por el sol le había dicho a Rosa:

—Alteza, rezaremos por que pueda ayudarnos.

—Haré todo lo que esté en mi mano —aseguró ella.

—¿Y si a pesar de sus esfuerzos no pudiera ayudarnos? —inquirió la esposa del anciano.

Rosa la miró y vaciló. La verdad era dolorosa, pero darles falsas esperanzas sería aún peor.

—Habría que arrancar las vides y quemarlas —dijo—. Y no podrían volver a plantar otras hasta dentro de, al menos, diez años.

La mujer gimió desesperada para luego llevarse una mano a la frente y otra a la boca y empezar a balancearse adelante y atrás, con la mirada perdida en un futuro desolador.

—Puede que no sea necesario —intervino Max—, pero si llegáramos a eso, entonces y no ahora será el momento de lamentarse. Además, pase lo que pase, no se morirán de hambre; yo me ocuparé de que no les falte de nada.

El hombre rodeó con el brazo los hombros de su esposa, que estaba sollozando, y dijo a Max:

—Agradecemos todo lo que están haciendo por nosotros, Alteza, pero estas vides estaban aquí

mucho antes de que naciera mi tatarabuelo, y si tuviéramos que plantar otras nuevas, producirían un vino de mala calidad durante al menos otra generación.

—Entonces tendremos que encontrar la manera de hacer buen vino de vides jóvenes —respondió Max con decisión.

Rosa no había podido evitar esbozar una sonrisa al oírle decir aquello. Era sabido por todos los viticultores que una viña tardaba una media de cincuenta años en producir vino de una calidad decente, pero si alguien podía obrar un milagro como el que Max estaba sugiriendo, ése era él.

De regreso al *castello*, Giovanni preguntó:

—Alteza, ese antibiótico que ha enviado desde Nueva Zelanda… ¿no deberíamos utilizarlo ya?

—No, Giovanni —contestó ella antes de ahogar un bostezo—. Es algo experimental, y no tenemos tanto como para desperdiciarlo. Antes tenemos que asegurarnos de que es antracnosis.

Max esbozó una media sonrisa.

—A los que recordamos a aquella Rosa adolescente, torpe como un potrillo, nos cuesta verla como una experta, Giovanni, pero lo es, así que haremos lo que ella diga.

Rosa contrajo el rostro. Había hablado de ella como si fuera su tío. No, peor: como si fuera su tío abuelo.

—Gracias por el voto de confianza —murmuró, esforzándose por no dejar entrever su frustración—. Haré todo lo que pueda, aunque no hay garantías de que podamos controlar esta epidemia.

—Al menos lucharemos —dijo Max—. La única alternativa es sentarnos a ver la muerte agónica de un modo de vida milenario, y no vamos a resignarnos a eso.

Habían llegado al *castello* y, cuando se hubieron bajado del vehículo, Max invitó a Giovanni a entrar a tomar un trago.

Al pasar dentro, Max dio las buenas noches a Rosa y le deseó que descansara, pero ella se quedó donde estaba.

—Si vais a hablar quiero quedarme.

—¿Y de qué nos servirás si estás que te caes de sueño? —preguntó él con ironía cuando ella ahogó otro bostezo—. Lo que te hace falta es dormir al menos doce horas.

—Pero si estoy perfec…

—¡No insistas! —la interrumpió él con brusquedad—. Tienes ojeras y no puedes dejar de bostezar. Vete a la cama y duerme. Sólo cuando hayas descansado podrás dedicarle toda tu atención y tus energías al problema.

Rosa lo miró irritada porque sabía que tenía razón. Condenado Max…

—Buenas noches entonces —dijo volviéndose hacia Giovanni.

—Buenas noches, Alteza, que descanse —respondió éste con expresión solemne.

Rosa se retiró a su dormitorio y, después de darse una ducha, se tomó la cena que le habían subido.

Luego, quizá por llevarle la contraria a Max más que otra cosa, se puso a transcribir en su ordenador portátil los comentarios que había grabado en una grabadora diminuta mientras recorrían los viñedos. Los ojos se le cerraban y, finalmente, se dio por vencida y se metió en la cama, donde se quedó dormida al poco rato.

## Capítulo 3

Por la mañana, unos golpes en la puerta despertaron a Rosa y cuando se incorporó, somnolienta, y dijo «adelante», entró una de las doncellas con el desayuno.

Rosa sonrió con deleite al ver que lo que había en la bandeja era el desayuno típico de Niroli: cremoso yogur blanco con miel, tostadas de pan moreno con aceite de oliva y fruta fresca: naranjas, higos

y ciruelas.

Y café, por supuesto. Rosa cerró los ojos y aspiró el intenso aroma de éste, que la transportó a su niñez.

—¡Ahora sé que estoy en casa! —exclamó con una sonrisa.

La doncella sonrió también y le hizo una pequeña reverencia antes de retirarse.

Un par de horas más tarde, mientras se dirigían al laboratorio donde se llevaban a cabo los análisis de las muestras de las vides infectadas, Max sacó a colación aquello.

—Irene, la doncella, me ha dicho que fue el café lo que te hizo sentirte como en casa —dijo—. Y la verdad es que me sorprende, porque por lo que recuerdo, el café de Nueva Zelanda es excelente.

—Oh, y lo es, pero en ningún otro lugar del mundo el café huele como el de aquí.

—¿Has estado en muchos países?

—En unos cuantos —contestó ella encogiéndose de hombros—. Aunque imagino que no en tantos como tú, por supuesto.

—Bueno, pero es que yo tengo diez años más que tú —contestó él sin mirarla—. Ya hemos llegado —dijo señalando con la cabeza un edificio moderno.

Siempre aquel recordatorio de la diferencia de edad entre ellos, pensó Rosa hastiada.

Al entrar en el edificio, los recibió el director del laboratorio, y Rosa advirtió de inmediato sus reservas hacia ella. Sin duda, su condición de mujer y su juventud eran el motivo de su recelo.

¿Qué culpa tenía ella de ser un cerebrito? En los estudios siempre había ido por delante de sus compañeros, y había terminado la universidad dos años antes de lo previsto.

Sin embargo, su conversación y sus comentarios mientras le mostraba las instalaciones lograron que el director empezase a tomarla en serio y, finalmente, los empleados del laboratorio acabaron formando un corrillo en torno a ella para preguntarle por los avances que se habían hecho en Nueva Zelanda.

Rosa se metió de lleno en la charla con unos y con otros, pero en ningún momento dejó de sentir los ojos de Max fijos en ella.

A éste no le había pasado desapercibido cómo estaba mirándola uno de los empleados, un hombre joven, y estaba haciendo un esfuerzo titánico para contenerse y no pegarle un puñetazo. Por Dios, Rosa era su prima y no estaba bien que sintiese por ella más que el lógico afecto entre parientes. Irritado por su debilidad dijo en un tono áspero:

—Tenemos que irnos.

Cuando Rosa alzó la cabeza y lo miró exasperada, juzgó prudente añadir:

—A menos que necesites más tiempo, claro está.

Ella tuvo la cortesía de mostrarse igual de diplomática.

—No, por el momento no. Antes de empezar a trabajar tengo que hablar con mi jefe para hacerle unas preguntas —contestó echándole un vistazo a su reloj de pulsera—. Pero ahora deben de ser las dos o las tres de la madrugada en Nueva Zelanda, así que mejor le enviaré un mensaje por correo electrónico en cuanto lleguemos al *castello*.

—Ya puestos, déjalo para después del almuerzo —dijo Max al cabo de un rato, mientras salían del edificio—. Dará lo mismo.

Aquello le hizo pensar en que después del almuerzo venía la siesta, y Max apretó el paso, molesto de nuevo consigo mismo cuando ese pensamiento hizo que empezara a imaginarse a Rosa en la cama.

Verdaderamente, era una ironía del destino que la Rosa torpe y desgarbada que había sido su prima unos años atrás se hubiese convertido en aquella criatura tan hermosa y elegante de piernas largas.

Si a eso se le añadía la piel aceitunada, los ojos exóticos y unos labios llenos de promesas..., Rosa era un peligro, y le estaba vedada.

Hacía meses de la última vez que había estado con una mujer, y al menos diez años que no reaccionaba ante una mujer bella como un adolescente con las hormonas revueltas.

Aquello era lo único que le faltaba con la crisis que se cernía sobre la isla si no lograban controlar el brote; encapricharse de una prima tan joven que apenas había visto el mundo por un agujero.

Y que, seguramente, sería virgen. Un ardiente deseo lo asaltó de pronto: ser el primero que hiciera el amor con ella, y se quedó sorprendido. Nunca había sido de esa clase de hombres. Sin embargo, lo que más le preocupaba era la ternura que sentía hacia Rosa, un sentimiento que era aún más fuerte que la atracción física.

Una vez de vuelta en el *castello*, apenas acababan de entrar por la puerta, se volvió hacia ella y dijo en un tono más abrupto de lo que pretendía:

—Espero que no te importe almorzar sola; tengo mucho trabajo por hacer y es algo que no puede esperar.

—No, claro que no —contestó Rosa—. Yo también tengo trabajo pendiente. ¿Tienes conexión a internet aquí?

Max esbozó una sonrisa sardónica.

—Esto es Niroli, Rosa; no el Tercer Mundo. Hay conexión por red inalámbrica en todo el edificio.

Ya en su habitación, Rosa se apoyó en la puerta y resopló. Estúpida, estúpida… ¿Por qué había preguntado eso? Por supuesto que el *castello* estaba equipado con todo tipo de lujos y comodidades. Al fin y al cabo, Max era un hombre de negocios.

Fue hasta el escritorio, encendió su ordenador portátil y se dijo que tenía que dejar de analizar cada pequeña reacción de Max.

Mucho más tarde, después de la siesta, bajó a la primera planta y se paseó por las estancias, admirando la decoración, hasta que llegó a un patio. Había rosales que trepaban por las paredes e inundaban el aire con su fragante aroma, una pequeña fuente de piedra, una mesa grande con una sombrilla blanca en el centro y sillas de hierro forjado. El corazón le dio un brinco en el pecho cuando vio aparecer a Max por otra puerta. Si le sorprendió encontrarla allí, no dio muestras de ello.

—¿Has descansado? —preguntó.

Rosa sonrió, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Sí, gracias. La verdad es que esto de la siesta es un hábito que no me costaría nada volver a retomar.

—¿Por qué no te sientas? —le propuso él—. Pediré que nos traigan limonada. ¿O prefieres un café?

—Oh, no, me apetece más limonada; con este calor…

Max fue a llamar por teléfono a la cocina y, a los pocos minutos, apareció un camarero con la limonada, tarta de queso y fruta fresca.

Rosa, sabiendo que la cena sería más tarde de lo que era habitual en Nueva Zelanda, comió con apetito mientras Max la ponía al día de cómo estaba el resto de la familia.

Luego, cuando sintió que ya no podía posponerlo más, dijo:

—Me temo que tengo malas noticias, Max.

Las facciones de él se endurecieron.

—¿De qué se trata?

Rosa inspiró profundamente.

—Mi jefe ha respondido al mensaje que le envié por correo electrónico, y está de acuerdo en que es antracnosis. No hay más remedio que arrancar y quemar las vides de los tres viñedos infectados. Es demasiado tarde para salvarlas.

Max soltó una palabrota entre dientes antes de ponerse de pie. Rosa lo observó caminar arriba y abajo, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, hasta que se detuvo y se volvió hacia ella para

preguntarle:

—¿Estás segura, al cien por cien?

—Lo siento, pero somos todos de la misma opinión: el laboratorio de aquí, mi jefe, y yo. Fumigaremos los terrenos de los viñedos infectados, pero aun así no hay garantías de que vayamos a conseguir frenar el brote —respondió ella.

Luego, como imaginaba cómo debía estar sintiéndose, fue junto a él.

—Lo siento mucho, Max —repitió de nuevo.

—Deja de disculparte; no es culpa tuya.

El tono agresivo que había empleado le dolió, pero ella sabía que no era personal. No iba a resultarle fácil darle la mala noticia a los agricultores, así que no podía culparlo por estar furioso.

—La mayoría de las veces, los brotes de antracnosis se producen cuando llueve mucho en primavera, y se extienden como la pólvora, pero el hecho de que estemos a finales de verano y de que sólo haya tres viñedos afectados me da esperanzas de que no se extienda —dijo.

—Ojalá tengas razón —murmuró Max—. Está bien, haremos lo que dices: se arrancarán y quemarán las vides, y no se replantarán hasta pasados al menos diez años.

—Hasta ahora es lo único que ha funcionado.

—Lo sé. ¿Y qué hay de los viñedos colindantes?

Rosa tragó saliva.

—Aunque no hay signos de antracnosis en las vides, debería hacerse lo mismo, como precaución.

Max apretó los labios.

—No va a resultar sencillo convencer a los dueños cuando sus vides parecen sanas.

—No, pero confían en ti —le dijo ella—. Estoy segura de que lo entenderán.

—Parece que te hecho venir para nada —mascullό Max frunciendo el ceño.

—Dudo que te hubieran dado el aerosol sin alguien que te acompañara para supervisar su uso —le espetó ella.

—¿Tú crees? —inquirió él con cierto sarcasmo.

—Sí, lo creo —respondió Rosa irritada—. Este aerosol está en período de prueba, y alguien tiene que enseñarle a los técnicos de campo cómo tienen que hacer el seguimiento del estado de las vides. Por no mencionar que mi jefe quiere informes completos de cada paso que demos. Pero no te preocupes, una vez esté todo encauzado, me iré.

Las facciones de Max se suavizaron.

—Perdóname, Rosa. Estoy pagando mi enfado contigo y no es justo —dijo con suavidad—. Te estoy muy agradecido por que hayas venido y por todo lo que estás haciendo. Has dado ánimos a nuestros investigadores. El director del laboratorio me ha dicho que sus ayudantes están impacientes por empezar a trabajar en varias líneas que les has sugerido.

—Me alegro —respondió ella con sencillez. Luego, vaciló antes de preguntar—: ¿Quieres que hable yo con los dueños de los viñedos afectados y los colindantes? Yo no tengo que quedarme a vivir aquí —se apresuró a añadir antes de que él pudiera responder—. Para mí sería más fácil darles la noticia.

Max bajó la mirada a sus labios, y Rosa sintió que se le teñían las mejillas de rubor, pero él acabó apartando la vista de ella, como si lo irritara, y contestó:

—Te agradezco el ofrecimiento, pero se lo debo.

Max sabía que la había herido, pero el hecho de que fuera virgen, como estaba seguro de que lo era, se había convertido para él a la vez en un desafío y algo que le recordaba que le estaba vedada. Rosa no era siquiera consciente de lo tentadora que resultaba. Quería besarla para borrar esa expresión tan seria de sus labios, que respondiera a sus besos... Quería tomarla en brazos, llevarla al dormitorio y hacerla

suya.

La noche anterior se la había pasado dando vueltas durante horas en la cama, intentando apartarla de su mente para poder dormir. Sin embargo, cuando por fin lo había conseguido, Rosa había invadido sus sueños.

Tenía que dejar de pensar en ella de ese modo. Era su prima y él iba a ser el próximo rey de Niroli. Su abuelo tenía sus defectos, pero Max sabía que le preocupaba el bienestar de su pueblo y no podía dejarlo en la estacada. No quedaba nadie más; el único descendiente varón que aún no había renunciado a ocupar el trono, aparte de él, era hijo ilegítimo.

Resultaba irónico que estando sus primos y hermanos por delante en la línea sucesoria, hubiese acabado siendo él la única opción.

No le quedaba más remedio que aceptar y, aunque nunca había pensado que le fuese a tocar llevar esa carga, en cierto modo suponía un reto.

Su abuelo era un autócrata; siempre había empleado el Parlamento más como un consejo que como un órgano de gobierno, y él estaba preparado para sacrificar su libertad para introducir el sistema democrático en la isla.

—Me gustaría poder ser de más ayuda —dijo Rosa, sacándolo de sus pensamientos.

—Ya estás haciendo mucho, te lo aseguro. El mero hecho de establecer vínculos entre los investigadores de nuestro país y los de Nueva Zelanda es un paso muy importante. Puede que salga algo de esa colaboración en el futuro —añadió. Luego, pensando que las cosas serían más sencillas si no estuviesen a solas, le propuso—: ¿Qué te parece si esta noche volamos a Porto di Castellante para cenar allí?

El corazón de Rosa palpitó con fuerza.

—Me encantaría. Todavía no he podido ver al abuelo. ¿Crees que podrías arreglarlo? Si se encuentra bien como para tener visitas, claro está.

—Hablaré con su médico —contestó Max.

De la ropa que se había llevado para aquel viaje, esa noche Rosa se decantó por el único vestido que le parecía apropiado para salir a cenar en la capital. De seda negra con pequeños lunares blancos, era ligeramente escotado, y mirándose en el espejo de su dormitorio, se preguntó si quizá sería demasiado atrevido.

Al conocer a Kate, se había quedado tan impresionada con su elegancia que le había pedido que le diera algunos consejos, y su amiga había hecho mucho más que eso. La había llevado a una asesora de imagen que no sólo la había enseñado a maquillarse, sino que también le había indicado qué clase de ropa, colores y complementos la favorecían más.

Rosa había seguido cada una de sus indicaciones, e incluso había empezado a ir a un gimnasio. Sólo al cabo del tiempo se había dado cuenta de que lo había hecho todo por Max. A pesar de que al irse a Nueva Zelanda se había hecho a la idea de que quizá nunca volviera a verlo, en el fondo se había transformado por él.

Qué estúpida había sido, se dijo mientras se calzaba unas sandalias negras de tacón. Luego volvió a mirarse en el espejo y suspiró. Tal vez fuera una locura, pero era probable que esa fuese la única ocasión de hacer realidad su sueño de una cita con Max, y no iba a desperdiciarla.

El helicóptero aterrizó en el helipuerto situado dentro de los terrenos del palacio. Cuando bajaron, los ojos de Rosa se fijaron primero en el estandarte real, con el escudo de la familia sobre fondo azul que representaba el mar que rodeaba la isla, y luego en el coche de lunas tintadas que estaba esperándolos.

—¿Hay posibilidad de que vea al abuelo esta noche? —preguntó a Max.

—Me temo que no —contestó él.

Ya dentro del coche, le indicó al chofer la dirección a la que tenía que llevarlos y se volvió hacia Rosa cuando se hubieron puesto en marcha.

—El abuelo todavía está muy cansado —le explicó—, y su médico insiste en que no debe tener visitas durante al menos un par de días. No le conviene excitarse. Perder a sus dos hijos en accidente fue un golpe tremendo para él. Nunca ha llegado a recuperarse del todo.

Rosa agachó la cabeza.

—Fue un golpe tremendo para todos nosotros —respondió en tono quedo.

Max puso su mano sobre la de ella y se la apretó suavemente.

—Para todos —asintió antes de apartar la mano.

—Y supongo que este asunto de la sucesión no ha hecho sino aumentar su ansiedad —murmuró ella.

Max asintió en silencio.

—¿Y tú cómo te sientes respecto a…? Bueno, ya sabes… ¿Quieres ser rey? —preguntó Rosa.

—Tendré que serlo quiera o no —contestó él muy serio—. Ya no queda nadie más —se quedó callado, y añadió—: A menos que quieras ocupar tú mi lugar.

Rosa se estremeció ante la sola idea y sacudió la cabeza con tal vehemencia que un mechón de cabello escapó del recogido que se había hecho.

—Aparte del hecho de que Niroli nunca ha tenido a una mujer como soberana, lo detestaría —respondió con sinceridad.

—Pero si te vieras en el caso de tener que suceder al abuelo, aceptarías tu responsabilidad y cumplirías con tu deber lo mejor que pudieras, ¿no es así?

Rosa tragó saliva.

—No tendría otro remedio.

—Así lo veo yo —contestó él encogiéndose de hombros—. Por eso no tiene sentido que me queje. La vida da a veces giros inesperados.

Rosa tenía la sensación de que su indiferencia era sólo aparente, pero sabía que Max era la clase de hombre que no quería ni necesitaba de la compasión de nadie.

—¿Y qué pasará con tus negocios? —inquirió.

—Tendré que dejarlos, evidentemente —respondió Max—. De hecho ya estoy preparándome para…, en fin, para hacer caja y cerrar, por decirlo de algún modo —la miró a los ojos—. Sé que no tengo que pedírtelo, pero no hables de esto con nadie, por favor. Es confidencial; quiero ser yo quien decida cuándo hacerlo público.

—Claro, por supuesto —se apresuró a asentir ella.

Se sintió halagada por que le hubiera confiado aquello y, al mismo tiempo, se preguntó cuánto iba a echar Max de menos su independencia, el poder hacer lo que quisiera cuando quisiera, ir a donde quisiera…

Minutos después el coche se detenía frente al restaurante y el guardaespaldas de Max se bajaba para abrirles la puerta. Los viandantes, en su mayoría turistas, los miraron con curiosidad.

Max la asió por el brazo para conducirla dentro y Rosa sintió de inmediato que un cosquilleo le recorría el cuerpo y que sus mejillas se teñían de rubor. Por Dios, apenas estaba tocándola y ella se sentía como si estuviese ardiendo por dentro.

«Puedes controlar esto, Rosa», se dijo mientras Max charlaba con el dueño del local, que salió a recibirlos. «Tienes que controlarlo.»

El dueño los llevó hasta una mesa donde podrían tener privacidad, pues estaba estratégicamente situada en un extremo apartado y tras unas plantas tropicales de hojas grandes.

Rosa se preguntó a cuántas mujeres habría llevado Max a aquel restaurante.

Después de que un camarero tomara nota de lo que iban a comer, Max le preguntó por su vida en Nueva Zelanda. Ella le habló con pasión de su trabajo, y le hizo sonreír con sus anécdotas del día a día en

el laboratorio. Le encantaba verlo sonreír.

—Me alegra saber que eres feliz allí —dijo él.

Justo en ese momento llegaba el camarero con el primer plato, pasta con salsa de tomate, queso rallado y albahaca.

—Es lo que siempre había querido —contestó ella cuando el camarero se hubo retirado—. ¿Vienes aquí a menudo? Este sitio es muy agradable.

—No tan a menudo como solía.

Luego, cambiando de tema, le preguntó por la clase de libros que le gustaba leer, y de ahí pasaron a hablar de cosas tan variadas como cine, turismo… y hasta del cambio climático.

A la pasta le siguió cordero a la brasa con romero, tarta de cerezas y café, y poco a poco Rosa sintió que se relajaba.

Además, mientras que normalmente se aburría con la conversación de la mayoría de los hombres, le resultaban estimulantes la agilidad mental de Max y sus opiniones mordaces.

Éste, por su parte, estaba sencillamente fascinado con aquella nueva Rosa divertida, aguda y sexy. Sus sonrisas parecían iluminar la habitación entera, y le encantaba su risa, suave y traviesa.

Todo el mundo decía que Isabella era la hermana guapa, pero aunque su belleza y su distinción eran innegables, era Rosa quien estaba a punto de hacerle perder la cordura.

## Capítulo 4

Aquello no había sido una buena idea, decidió Max mientras observaba a Rosa tomar un sorbo de vino.

Al proponerle salir a cenar había tenido en mente aquello de que «quien evita la ocasión, evita el peligro». Se había dicho que al estar rodeados de gente, no habría esa tensión que se mascaba en el aire cuando estaban a solas, pero no había contado con que los sentarían en un rincón apartado.

La suave iluminación del local y la vela que había en el centro de la mesa creaban un ambiente muy íntimo, y Rosa estaba tan hermosa esa noche…

Pronto volvería a Nueva Zelanda, pero hasta entonces tenía que mantener a raya esa atracción que sentía hacia ella.

Nunca había dejado que su libido lo controlase. ¿Por qué le estaba pasando aquello? Jamás le había ocurrido nada semejante; jamás había sentido ese deseo incontrolable de mandar al diablo la lógica y el sentido común.

Era el heredero al trono, se recordó una vez más, y Rosa le estaba vedada porque era su prima.

Sin embargo, eso no significaba que no fuese a disfrutar al máximo de aquella noche. Era lo único que podría tener con ella.

Rosa, que estaba empezando a sentirse incómoda con el silencio que se había hecho de repente entre ellos, dijo:

—¿Sabes?, estoy segura de que serás un gran rey; un rey acorde con el siglo en el que vivimos. La gente de Niroli puede considerarse afortunada.

Max enarcó una ceja.

—Vaya, gracias por el voto de confianza —dijo con ironía.

—Conseguiste convencer a los agricultores de la necesidad de una cooperativa y de introducir nuevos métodos. Por no mencionar que, gracias a la campaña de mercadotecnia que ideaste, los vinos de Niroli han adquirido un prestigio extraordinario en el mundo entero —contestó ella—. Después de eso, gobernar Niroli debería ser para ti coser y cantar.

Max se echó hacia atrás en su asiento y esbozó una sonrisa socarrona.

—Ojalá tengas razón. Bueno, ¿nos vamos?

Rosa asintió en silencio, sintiendo como si se desinflara, igual que un globo. Aquella noche mágica tocaba a su fin y pronto sería sólo un recuerdo.

Max llamó al camarero para pedirle la cuenta. Cuando éste regresó unos minutos después con su tarjeta de crédito y el recibo, para que lo firmara, se inclinó y le dijo en voz baja algo que Rosa no oyó.

Max frunció el entrecejo, como irritado, y tras firmar el recibo y entregárselo al camarero, éste se retiró.

—Parece que hay un grupo de gente fuera; curiosos que están esperando a que salgamos —explicó a Rosa.

—Oh, vaya —murmuró ella vacilante—. Me va a resultar un poco raro. Hace bastante de la última vez que…, ya sabes.

La última vez que se había enfrentado a una situación de ese tipo había sido hacía dos años, en el funeral de Estado de sus padres y su tío.

—Si lo prefieres, podemos salir por la parte de atrás.

—No, no es necesario.

Max escrutó su rostro en silencio un instante antes de ponerse de pie y ofrecerle su mano.

Cuando ya estaban llegando a la puerta, Max debió advertir su nerviosismo, porque le asió el brazo y le dijo:

—Tranquila, estoy a tu lado. Y ahora sonríe; no van a hacerte ningún daño.

A pesar de sus palabras, ella lo notaba tenso, y quizá incluso algo enfadado. Rosa obedeció, y cuando salieron se encontró con que la muchedumbre allí congregada era, en su mayoría, gente de la ciudad, curiosos deseosos de ver de cerca al que imaginaban sería pronto su nuevo rey, y algunos turistas.

El guardaespaldas de Max apareció de inmediato para escoltarlos hasta el coche, que esperaba a unos metros de allí.

La gente rompió a aplaudir cuando los vieron salir, y algunos incluso exclamaron: «¡Ah, bella Rosita!».

Gracias a Dios que se le había ocurrido meter en la maleta un vestido de noche, pensó Rosa mientras sonreía y saludaba con la mano.

Un joven le hizo una divertida reverencia y le ofreció una rosa carmesí que Rosa tomó riendo.

Luego, ya en el coche, Max se echó hacia atrás en el asiento y le dirigió una sonrisa forzada mientras se ponían en marcha.

—Siento que te hayas visto obligada a pasar por eso.

—No pasa nada —contestó ella—. La gente de la isla es tan cariñosa y tan amable…

—Debo decir que me has sorprendido —le confesó Max—. No sé qué me ha hecho pensar todo este tiempo que eras tímida. Te has comportado con mucha naturalidad.

—No creo que sea tímida; sólo reservada. Además, Isabella era la que atraía la atención de la gente, mientras que yo permanecía en un segundo plano.

Así había sido, y luego, cuando sus padres habían descubierto su pasión por la ciencia, la habían enviado a un internado suizo donde había sido una más de las alumnas del centro.

—Recuerdo que de niña tenías siempre una expresión tan solemne… —comentó Max—. Todos los primos competíamos por ver quién conseguía hacerte sonreír.

Sus palabras quedaron flotando en el aire, recordando a Rosa no sólo la naturaleza prohibida de una posible relación entre ellos, sino también la diferencia de edad entre ambos.

En el helicóptero, de regreso a Cattina, cerró los ojos fingiéndose cansada, y ya en el *castello* le dijo a Max como si fuesen dos desconocidos:

—Gracias por esta velada tan maravillosa; lo he pasado muy bien.

—Gracias a ti —contestó él con una sonrisa que resultó algo forzada.

—Bien, pues… buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches, prima; que descanses.

Rosa se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras. Apenas había subido un par de escalones cuando oyó a Max llamarla. Se volvió, extrañada por la brusquedad con que había pronunciado su nombre, y lo vio de pie donde lo había dejado, muy serio y con un miembro del personal junto a él.

El corazón le dio un vuelco y fue corriendo a su lado.

—¿Qué ocurre? ¿Es el abuelo?

—No, no se trata de eso. Parece que hay otro viñedo afectado —explicó Max.

A Rosa se le cayó el alma a los pies.

—Dios mío —murmuró.

—Sé que estás cansada, pero… ¿podrías cambiarte y acompañarme a ver las vides?

—Por supuesto.

Diez minutos después bajaba las escaleras vestida con una camisa de algodón, vaqueros, botas y una chaqueta ligera colgada del brazo por si refrescaba.

Al ver que Max estaba hablando por el móvil, Rosa se detuvo a unos pasos de él y lo observó en silencio.

—¿Estás seguro? —decía a la persona al otro lado de la línea frunciendo el ceño—. ¿Y por qué no se me ha informado antes?

Por el modo en que apretó los labios, resultó evidente que la respuesta no le había gustado.

—No, no hagas nada. Hablaré contigo mañana.

Cerró el teléfono, resopló y sacudió la cabeza irritado antes de volverse hacia ella.

—Cuando el dueño del viñedo vio los primeros agujeros en las hojas, no dijo nada y roció las vides con todos los aerosoles que tenía —le explicó—. Si uno de los miembros del laboratorio no hubiese ido a hacer las pruebas que recomendaste ayer, no nos habríamos enterado hasta que las vides empezasen a morirse.

Rosa contrajo el rostro.

—¿Dónde está ese viñedo? ¿Está cerca de los otros viñedos afectados?

—No. Está en el otro extremo del valle.

—Oh, Dios mío —musitó ella.

—Exacto. He llamado a Giovanni para que vaya también. Nos reuniremos allí con él.

Ninguno de los dos abrió la boca durante el trayecto en el todoterreno de Max. Cuando se acercaban al pueblo, vieron que las ventanas de las casas estaban encendidas. Sin duda, los lugareños ya se habían enterado de lo ocurrido.

Un par de soldados guardaban el acceso a la propiedad, y ya se había cavado el foso a la entrada y se había vertido en él la solución antiséptica.

Dentro, junto al porche iluminado de la casa, los esperaba Giovanni con los dueños del viñedo, una pareja mayor, y un nutrido grupo de vecinos.

—Lo siento muchísimo, Alteza —dijo el hombre a Max cuando llegaron a su lado—. Me he comportado como un estúpido cabezota.

Max le puso una mano en el hombro.

—No lo culpo, amigo. Usted es quien más puede perder —dijo antes de presentarles a Rosa.

—¿Podrá salvar las vides, Alteza? —preguntó el agricultor.

—Me temo que no —respondió ella—, pero quizá aún estemos a tiempo de evitar que el brote se extienda a toda la isla.

—Esto es cosa del diablo —murmuró el hombre, desesperado, con la manos extendidas—, pero quizá Dios la haya enviado a usted para ayudarnos.

Max se volvió a las otras personas.

—¿Sabe alguien de otro viñedo que pueda estar afectado? —inquirió en voz alta, con los brazos en jarras. Al ver que todos permanecían callados, miró fijamente a un joven y se dirigió a él—. Tú, muchacho, ¿tienes algo que decir?

—Algunas de las vides de Papa Vitelli no parecen muy sanas —contestó el chico a regañadientes—. Las hojas tienen agujeros.

Max le dio las gracias y sacó su teléfono móvil para hacer una llamada. Después se giró de nuevo hacia los vecinos y paseó la mirada por sus caras preocupadas.

—Tan pronto como se descubra un posible síntoma debemos saberlo —advirtió—. Sólo así es posible evitar que el brote se extienda y salvar el máximo número de viñedos posibles. Si se ocultan los síntomas todo el mundo puede llegar a perder sus viñedos. Tienen mi palabra de que, aparte de los viñedos próximos a aquellos afectados, nadie perderá vides sanas. Y a aquellos cuyas vides tengan que ser arrancadas y quemadas, se les darán ayudas para que planten otras cosechas hasta que se puedan plantar nuevas vides sin peligro de que el brote resurja.

Los vecinos se miraron unos a otros, alguno carraspeó, pero nadie más parecía dispuesto a ofrecer información, y a Rosa no le parecía que estuviesen ocultando nada.

Si estuviese en su lugar y supiese algo lo diría, pensó. Max había sido franco con ellos. Sin embargo, tal vez tenían miedo. Y si alguno no confesaba por miedo, a ella desde luego no le gustaría estar en su piel cuando se descubriese, se dijo rogando a Dios por que no fuese así.

Tomó el maletín con sus herramientas de trabajo y fue con Max y Giovanni a echarle un vistazo a las vides y a tomar muestras.

Giovanni, que llevaba una linterna, se arrodilló y la sostuvo para darle luz. Rosa examinó las hojas, y su rostro palideció al reconocer los síntomas.

—No hará falta esperar a analizar los resultados —dijo alzando la vista hacia Max—. Es antracnosis.

Regresaron junto a los dueños del viñedo y los vecinos para confirmarles la mala noticia.

—Lo siento —dijo Max al propietario—. Habrá que arrancar y quemar las vides.

El hombre se quedó callado y cabizbajo, y luego levantó de nuevo la mirada y se encogió de hombros.

—¿Qué le vamos a hacer? Plantaremos flores hasta que sea seguro plantar unas vides nuevas.

Rosa le palmeó el hombro y se inclinó para besarlo en la mejilla.

—Así habla un isleño —dijo—: indómito y valiente como Hércules.

—Y también terco como una muía —añadió él agricultor con una sonrisa triste, haciendo reír a los demás.

Luego visitaron el viñedo de Vitelli, y aunque Rosa le dijo a Max que necesitaría los resultados de las pruebas, las vides mostraban los típicos síntomas iniciales de la antracnosis. Después, regresaron al *castello*.

—Estuviste muy bien con aquel hombre —comentó Max cuando se hubieron bajado del todoterreno —. Le hablará a sus bisnietos de este día y del beso que le diste.

—Mientras recogen flores —contestó ella con una sonrisa irónica—. Me siento tan mal por ellos… Pero al menos su familia y él no se morirán de hambre, como habría pasado hace cincuenta años. Ojalá pudiera

averiguar cuál es el factor que hace que el contagio salte de una zona a otra.

En ese momento se levantó una ligera brisa y Rosa se estremeció y se arrebujó en su chaqueta.

—Tienes frío —dijo Max al instante, frotándole los brazos con las manos.

—No, estoy bien.

Max escrutó su rostro con el ceño fruncido.

—Y además estás exhausta —añadió—. Vayamos dentro. Pasaremos al estudio y te serviré algo de beber. Necesitas relajarte antes de irte a la cama o te pasarás toda la noche dándole vueltas al asunto.

Rosa parecía sorprendida de que se preocupara por ella, se dijo Max, y la verdad era que no podía extrañarle después de lo seco y distante que se había mostrado desde su llegada. Pobre chiquilla. Sólo que ya no era una chiquilla, a pesar de su apariencia virginal.

¿Sería posible que todavía fuese virgen?, se preguntó una vez más. Y de nuevo, la mera idea lo hizo excitarse y sentirse culpable. Por Dios, ¿en qué estaba pensando? Lo malo era que ya no podía echarse atrás.

—Gracias. Creo que aceptaré tu invitación —respondió ella con esa voz suave como la miel y seductora como el vino.

Cuando entraron en el estudio, la chimenea estaba encendida, y Rosa se acercó a ella y extendió las manos hacia el fuego para calentarlas.

Max, que no podía quitarle los ojos de encima, apartó de su mente una tentadora imagen de esas elegantes manos sobre su piel y fue a servir un poco de brandy.

—Gracias —dijo Rosa cuando él le tendió una de las dos copas.

Miró en derredor y la dejó sobre una mesita junto a un sillón orejero.

—Qué bien se está aquí dentro —murmuró mientras se quitaba la chaqueta.

Max sabía que lo caballeroso habría sido ir a ayudarla, pero no respondía de lo que pudiera pasar estando tan cerca de ella, y una mirada al rostro de Rosa le bastó para ver que no era consciente del modo en que la blusa y el pantalón vaquero que llevaba insinuaban cada curva de su cuerpo.

Se giró bruscamente, dándole la espalda, y se contuvo para no beberse de un trago la copa de brandy que tenía en la mano. Estaba ardiendo por dentro; el alcohol probablemente era lo que menos necesitaba en ese momento.

Cuando se volvió de nuevo, Rosa había dejado la chaqueta sobre el respaldo del sillón y estaba tomando un sorbo de brandy.

—Es bueno —dijo alzando la vista hacia él—. ¿Es de la isla?

—Me alegra que te guste; la destilería es nuestro proyecto más reciente —contestó Max—. Siéntate —dijo en un tono que resultó brusco sin pretenderlo.

Rosa enarcó las cejas, pero finalmente tomó asiento en el sillón, junto a la chimenea.

—Me has recordado a la directora del internado en el que estuve, cuando te llamaba a su despacho para decirte algo malo.

Max se sentó en otro sillón, frente a ella, y fijó la vista en su rostro en un intento por controlar su deseo. Sin embargo, de poco le sirvió. El calor del fuego y el alcohol habían teñido de un suave rubor las mejillas de Rosa, y sus labios carnosos estaban ligeramente entreabiertos, con un aspecto más sensual.

—Quería saber si tienes alguna sugerencia más respecto a los viñedos afectados, algo más que deba hacerse —dijo.

Rosa suspiró, recordando a los consternados agricultores, y sacudió la cabeza.

—No se puede hacer más de lo que ya hemos dicho: arrancar y quemar las vides, hacer lo mismo con las de los viñedos colindantes, fumigar el suelo y utilizar el aerosol. Luego habrá que tener en observación todos los viñedos del valle, y repetir el proceso si se produjera un nuevo brote.

Max frunció los labios y giró la muñeca, haciendo que el líquido ambarino en su copa se moviese en círculos.

—¿Cuánto nos durará el aerosol?

Rosa frunció el entrecejo mientras hacía un rápido cálculo mental.

—Un par de brotes más, como máximo.

—¿Y cuánto tiempo sugieres que tengamos en observación el resto de los viñedos?

—Durante al menos un año —contestó ella—. Si quieres, puedo hacer una guía con los pasos a seguir.

—Te lo agradecería —dijo Max—. ¿Es muy complejo o podrían hacerlo los propios agricultores?

—Estaba pensando que podríamos reclutar a estudiantes del último curso de Ciencias de los institutos de la zona, siempre y cuando lo hagan de un modo responsable y concienzudo —respondió Rosa —. El personal del laboratorio los supervisaría, y supondría un aliciente para ellos, una aplicación práctica de lo que están estudiando, al tiempo que ayudarían a la comunidad.

—Me parece una buena idea —dijo Max.

Juntos diseñaron un plan de ataque, más urgente que nunca en esos momentos, después de haber descubierto ese último brote en otra zona del valle. Al día siguiente, Max supervisaría que las vides de los viñedos afectados y los colindantes fuesen arrancadas y quemadas, mientras que Rosa se encargaría de ir a hablar con los dueños de los viñedos sanos para explicarles la situación y cómo debían proceder.

Al verla dar un gran bostezo, Max se puso de pie.

—Hora de irse a la cama —dijo—. Espero que encontréis una cura pronto. Esto de tener que destruir viñedos enteros le parte a uno el corazón —añadió sacudiendo la cabeza.

—Lo estamos intentando —contestó ella dolida.

—Sí, pero no vais lo bastante rápido.

—Esta clase de cosas lleva tiempo, Max —le espetó con una sonrisa sardónica—. Cuando se habla de un descubrimiento, parece que fuera algo milagroso, que se hubiera hecho de la noche a la mañana. Casi nadie recuerda que lleva entre veinte y cincuenta años de investigación y experimentación llegar a ese punto.

—Lo sé —respondió él apurando su copa.

Rosa se puso de pie también y, quizá por los efectos del alcohol, las piernas le flaquearon, y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla que había cerca para no perder el equilibrio.

Con un par de zancadas, Max llegó a su lado y la asió por los hombros.

—¿Estás bien?

—Sí, claro que sí —se apresuró a responder.

Rosa habría querido que su respuesta sonase firme, pero en vez de eso el tono de su voz había adquirido un matiz soñador.

Sacudió la cabeza, irritada consigo misma, y sus músculos se tensaron, preparándose para apartarse de Max, pero éste reaccionó como si le hubiese planteado un desafío.

Sus brazos le rodearon la cintura y la atrajeron hacia él de un modo casi violento, haciendo que a Rosa se le cortara la respiración. Luego Max dijo algo entre dientes, y ella se quedó paralizada cuando agachó la cabeza y la besó.

El beso apenas duró un segundo, y aunque Max volvió a levantar la cabeza sobresaltado, como si hubiese bebido veneno de sus labios, no la soltó.

Rosa, por su parte, estaba como en una nube, y tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir un impulso casi incontrolable de apoyar la cabeza en su hombro.

—Eso no ha sido una buena idea —dijo con un hilo de voz.

Intentó erguirse para mirarlo a la cara y exigir que la soltase, pero no le salían las palabras y era como si su cerebro se negase a ordenar a sus músculos que se moviesen.

—Rosa —murmuró Max—, *bella* Rosita…

## Capítulo 5

Preciosa Rosita…

Rosa se sentía como si estuviese en el cielo. Temblorosa, giró la cabeza hacia el cuello de Max, inhaló el olor de su colonia y suspiró.

Con una voz ronca que jamás le había oído antes, él le dijo:

—No debería haber hecho eso. Rosa, tenemos que parar esto.

La niebla que había descendido sobre la mente de ella se disipó de repente y se dio cuenta de que Max no sólo estaba muy excitado, sino que también estaba furioso consigo mismo; probablemente con los dos.

Y era comprensible. Ella estaba avergonzada, y sabiendo que lo mejor sería fingir que aquello no había tenido importancia, le dijo con una risa forzada:

—Pues entonces suéltame.

Los músculos del cuerpo de Max se contrajeron, como si se resistiese a la idea de tener que hacerlo, y Rosa contuvo el aliento. El deseo que sentía por Max la hacía débil y, si no la soltaba, acabaría por sucumbir a él.

Sin embargo, justo cuando eso mismo parecía inevitable, la férrea fuerza de voluntad de Max logró dominar sus instintos más básicos y la soltó.

Rosa hizo acopio de valor para dar un paso atrás, y forzando una sonrisa le dijo:

—Perdona que te haya dado otro susto; debo estar más cansada de lo que pensaba para que me hayan fallado así las piernas.

Él le respondió con una sonrisa un tanto cínica, pero Rosa irguió los hombros y mantuvo la cabeza bien alta.

—Los dos estamos cansados —dijo Max, aceptando así de un modo tácito su decisión de no darle al beso importancia alguna—. Mañana no te levantes temprano.

Rosa pasó esa noche dando vueltas en la cama durante horas hasta que se durmió. Su mente no hacía sino revivir una y otra vez el breve instante en el que los labios de Max se habían posado sobre los suyos.

Cuando se despertó a la mañana siguiente se quedó echada, escuchando el silencio, y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se había traicionado igual que si le hubiese dicho abiertamente a Max que estaba enamorada de él.

Después de lo que había pasado, Max la llamaría «primita» todo el tiempo y le recordaría al menos una vez al día esa regla de la Casa Real que decía que el heredero al trono no podía contraer matrimonio con una mujer con la que tuviese lazos de consanguinidad.

Y sin embargo, la deseaba. El corazón de Rosa palpitó con fuerza cuando ese pensamiento cruzó por su mente, pero lo desterró de inmediato. Sería estúpido por su parte engañarse creyendo que ese deseo implicaba que sentía por ella algo que fuera más allá de una mera y simple atracción física.

Siempre recordaría cómo la voz de Max había sonado ronca cuando le había hablado, cómo había notado su excitación… De pronto ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas y, aunque sabía que nadie la oiría a través de los sólidos muros de piedra, hundió el rostro en la almohada, y cuando la venció el cansancio, volvió a quedarse dormida.

Cuando bajó las escaleras, duchada, vestida y desayunada, Giovanni estaba esperándola.

—Siento bajar tan tarde; me he quedado dormida —dijo, obligándose a esbozar una sonrisa.

Sin embargo, por el modo en que Giovanni la miraba, como preocupado, era evidente que ni el maquillaje que se había aplicado podía disimular por completo la mala noche que había pasado.

—El príncipe Max está ayudando a los agricultores a arrancar y quemar las vides enfermas, y me ha pedido que la acompañe —le explicó Giovanni—. Me ha dicho que va a explicarle a la gente qué hay que hacer para evitar que se propague el contagio.

—No es difícil, pero hay que llevar a cabo un seguimiento semanal de las vides y hacerles una serie de pruebas. Voy a hacer una lista con los pasos a seguir y los puntos que deben revisarse. Así sólo tendrán que poner una cruz en lo que proceda.

Giovanni asintió.

—El príncipe me ha dicho que ha propuesto que se encarguen estudiantes de instituto, pero hay mucha gente que estaría dispuesta a hacerlo, sobre todo si, como dice el príncipe, se les va a remunerar por ello. Las vides son nuestro modo de vida, y la gente del valle quiere luchar por que no se pierda.

Fue un día largo y duro. Los agricultores ocultaban sus temores tras su afabilidad, pero el humo de las hogueras formaba negros nubarrones sobre el valle, recordándoles la amenaza de que podían llegar a perderlo todo.

A la hora del almuerzo, Giovanni la llevó a su casa y le presentó a una joven que estaba muy atareada en la cocina.

—Elena nos está preparando la comida —explicó a Rosa con orgullo.

Rosa frunció ligeramente el entrecejo, pues no veía en aquello nada extraordinario. La mayoría de las mujeres de la isla enseñaban a sus hijas a cocinar antes incluso de que empezasen a ir al colegio.

—Estoy deseando probarla —respondió con una sonrisa cortés.

Elena, una chica alta y esbelta de rostro sereno, sonrió también.

—Tal vez lo que mi padre debería decirle es que soy ciega —le explicó con sencillez y sin un ápice de autocompasión en su voz.

Rosa comprendió al instante que lo último que quería aquella chica era que sintieran lástima de ella o que le diesen más facilidades que a los demás únicamente por su condición.

—¿Por qué? No veo qué tiene que ver eso con saber cocinar —le dijo alegremente.

Giovanni pareció algo sorprendido por su respuesta, pero la muchacha se rió.

—Gracias, Alteza —respondió.

Durante la comida, Rosa se enteró de que Elena tocaba el piano, y que se ganaba la vida dando clases. Todos los platos que había preparado estaban deliciosos, y no pudo sino felicitarla por ello.

—Si alguna vez vuelvo a Niroli, tal vez podrías enseñarme a cocinar —le dijo.

Elena sonrió.

—Estoy segura de que hay otras personas más capacitadas que yo para eso, Alteza —respondió—, pero si quiere puedo enseñarle a tocar el piano.

Rosa dejó escapar un cómico suspiro.

—Mi pobre madre lloraba cuando me escuchaba tocar. Siempre decía que no sabía cómo podía ser tan negada. Me encanta la música, pero prefiero escuchar a otros.

Giovanni intervino en la conversación para decirle:

—Alteza, ¿por qué no descansa hasta que pase un poco el calor? Anoche estuvo hasta muy tarde en los últimos viñedos que se han visto afectados, y lleva en pie toda la mañana. Debe estar agotada.

La idea resultaba más que tentadora. El cansancio estaba empezando a hacer mella en ella, y ya no estaba acostumbrada al sol de Niroli, pero negó con la cabeza.

—Tengo que hablar con todos los agricultores con los que no he hablado aún. Para ellos esta situación es muy difícil, y cuanto antes sepan a lo que se enfrentan, mejor.

—Pero no está acostumbrada a estar tantas horas de un lado para otro con este calor —insistió Giovanni.

—Si el príncipe Max puede hacerlo, también yo. Para él esto es tan duro como lo está siendo para los agricultores.

—Por eso está con ellos, ayudándolos a arrancar las vides como uno más.

Rosa sonrió, conmovida por el orgullo que se traslucía de las palabras de Giovanni. No había duda alguna del afecto que profesaba a Max.

—Max es un buen hombre —murmuró.

Elena asintió.

—Lo es; es un gran hombre —dijo—. Y ahora si me disculpáis, vuelvo a mis quehaceres —añadió levantándose.

Rosa se levantó también y después de que se despidieran, Elena volvió a la cocina y Giovanni y ella salieron de la casa.

Rosa alzó la vista hacia las columnas de humo que se alzaban a lo lejos.

—Nadie, exceptuando al príncipe Maximilian, habría podido convencer a esos hombres para que arrancaran y quemaran sus vides —dijo Giovanni—. Confían en él porque hasta ahora ha cumplido todas las promesas que les ha hecho.

—Será un buen rey —dijo Rosa en un tono formal que esperaba no delatase sus sentimientos.

Giovanni se quedó mirándola en silencio, como pensativo, antes de responder:

—Yo también lo creo, Alteza. La gente de la isla está muy contenta de que sea Max quien finalmente ocupe el trono de Niroli y ciña su corona.

Max había regresado al *castello* sudoroso y con el olor a humo pegado a la piel y al cabello, así que se dio una ducha nada más llegar. Sin embargo, mientras bajaba las escaleras se dijo que probablemente nunca olvidaría el olor de las vides quemadas, ni se quitaría del todo el peso que habían dejado sobre su alma el dolor y el miedo de los agricultores.

Abrió la puerta del estudio y se quedó plantado en el umbral al ver a Rosa acurrucada en un sillón, dormida, con una sonrisa en los labios.

Varios mechones habían escapado del recogido que se había hecho, y le caían sobre un hombro, dándole un aspecto vulnerable. La blusa de seda color carmín que llevaba revelaba las elegantes líneas de su figura.

Max estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse. El beso que le había dado la noche anterior… Aquello no debería haber ocurrido. Por fortuna, Rosa le había quitado toda importancia.

Tenía que comportarse de un modo lo más indiferente y distante posible, y se aseguraría de que nada semejante volviese a suceder.

Se acercó a la chimenea y removió los rescoldos con el atizador, haciendo el mayor ruido posible para despertar a Rosa. Luego añadió un par de troncos y se irguió al tiempo que se sacudía las manos.

Rosa entreabrió los ojos y lo miró desorientada.

—Max —murmuró soñolienta con una sonrisa.

Era una sonrisa completamente inocente, pero él sintió como el deseo, feroz como una pantera, le

clavaba las garras. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron, y se la imaginó en su cama, relajada, saciada, con esa misma sonrisa en los labios.

Tomó asiento en el otro sillón, frente a ella, y carraspeó antes de preguntarle:

—¿Qué tal te ha ido?

Rosa se irguió en su asiento.

—Bueno, todo lo bien que podía esperarse —contestó ella—. Aunque supongo que mejor que a ti. Al menos yo he estado hablando con gente que tiene la esperanza de que sus vides se salven.

Max bajó la vista, recordando a una anciana que se había echado a llorar cuando los *bulldozer* habían entrado en su propiedad. Cuando él había intentado consolarla la mujer había sacudido la cabeza y le había dicho: «A cualquier otro lo maldeciría por esto, pero sé que no nos haría pasar por esto si no fuera necesario, Alteza.»

—No deja de sorprenderme la confianza que los agricultores tienen en mí —dijo a Rosa—. Nunca lo habría conseguido si Giovanni no me hubiese dado su apoyo desde el principio.

—Eso no es cierto —replicó ella con suavidad—; estoy segura de que valoran todo lo que has hecho por ellos y por el valle.

«No me mires así», rogó Max en silencio, apartando el rostro, «como si fuese un héroe o una especie de semidiós. No te imaginas hasta qué punto me tientas».

—Que hayas venido a ayudarnos significa mucho para esta gente —dijo, mirando el fuego—. Nunca lo olvidarán; ni yo tampoco.

Rosa giró el rostro también para que Max no pudiera ver el suave rubor que había teñido sus mejillas. Sin embargo, a pesar de que se sentía halagada por sus palabras, también se sentía triste. No quería que Max la recordara simplemente por haber cumplido con su deber.

—En fin, si me disculpas creo que me voy a la cama —dijo Max en un tono algo brusco, poniéndose de pie—. Tú también pareces cansada; deberías irte a dormir.

Rosa tragó saliva y se levantó. Parecía que Max había vuelto a levantar las barreras entre ellos, y aunque se dijo que era mejor así, no pudo evitar sentir una nueva punzada de tristeza.

—¿Ya has cenado? —preguntó.

—Sí; en casa de Giovanni.

—Ya veo. Bueno, pues… yo también me voy a dormir —dijo ella retrocediendo un par de pasos hacia la puerta mientras la señalaba con el pulgar.

—¿Estabas leyendo este libro? —inquirió él, recogiendo una novela que había en el suelo, junto al sillón donde había estado sentada.

—Oh, sí; ya no me acordaba. Debió caérseme de la falda cuando me quedé dormida.

—¿Quieres llevártelo? —preguntó Max acercándose a ella y tendiéndoselo.

Rosa lo tomó, le dio las gracias y apretó el libro contra su pecho como si contuviera los secretos del universo.

Salieron del estudio y subieron las escaleras hablando sobre la preocupación de los agricultores y las medidas que aún quedaban por tomar. Al llegar a la puerta del cuarto de invitados, donde dormía Rosa, Max se detuvo y le dio las buenas noches.

Manteniendo la vista en su barbilla, Rosa esbozó una pequeña sonrisa. No se atrevía a mirarlo a los ojos, y mucho menos a posar la mirada en su boca.

—No te pongas tan trágica —la increpó él—; no es el fin del mundo.

—Podría serlo para los agricultores.

—Son gente con agallas, y con decisión, y saben que tienen que hacer lo que tienen que hacer por el bien de sus descendientes.

Rosa comprendió de repente que Max no estaba hablando de los isleños, sino de ellos, y algo en su interior se rebeló.

—Si es que los tienen —murmuró.

Max apretó la mandíbula. La tensión entre ellos casi podía palparse.

—Los tendrán —dijo con firmeza. Luego, al ver que ella no decía nada, añadió—: Hay que afrontar las cosas como son. Actuar de otro modo sería una cobardía.

Temerosa de que la voz le temblara y dejara entrever a Max el torbellino de emociones que se agitaba en su interior, ella se limitó a sacudir la cabeza y giró sobre los talones para entrar en su habitación, pero él la llamó y la agarró por el brazo, haciéndola volverse de nuevo hacia él.

—¡Rosa, espera!

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, y Max masculló algo entre dientes y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

Permanecieron así, abrazados en silencio, durante unos instantes hasta que Rosa, aún aturdida se apartó un poco para mirarlo. Con el corazón latiéndole con fuerza, le puso una mano en la mejilla, y le susurró sin saber muy bien qué estaba diciendo:

—No te preocupes por mí, Max; lo superaré.

—Lo sé —contestó él con voz ronca, y su boca descendió sobre la de ella sin previo aviso.

Rosa dio un ligero respingo, sobresaltada, pero la caricia sensual de los cálidos labios de Max la hizo relajarse y respondió al beso con ardor.

Las manos de Max bajaron a su cintura y la atrajo hacia sus caderas, arrancando un suave gemido de su garganta. Luego sus labios abandonaron los de ella, y trazaron una senda a lo largo de la línea de la mandíbula para después descender por el cuello.

A Rosa la cabeza le daba vueltas. Nunca se había sentido tan vulnerable, y a la vez tan segura.

Enredó sus dedos en el corto cabello de Max, deleitándose en su tacto, y cuando él le acarició un seno y lo tomó luego en la palma de la mano, le sobrevino una ráfaga de deseo que hizo que se desvanecieran todas sus inhibiciones.

Max, sin embargo, se puso rígido, como si algo lo hubiese poseído, y sólo en ese momento se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo. Dejó caer los brazos, dio un paso atrás, apartándose de ella, y apretó los puños.

Rosa alzó la vista hacia él, buscando sus ojos, pero el atractivo rostro de Max se había convertido ya en una máscara dura y fría.

—Perdóname —dijo en un tono igualmente desprovisto de emoción—. Sé que ayer dije lo mismo, pero esto no debería haber ocurrido.

Rosa sabía que debía aceptar sus disculpas, fingir que aquel beso no había significado nada y seguir como todos esos años: evitándose el uno al otro durante los actos oficiales, tratándose simplemente con cortesía, como si fuesen dos extraños…

Sin embargo, no pudo evitar espetarle:

—Pero ha ocurrido. ¿Qué vamos a hacer al respecto?

Max la miró fijamente, y ni siquiera parpadeó.

—Nada —respondió—. Ni ahora ni nunca.

Luego dio media vuelta y se alejó, dejándola allí sola. Rosa tragó saliva, entró en su dormitorio y se puso a caminar arriba y abajo.

Sabiendo que en esos momentos cualquier emoción sería más soportable que el dolor que estaba atenazando su corazón, dejó que la ira ocupara su lugar, y se preguntó, furiosa, por qué tenía que ser la vida tan injusta.

¿Y por qué, por qué tenía que ser tan estúpida como para haberse enamorado del único hombre que

jamás podría tener?

Se detuvo frente al espejo y se quedó mirando a la chica de mejillas arreboladas, ojos brillantes y los labios ligeramente hinchados por los besos de Max. Todavía se sentía algo mareada, y era como si cada terminación nerviosa de su cuerpo estuviese hipersensibilizada. Se notaba la piel tirante, y el solo roce de la ropa le resultaba excitante. Los pezones se le habían endurecido, pero jamás conocerían el placer que tantas veces había imaginado de los labios de Max sobre ellos, de su lengua, de sus dedos…

Cerró los ojos y suspiró. Max la deseaba, pero no lo bastante como para dejar que ese deseo abriera una brecha en su férrea integridad.

Si no fueran primos, si Max no fuese el heredero al trono…

—Si hubiese un modo de acabar con las guerras… —masculló con ironía, abriendo los ojos de nuevo para fijarlos en su reflejo—. Nada de todo eso va a pasar, así que olvídalo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y se los secó irritada con el dorso de la mano antes de empezar otra vez a andar arriba y abajo. Tenía que demostrarle a Max que era tan fuerte como él. Una vez abandonase Niroli no volvería a verlo hasta el día de su coronación, y luego el día de su boda con alguna princesa europea de rancio abolengo. Tendría que hacerse a la idea de que jamás habría nada entre ellos.

Se desvistió, se puso el camisón y se metió en la cama, pero en cuanto cerró los ojos, empezó a imaginarse a esa princesa sin nombre, sintiendo que se le rompía el corazón. Se tapó la cabeza con las sábanas y comenzó a recitar de memoria la tabla periódica una y otra vez hasta que logró tranquilizarse, y finalmente se durmió.

A la mañana siguiente, el cielo estaba nublado, y el peligro de que la lluvia pudiera hacer que la infección se extendiera a otros viñedos dio a Rosa algo de lo que preocuparse y la ayudó a olvidar por un momento sus problemas personales.

Al fin y al cabo, ella sólo sufría de un amor no correspondido, mientras que los isleños se enfrentaban a la destrucción de un modo de vida milenario, de su medio de subsistencia.

Los días siguientes pasaron volando y aparte de una cena, a la que Max invitó a unos amigos para que no estuvieran a solas, durante ese tiempo apenas lo vio.

Giovanni la acompañaba a los viñedos y, poco a poco, Rosa se encontró encariñándose con él, aunque la desconcertaba ver que parecía recelar de ella. A veces lo descubría mirándola de un modo extraño. A finales de la semana, Max voló a Porto di Castellante para hablar con su abuelo, y a Rosa le habría gustado acompañarlo, pero él le dijo que el médico había desaconsejado más de una visita al día.

—Debe estar muy débil —contestó ella preocupada mientras Max cerraba su maletín.

—Físicamente sí, pero la cabeza por fortuna le rige muy bien —respondió él alzando los ojos—. No es que quiera tenerte esperando. Tiene intención de verte antes de que te marches.

—Lo sé —murmuró ella, esbozando una sonrisa triste—. Igual que sé que para el abuelo las mujeres son poco más que meros objetos de decoración cuando son jóvenes, y luego las encargadas de traer hijos al mundo.

—Sí, bueno, está anclado en el siglo diecinueve —dijo Max—, pero a su manera te quiere.

—Lo sé —respondió Rosa—. ¿Sabes que me regaló por Navidad? Un collar de diamantes y una balanza antigua de bronce.

Max sonrió.

—Déjame adivinar: el collar lo tienes guardado, y la balanza te la has llevado al laboratorio.

Rosa se echó a reír.

—Me conoces demasiado bien.

En ese momento el tiempo pareció detenerse y, por un instante, Rosa creyó ver una amarga melancolía en los ojos de Max.

—No pienses más en ello —dijo con voz temblorosa—; pronto me marcharé.

—Siempre estás en mis pensamientos, Rosa —confesó él, como si estuviesen arrancándole

información contra su voluntad—. Pero… sencillamente no puede ser; es imposible.

El corazón de Rosa dio un brinco por lo que suponía al oírle admitir aquello.

—Imposible… —repitió en un murmullo.

—Eres muy joven. Un día conocerás a un hombre que te haga reír, un hombre al que amarás y desearás; un hombre que será lo que yo nunca podré ser: tu marido.

Ella negó con la cabeza.

—Sí, Rosa; tiene que ser así —contestó él con firmeza.

—Pero… ¿y tú?

Max se encogió de hombros.

—Cumpliré con mi deber, como lo he hecho siempre.

—Max…

—No —la interrumpió él—. Tienes que aceptarlo, primita. Las cosas son así.

## Capítulo 6

Giovanni salía de la cocina del *castello*, donde había estado tomándose un café con la cocinera, y se dirigía al vestíbulo para encontrarse con Max cuando vio a Rosa salir del estudio y subir corriendo las escaleras. Estaba pálida, y parecía tan agitada que ni siquiera lo vio.

Frunció el ceño y, oculto en la penumbra que formaba una columna delante de él, vio aparecer en el umbral del estudio al príncipe Max. Éste alzó la mirada hacia las escaleras, por donde había desaparecido Rosa, y en su rostro Giovanni reconoció algo que confirmó las sospechas que ya tenía e hizo que se le encogiera el corazón.

Justo en ese mismo momento Max advirtió su presencia. Mudó su expresión de inmediato y se volvió hacia él.

—Ah, Giovanni. Estás ahí. ¿Todo listo? —preguntó.

Giovanni asintió.

—El helicóptero está esperando —respondió—. En cuanto tú digas, nos vamos, Max.

Tenía que pensar; tenía que hacer algo. Pero ése no era el momento ni el lugar.

De nuevo en su habitación, Rosa se obligó a afrontar la realidad. Era mujer de un solo hombre, y si no podía tener el amor de Max no quería el de ningún otro.

Nunca se casaría ni tendría los hijos que siempre había soñado. Al menos le quedaba su trabajo, se dijo.

Sin embargo, ni siquiera eso resultaba un gran consuelo ese día. La mañana pasó terriblemente despacio, y todo porque Max no estaba allí.

Por suerte la tarde fue mejor. Estuvo una hora reunida con el grupo que iba a ocuparse del seguimiento de las vides, todos ellos gente joven y entusiasta. Le hicieron todo tipo de preguntas y la escucharon con atención.

Giovanni tenía razón en lo que le había dicho. No necesitó siquiera recalcarles la importancia de llevar un control lo más preciso y detallado posible. Eran hijos e hijas de viticultores y sabían lo que estaba en juego.

Faltaba poco para que empezara a oscurecer cuando regresó al *castello*, y cuando ya se aproximaba a éste se dio cuenta de que, inconscientemente, se había pasado todo el día esperando oír el ruido de las hélices del helicóptero, anticipando ansiosa el regreso de Max.

Qué tonta era. Él probablemente habría decidido pasar la noche en Porto di Castellante.

Y era lo mejor, se dijo. Después de la conversación que habían tenido esa mañana, todavía estaba dolida. No era que se hubiese engañado creyendo que sentía algo por ella, pero cuando le había dicho que siempre estaba en sus pensamientos… Atesoraría esas palabras toda su vida.

Si pudiese luchar por su amor… Sin embargo, no podía cambiar las cosas. Max era su primo, el futuro rey de Niroli, y el último heredero varón que no había renunciado a ese derecho. Niroli lo necesitaba. ¿Qué era algo tan insignificante como su felicidad comparada con el futuro de los habitantes de la isla, por el que debía velar Max?

Con las manos en los bolsillos, Rosa alzó la cabeza al oír de repente el inconfundible ruido de las hélices de un helicóptero.

A pesar de todo lo que se había estado diciendo, una sonrisa se dibujó en sus labios, y empezó a cruzar la carretera en dirección al *castello* cuando oyó, pero ya demasiado tarde, el insistente claxon de un coche. Sintió el impacto como si le clavaran mil cuchillos, salió despedida y luego la oscuridad la engulló.

Mientras miraba por la ventanilla del helicóptero, Max le daba vueltas a la conversación con su abuelo. Su relación nunca había sido especialmente buena, y él siempre había creído que era algo personal, pero al crecer se había dado cuenta de que estaba equivocado.

Los nietos favoritos del viejo rey eran los hijos del difunto tío Antonio, fruto de su primer matrimonio con su muy amada Sophia. No tenía un vínculo tan estrecho con los de su segunda esposa, Eva.

Ésta, la abuela de Max, era una mujer fría que se movía sólo por ambición. Aquello era algo que había heredado su padre, Paulo, único hijo de esa unión en segundas nupcias del Rey,

El padre de Max nunca había llevado bien ser el segundo en la línea sucesoria, por detrás de su hermanastro, hijo del primer matrimonio del rey Giorgio, y aún peor el verse relegado todavía varios puestos más cuando nacieron los hijos de Antonio.

Max y su abuelo habían estado hablando de varios asuntos constitucionales, y luego, de pronto, el anciano rey había sacado el tema de que pronto tendría que empezar a buscar una esposa.

—¿Tienes algún tipo de preferencia al respecto? —había preguntado.

—No he pensado en ello —contestó Max de mala gana.

Su abuelo resopló.

—Pues deberías empezar a hacerlo. No estarás esperando a que te caiga del cielo…

Max enarcó las cejas.

—He estado ocupado —respondió, esforzándose por tener paciencia. El anciano monarca estaba débil, y no quería llevarle la contraria—. Además, ahora con el brote al que nos estamos enfrentando en el valle…

—¿Qué tal se porta nuestra pequeña Rosa? —lo interrumpió su abuelo—. ¿Están siendo de utilidad todos esos años que se ha pasado estudiando encerrada en un laboratorio?

—Es una de las mejores en su campo, pero por desgracia no hay garantías de que vayamos a poder evitar que se extienda el virus a otros viñedos —contestó Max.

Brevemente le explicó los pasos que se habían dado y las sugerencias que Rosa había hecho, y su abuelo asintió en silencio.

—Digan lo que digan los médicos, quiero ver a Rosa cuando pare aquí antes de partir de regreso a Nueva Zelanda —dijo—. A medida que pasan los días, me voy sintiendo mejor.

Ése había sido el final de la conversación, pero antes de marcharse el anciano rey le había dicho a Max en un tono más de abuelo que de rey:

—Hijo, piénsate lo del matrimonio. Niroli necesita herederos; muchos. Y cuanto antes mejor.

Y tenía razón, pensó Max mientras el helicóptero descendía sobre Cattina. La decisión de sus primos y de sus hermanos de renunciar al trono uno tras otro había hecho que el monarca se angustiase cada vez

más.

Max estaba seguro de que él no era quien su abuelo hubiese preferido como sucesor, pero no había nadie más, y si él renunciaba también a sus derechos como heredero, sólo quedaría Rosa.

Rosa, la pobre e inocente Rosa… ¿Cuánto daño le había hecho? No, Rosa era fuerte y lo superaría. ¿A quién quería engañar? Habían pasado cinco años y él no había conseguido superarlo.

El helicóptero se posó suavemente y las hélices comenzaron a girar más despacio. Max frunció el ceño al ver que había un grupo de gente esperándolo. El estomago se le encogió al pensar que pudiera tratarse de un nuevo brote. Buscó entre la gente la elegante figura de Rosa, y al no verla su preocupación se disipó un poco. Si se tratase de un nuevo brote, Rosa también estaría allí.

Max tomó su maletín y salió del aparato seguido de Giovanni, manteniéndose agachado hasta que estuvo lejos de las hélices.

El mayordomo se acercó a él y le hizo una torpe reverencia.

—Alteza, es la Princesa; la ha atropellado un coche.

El corazón de Max dio un vuelco, y en una voz que no sonaba en absoluto como la suya, inquirió:

—¿Cuál es su estado?

—Gracias a Dios sólo tiene contusiones —respondió el hombre santiguándose—. Ni una pierna rota, ni un brazo… Nada, sólo moratones. Pero tiene una leve conmoción y el médico dice que deberá estar al cuidado de una enfermera durante al menos un par de días. Ya hemos hecho venir a una. Está ahora mismo con ella, y el médico también.

—Gracias —contestó Max.

Y sin esperar más, se dirigiéndose hacia el *castello* con paso apresurado. Detrás de él oyó al mayordomo explicándole a Giovanni cómo había ocurrido, pero no se detuvo. Tenía que ver a Rosa.

Rosa estaba echada en su habitación, y la cabeza le dolía tanto que casi no podía ni pensar. Sabía que la habían atropellado, y el médico le había dicho que sólo tenía unas moratones y una conmoción leve, que era la causa del dolor de cabeza, pero si tenía ese dolor con una conmoción leve, no quería ni imaginarse cómo sería su tuviese una fuerte.

Y encima, saber que la culpa había sido de ella la hacía sentirse como una idiota. Había salido corriendo al oír el ruido de las hélices del helicóptero y no había oído el claxon hasta el último momento, cuando ya tenía el coche encima.

Un ruido de pasos hizo que abriera los ojos. Al ver delante de ella el rostro de su querido Max, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No me hagas llorar, por favor —le rogó en un susurro—. El dolor de cabeza que tengo está matándome.

La mano de Max, grande y cálida, tomó la suya.

—Si no te mata el dolor de cabeza, lo haré yo. ¿Cómo se te ocurrió cruzar la carretera sin mirar? No, no me respondas; ya hablaremos de eso en otro momento.

—¿Cómo está el conductor? —inquirió ella preocupada—. Recuerdo haberlo oído maldiciendo, así que imagino que no está muy malherido.

Max frunció los labios.

—No, no tiene ni un rasguño —contestó en el tono que tantas veces había oído emplear a su madre cuando la regañaba de niña—. Al contrario que tú, conoce las normas de seguridad vial y llevaba puesto el cinturón de seguridad. Y aparte del dolor de cabeza… ¿cómo te encuentras? —inquirió en un tono más suave.

—Como si me hubieran pegado una paliza —admitió ella—, aunque milagrosamente parece que sólo tengo unos cuantos golpes. ¿Podrías pedirle disculpas en mi nombre al conductor? Debe haberse llevado un susto de muerte por mi culpa.

—Ya lo creo que sí. Está abajo, en el vestíbulo. La policía está interrogándolo. Se encuentra más

tranquilo ahora que sabe que no te ha pasado nada grave.

—Lo siento —murmuró Rosa con una sonrisa a modo de disculpa—. Me siento como una idiota. ¿Qué tal tu día?

—Bien; ha ido bien. Y ahora me marcho antes de que venga el médico a echarme. Intenta descansar.

—No puedo hacer mucho más —suspiró ella, e hizo una mueca—. Perdona que esté causando tantas molestias, Max.

—Tonterías —replicó él.

Se inclinó para besarla en la frente, igual que un padre besa a una hija, pero incluso ese casto beso hizo que a Rosa se le arrebolaran las mejillas.

A la mañana siguiente, el dolor de cabeza había desaparecido, pero los moratones habían empezado a mostrarse en todo su esplendor, con un interesante tono azulado. Aunque eso no era lo peor, sino cómo le dolía el cuerpo cada vez que se movía; incluso al respirar.

Cuando el médico pasó a verla después del desayuno, Max le preguntó:

—¿Y no se habrá roto una costilla?

El hombre negó con la cabeza.

—Tendría muchos más dolores. Ha tenido mucha suerte.

—Estoy aquí —dijo Rosa irritada—. Y mis costillas están perfectamente. Hace años me fracturé una costilla y era mucho peor que esto.

—¿Te fracturaste una costilla? ¿Cómo? —inquirió Max.

—Eh… Me caí de un caballo a los dieciséis años —contestó ella. Dios, ¿por qué habría tenido que sacar a relucir aquello?—. En la casa de campo que tiene mi familia en Isla Real. Justo después de que te marchases, si no recuerdo mal.

Por supuesto que recordaba cada detalle de aquel día. Sobre todo, cómo lo había avergonzado con su enamoramiento adolescente. Se había caído del caballo porque había estado llorando cuando Max se había marchado con su hermosa y encantadora novia.

Max enarcó una ceja.

—Nadie me lo había contado.

—¿Y por qué tendrían que habértelo contado? no fue nada grave —le espetó ella sonrojándose—. Doctor, ¿cuándo podré levantarme?

—Hoy no —contestaron a la vez Max y el médico.

Max le cedió la palabra a éste.

—Esta tarde, si quiere, puede sentarse un poco en aquel sillón durante una hora o un poco más —dijo el médico a Rosa, señalando un sillón que había junto a la ventana—. Mañana pase la mañana sentada y, por la tarde, dé un pequeño paseo por la habitación. Vaya haciéndolo así, poco a poco, hasta que se vaya sintiendo mejor.

Rosa lo miró boquiabierta.

—Pero tengo que levantarme hoy; tengo trabajo por hacer.

—Se quedará en la cama, no se preocupe —dijo Max al doctor.

Rosa frunció los labios, sumamente irritada, pero esperó a que los dos se hubieran marchado para apartar las sábanas y girar las piernas hacia el borde de la cama. Músculos que ni sabía que tenía protestaron de inmediato, y un sudor frío le perló la frente, pero apretó las mandíbulas y se agarró al cabecero de la cama para incorporarse.

—¿Qué está haciendo? —exclamó la enfermera, entrando en ese momento y corriendo junto a ella—. Alteza, no le hará ningún bien forzarse de ese modo; necesita descansar. ¿Qué dirá el príncipe?

—Oh, estoy segura de que sus gritos se oirán hasta en China —respondió Rosa.

Sin embargo, sabía que Max quería perderla de vista, así que cuanto antes volviese a estar de pie y a moverse, mejor.

La enfermera vaciló un momento antes de amenazarla con un:

—Voy a decírselo al príncipe.

—¡No! —suplicó Rosa cuando la mujer se giró hacia la puerta.

No obstante, ésta no llegó muy lejos porque en ese momento Max entró en la habitación.

—Vuelve a meterte en la cama —ordenó.

Al ver que Rosa no obedecía, fue hasta ella, la alzó en volandas y la depositó con un cuidado exquisito sobre la cama para luego taparla.

—Y no vuelvas a levantarte —dijo en un tono aún más intimidante que su expresión.

La enfermera salió discretamente de la habitación.

—Nadie espera que vuelvas de inmediato al trabajo en el estado en que estás —dijo Max.

—Tú lo harías; te sobrepondrías al dolor y lo harías —replicó ella.

—Es distinto.

Rosa le lanzó una mirada furibunda.

—Y luego dicen que ahora hay igualdad de sexos.

Max ni siquiera estaba escuchándola.

—He hablado con la gente del laboratorio. Dicen que les ayudaría mucho si escribieras, como propusiste, una guía detallada de los pasos que hay que dar para llevar a cabo el seguimiento de las vides, y otra de las pruebas que tendrían que hacer si surgiera un nuevo brote.

Rosa detestaba dar su brazo a torcer, pero con todos los dolores que tenía en ese momento, al menos ésa sería una manera de ir adelantando trabajo y, a la vez, hacer reposo.

—De acuerdo —respondió a regañadientes.

Max la miró con los ojos entornados.

—¿Puedo fiarme de que te quedarás en la cama?

Rosa iba a replicarle con una insolencia para hacerle rabiar, pero luego pensó en todos los problemas que tenía ya Max y en que estaba siendo una carga para él, y se mordió la lengua.

—Sí —contestó—; al menos por hoy.

Él enarcó una ceja.

—No me había dado cuenta hasta ahora de lo cabezota que eres.

Rosa se rió y esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Cómo crees si no que convencí a mis padres para que me dejaran estudiar biología?

Esa noche, en su despacho, Max leyó las dos guías que Rosa había elaborado y se las tendió a Giovanni para que éste le diera su opinión.

—¿Cómo lo ves?

Giovanni les echó un vistazo antes de pronunciarse.

—Me parece que la princesa ha hecho un trabajo excelente. Serán de gran ayuda.

—Estupendo. Le diré a mi secretaria que las pase a ordenador y que haga que impriman copias para que cada familia tenga una.

Giovanni asintió y dejó los papeles sobre la mesa. Luego vaciló un instante antes de añadir:

—La princesa se ha transformado como el patito feo del cuento; se ha convertido en una mujer encantadora.

—Encantadora… y también cabezota —contestó Max distraído mientras guardaba los papeles en una carpeta—. Insiste en que mañana ya quiere abandonar el reposo y levantarse.

Giovanni sonrió.

—Bueno, más que cabezonería, yo diría que es fuerza de carácter. Muchos te acusarían de lo mismo a ti.

Max se encogió de hombros.

—Será cosa de familia entonces. Bueno, sugiero que nos retiremos ya. Mañana va a ser un día muy largo.

—Una mañana preciosa —dijo la enfermera descorriendo las cortinas—. ¿Cómo se siente, ha descansado? —preguntó a Rosa.

—Me siento mucho mejor —contestó ella con firmeza—. Lo bastante como para levantarme.

La enfermera chasqueó la lengua, pero la ayudó a vestirse y le sugirió que no se pusiera sujetador para estar más cómoda.

—Al fin y al cabo, tampoco lo necesita —observó mientras la ayudaba a meterse las mangas de una blusa de seda—. Tiene cuerpo de modelo: esbelta y elegante.

Rosa, que durante años había envidiado la figura de su hermana, más voluptuosa, esbozó una sonrisa irónica.

—No me habría venido mal saberlo hace unos años, cuando era un pato mareado, tan larguirucha, toda brazos y piernas.

La enfermera se rió y le acercó unos pantalones de lino.

—Seguro que se habría encontrado otros defectos; las adolescentes son así.

Rosa se calzó las botas con dificultad y, justo en ese momento, llamaron a la puerta. El pulso se le aceleró cuando ésta se abrió y apareció Max muy serio.

—¿Ha ocurrido algo? —quiso saber Rosa.

—No, sólo que te empeñas en hacer esto aunque aún no estás bien —contestó él—. ¿Estás lista?

—Lista —asintió ella con la mayor convicción posible.

Max se encogió de hombros.

—En fin, recuerda que ha sido idea tuya. Vamos, te llevaré abajo en brazos.

—¡Ni hablar! —replicó ella, a la vez nerviosa y excitada ante la idea—. Peso demasiado.

—No voy a dejarte caer, si es lo que te preocupa —dijo Max—, y no creo que estés en condiciones de bajar las escaleras.

Rosa sabía que tenía razón, así que finalmente claudicó.

—Está bien —respondió—. Pero… ¿sabes?, deberías instalar un ascensor.

Max se acercó a ella, la tomó con cuidado en brazos y la levantó del suelo.

—¿Para qué? —inquirió, girándose hacia la puerta—. Tú te irás pronto y nadie más necesita un ascensor.

—Eso, restriégame por las narices lo patosa que soy —protestó ella, intentando no pensar en lo agradable que era estar en los brazos de Max—. Ya sé que hace unos años me tropezaba continuamente y me caía en los sitios más llanos, pero creía que me había curado de eso.

—No eres patosa —replicó Max—; nunca lo has sido. De hecho, incluso de adolescente, cuando estabas creciendo tan deprisa que te costaba coordinar tus movimientos, me recordabas a un potrillo, con esas piernas tan largas, pero a un potrillo que se convertiría en una hermosa yegua de elegante porte —

explicó mientras bajaba los escalones con cuidado pero sin vacilación—. Y tenías una melena como la de un potrillo también. Recuerdo que solía preguntarme cómo podías ver con todo ese pelo.

Y por qué su madre no había intentado convencerla para que se lo cortara, pensó. Aunque su tía Francesca había querido por igual a sus dos hijas, tenía mucho más en común con la mayor, Isabella. Sencillamente, nunca había sabido tratar a una chiquilla a la que no le gustaban las muñecas y los vestidos sino los libros de biología y montar a caballo.

—Me regalaste mi primer microscopio cuando tenía ocho años —dijo Rosa de pronto, como si le hubiese leído el pensamiento.

Max sonrió.

—Me sorprende que todavía te acuerdes.

Rosa había tartamudeado un tímido «gracias», y luego le había confesado que aquel era el mejor regalo que le habían hecho; mejor incluso que su pony. Siempre había sido una niña muy directa, lo cual a veces la había puesto en situaciones incómodas.

El tiempo no la había cambiado demasiado, pensó sin poder reprimir una sonrisilla.

—¿Qué diablos hiciste para que te atropellara el pobre Gesemane?

—Bueno, no llevaba encendidos los faros, aunque ya había empezado a oscurecer —comenzó a decir ella en su defensa—, pero supongo que iba algo distraída.

—¿En qué ibas pensando, en qué más podrías hacer para ayudar a los agricultores?

Cuando Rosa asintió, su sedoso cabello rozó la mejilla de Max, y el aroma del delicado perfume que usaba hizo que todos los sentidos de éste se pusieran en estado de alerta.

—Sí, supongo que sí —murmuró Rosa con vaguedad, como si estuviese eludiendo la pregunta.

Max se preguntó qué no estaba contándole.

—Prométeme que hoy te tomarás las cosas con calma —pidió—, y que si te cansas, pararás un rato para descansar.

—No me trates como a un bebé, Max; no soy tonta —dijo molesta—. No quiero ser una molestia para ti, así que cuando vea que no puedo más, lo diré.

Habían llegado al rellano inferior de las escaleras. Max se detuvo y Rosa alzó sus misteriosos y exóticos ojos hacia él.

—Max, bájame ya.

—¿Estás segura?

—Sí, muy segura —contestó ella en un tono un tanto forzado.

Él la depositó en el suelo con cuidado.

—Muy bien; demuéstrame que puedes caminar.

Preparado para sujetarla si hiciese falta, Max la observó mientras daba un par de pasos. Iba despacio, y también algo rígida, pero alzó la cabeza y dijo con una entereza encomiable:

—Estoy bien; no podría correr un maratón, pero me las apañaré.

—Tal vez un bastón te ayude —dijo Max antes de pedirle a un miembro del personal que trajese uno.

Rosa hizo un mohín, pensando que un bastón era lo único que le faltaba, pero al intentar dar unos pasos más tuvo que admitir que no le iría mal y cuando regresó el empleado, lo tomó de sus manos y le dio las gracias.

—¡Oh, Max, es precioso! —exclamó admirada, examinando con interés la empuñadura, con forma de cabeza de dragón tallada en ámbar.

—¿Qué más da eso? Pruébalo —le ordenó Max impaciente.

Rosa obedeció y, aunque al principio caminaba con cautela, luego fue tomando confianza al ver que

le resultaba más fácil caminar apoyándose en él.

—Así voy mucho mejor; gracias —dijo a Max.

—Bien, pues vámonos.

Rosa parpadeó.

—¿Has dicho «nos»? —murmuró, y una sonrisa iluminó fugazmente su rostro—. Quiero decir… ¿tú también vienes? ¿Por qué? No hace falta que…

—Ya lo creo que hace falta —la interrumpió él—. No me fío de ti. Eres capaz de seguir en pie hasta que te desmayes, y nadie más consigue hacerte obedecer.

—Tampoco tú —dijo ella burlona.

Max sonrió divertido.

—No siempre, es verdad, pero puedo cargarte sobre mi hombro y traerte de vuelta aquí.

—Emplear la fuerza bruta con una dama no es nada atrayente —le espetó ella para luego quedarse callada, al darse cuenta de que estaba flirteando.

Max se había puesto serio también.

—No estoy intentando cortejarte —dijo—. Quiero que estés bien porque ahora mismo Niroli te necesita.

Rosa bajó la vista.

—Claro; sólo estaba bromeando —murmuró.

Luego se irguió y salió fuera, preguntándose cuándo iba a aprender.

## Capítulo 7

Rosa pasó el día con el equipo que iba a ocuparse del seguimiento de las vides cuando ella abandonase Niroli. Les hizo mucho hincapié en por qué todo debía hacerse de una determinada manera, y por qué era tan importante registrar todos los datos de un modo ordenado y comprobar dos veces cualquier posible anomalía.

Max se quedó con ella hasta media mañana, cuando recibió en el móvil una llamada.

—Tengo que irme. Hay un asunto que debo atender personalmente —dijo a Rosa mientras cerraba el teléfono—. Giovanni, te dejo a cargo de la princesa. Asegúrate de que no se canse demasiado; y si se pone cabezota, ya sabes cómo encontrarme.

Rosa resopló airada, pero los voluntarios se rieron y uno le dijo a Max que no se preocupara, que ellos la vigilarían con tanto celo como iban a vigilar el estado de las vides.

En más de una ocasión a lo largo del día Rosa se encontró con Giovanni mirándola, y cada vez éste le sonreía y apartaba la mirada.

Al principio, había pensado que quizá, al igual que a otros muchos isleños, le resultaba peculiar ver a una mujer a cargo de algo, pero luego se había preguntado si no sería que sospechaba que pudiese haber algo entre Max y ella. ¿Los habría visto besándose?

Esa noche, al regresar al *castello*, le insistió a Max en que subiría las escaleras ella sola.

—No seas ridícula, Rosa —la increpó él—. Estás cansada de todo el día; vamos, te llevaré en brazos como esta mañana.

—Subir las escaleras conmigo en brazos te va a costar más que bajarlas —le advirtió ella. Al ver que no podía disuadir a Max, dijo—: Está bien, hagamos un trato: yo subiré hasta donde pueda y, a partir de ahí, me llevas tú.

Durante unos instantes, Max se quedó mirándola, y justo cuando Rosa creyó que no iba a dar su brazo a torcer, se encogió de hombros y contestó:

—Como quieras. Inténtalo; a ver hasta dónde llegas.

Aliviada, Rosa apretó los dientes e inició el ascenso, pero todo lo que logró fue subir cuatro escalones. Sin hacer comentario alguno, Max acudió junto a ella y la alzó en volandas. Rosa mantuvo la vista en los cuadros de la pared mientras subían.

—¿Por qué crees que Giovanni me mira tanto? —inquirió—. Durante estos días lo he sorprendido haciéndolo en varias ocasiones.

Max se quedó callado un segundo antes de responder en un tono contrariado:

—No lo sé.

De modo que también él lo había notado…

—¿Crees que pueda ser que… que nos viera la otra noche? —inquirió ella preocupada en voz baja.

—Por supuesto que no —replicó él con firmeza—. Pero Giovanni me conoce muy bien; es posible que sospeche algo, eso es todo.

Alarmada, Rosa se mordió el labio inferior.

—No quiero causarte más problemas; me iré tan pronto como sea posible.

¿Habían sido imaginaciones suyas, o la habían aferrado con más fuerza las manos de Max?

Al llegar al rellano superior de la escalera, Max la dejó en el suelo y Rosa vio que su frente estaba perlada de sudor.

—Te dije que sería demasiado esfuerzo para ti —lo regañó—. ¡Espero que no te vaya a salir una hernia por mi culpa!

Max se echó a reír, y Rosa no pudo evitar reírse también.

—No soy de porcelana; haría falta mucho más para que me saliera una hernia —dijo él—. Que duermas bien.

—Tú también.

—Lo importante es que descanses tú —respondió él—. Ah, por cierto… María, la doncella, me ha dicho que tiene un ungüento que le enseñó a preparar su abuela y que va muy bien para los moratones.

—Si puede ayudarme a reponerme antes, probaré lo que sea.

—¿Lo que sea con tal de poder marcharte lo antes posible? —inquirió él con una media sonrisa.

Luego se dio la vuelta y Rosa se quedó mirándolo mientras se alejaba por el pasillo.

Durante las dos semanas siguientes. Max dividió su tiempo entre Cattina y la capital por asuntos de negocios que debía atender. Cuando regresaba a casa, Rosa siempre se las arreglaba para retirarse a su habitación después de la cena. Los primeros días la excusa era que necesitaba descansar y, luego, cuando las moratones empezaron a desaparecer, se escudó en que tenía que redactar los informes que su jefe le había pedido que les enviase. Max probablemente sabía que sólo eran excusas para evitar que se quedasen a solas, pero su alivio era evidente.

Rosa se sentía ya mucho mejor, y el médico se mostró satisfecho con su rápida recuperación cuando fue a hacerle una visita a petición de Max.

—Entonces… ¿ya estoy en condiciones de volver a Nueva Zelanda? —preguntó Rosa.

El médico frunció el entrecejo.

—Yo desde luego no se lo aconsejo, Alteza. Ahora se encuentra mejor, pero el cuerpo es un instrumento delicado, y tantas horas de vuelo… —respondió negando con la cabeza—. Es mejor que espere una o dos semanas más —cuando Rosa abrió la boca para protestar, añadió—: Estoy seguro de que el príncipe estará de acuerdo conmigo.

Y por supuesto, Max le dijo que lo estaba cuando esa noche se sentaron en el estudio y ella se lo contó.

—El doctor Fiorelli tiene razón. Además, creía que me habías dicho que tu jefe quería que te quedases al menos hasta fin de mes, para hacer un seguimiento de los procedimientos con los que estamos experimentando.

Rosa, sentada en el sillón junto a la chimenea, exhaló un suspiro y asintió. Luego bajó la vista a sus manos, entrelazadas sobre el regazo, y le dijo:

—Antes de volver a Nueva Zelanda, me gustaría ir a visitar la tumba de mis padres en Isla Real. Y he pensado que cuando vaya a ver al abuelo a Porto di Castellante, podría aprovechar para hacerle una visita a tu madre.

—Es una idea excelente, pero mi madre aún no ha vuelto de Francia —respondió él—. ¿Tienes amigos en la capital? Podrías ir a verlos.

—No, la verdad es que no tengo muchos —confesó ella con cierta reticencia.

Los chicos y chicas que habían sido sus «amigos» en Niroli eran hijos e hijas de aristócratas, escogidos por su madre. Sus amigos de verdad eran los que había hecho en el internado de Suiza y en la universidad.

—Pobre princesita —murmuró Max.

Rosa alzó la vista desafiante, creyendo que estaba burlándose de ella, pero en vez de eso lo encontró mirándola con una ternura que la desarmó.

Desde aquel beso ardiente, los dos habían tenido mucho cuidado de no cruzar el límite invisible que les estaba prohibido traspasar, pero la tensión entre ellos había aumentado. Rosa se sentía como si estuviese todo el día caminando sobre una cuerda floja.

—Quizá podría ir a Mont Avellana y pasar unos días con Isabella y Domenic —dijo—, pero preferiría quedarme cerca de Cattina por si se produjera un nuevo brote.

—¿Y por qué no te quedas en Isla Real hasta que acabes de recuperarte? —propuso Max—. El personal de servicio de la casa de tu familia te cuidaría muy bien.

Rosa vaciló.

—Es que… Bueno, no he estado allí desde que mis padres murieron.

Tras un momento de tenso silencio, Max se acuclilló frente a ella y tomó sus manos en las de él.

—Deberías volver, Rosa —dijo—. Su muerte fue una tragedia, pero tus padres no habrían querido que los lloraras siempre.

Si él la acompañase, tendría el valor suficiente para hacerlo, pensó Rosa, pero por supuesto él no querría. No podía.

—Lo sé, pero…

—Tienes que enfrentarte a tus fantasmas.

—No hay ningún fantasma en la casa de Isla Real —replicó ella—; de nuestras estancias allí sólo tengo recuerdos felices.

—A veces los recuerdos felices son mucho más difíciles de afrontar que los tristes —contestó Max en un tono quedo.

Alguien tosió en el umbral de la puerta.

Max se puso de pie como un resorte y se volvió.

—Giovanni. ¿Qué te trae por aquí?

Rosa se levantó del sillón.

—Os dejaré a solas para que podáis hablar de lo que queráis.

—Es sobre las vides —dijo Giovanni.

Rosa se paró en seco y miró a Max, cuyas facciones se habían endurecido.

—Habla, por Dios —dijo a Giovanni.

Éste lanzó una mirada preocupada a Rosa.

—Parece que hay un nuevo brote.

Max maldijo entre dientes.

—¿Dónde?

—Cerca de uno de los viñedos afectados. Las hojas de las vides tienen agujeros.

—Gracias a Dios —murmuró Max—. De modo que las vides han sido rociadas con el aerosol, ¿no es así?

Giovanni asintió.

—¿Podría ser una reacción al aerosol? —preguntó Max a Rosa—, ¿una falsa alarma?

Rosa sacudió la cabeza.

—No parece muy probable —contestó lentamente—. En ninguno de los otros viñedos se ha producido esa clase de reacción. Claro que tampoco puedo decir que sea imposible. Si me das un minuto me cambiaré y…

—No hace falta que vengas —la interrumpió Max—. Has hecho lo que viniste a hacer a Niroli: darnos esperanza. Ahora tienes que dejar que nosotros nos ocupemos. Vete a la cama.

—No soy una secretaria a la que puedas darle órdenes ni… —comenzó ella acaloradamente, pero luego, cuando él la miró con dureza, se quedó callada.

—Demuéstrale un poco de confianza a la gente a la que has estado preparando estos días.

Era noche cerrada cuando el todoterreno de Max volvió a entrar en el patio del *castello*. Max iba sentado al volante con Giovanni a su lado. Éste había estado muy callado durante todo el trayecto y tenía la cabeza gacha y el entrecejo fruncido, como si algo lo tuviese preocupado.

Max le lanzó una mirada. Se lo veía viejo y cansado. Gracias a Dios que finalmente había resultado una falsa alarma y no se trataba de un nuevo brote. Habían repasado punto por punto la guía que Rosa había preparado, y habían concluido que las vides no tenían antracnosis, y que los agujeros de las hojas los habían hecho insectos.

De hecho, había mucho por lo que felicitarse. Que los dueños del viñedo hubiesen informado de inmediato era señal de que el mensaje de que había que estar alerta estaba calando en la población.

Sin embargo, tenía la sensación de que había algo más que preocupaba al hombre que había sido como un padre para él; más incluso de lo que lo había sido su propio padre.

—¿Por qué no pasas dentro y tomamos un trago juntos? —le dijo—. Luego deberías irte a casa y dormir. Has estado trabajando demasiado últimamente y se te ve cansado. Lo que necesitas es pasar un par de días sentado al sol charlando de cualquier cosa que no tenga nada que ver con vides. Cuando esto se acabe, los dos lo haremos, compadre.

Aunque Giovanni sonrió, no fue una sonrisa alegre.

—Gracias, creo que aceptaré ese trago.

En el estudio, Giovanni observó a Max en silencio mientras éste servía un par de copas de brandy.

—Siéntate —dijo Max, yendo junto a él para tenderle una.

Pero Giovanni se quedó de pie, mirando el líquido ámbar antes de apurar su copa de un trago. Max se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—¿No quieres sentarte? —insistió.

—Prefiero quedarme de pie —respondió Giovanni, paseando la vista en derredor, como nervioso—.

Tenemos que hablar, Max; de hombre a hombre.

Max frunció el entrecejo.

—Creía que siempre lo habíamos hecho. ¿O es que he estado equivocado todos estos años?

—No, pero cuando uno lleva un secreto a cuestas, no puede ser franco del todo. Hay algo que debo preguntarte. ¿Amas a la princesa Rosa?

Max apretó la mandíbula y permaneció callado, pero Giovanni estaba esperando una respuesta, y parecía angustiado, como si se enfrentase a una terrible decisión.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Sé que sientes algo por ella.

—¿Y? —lo instó Max para que continuara.

—Sé que sientes algo por ella, pero creo que no hay nada entre vosotros; al menos aún.

Max entornó los ojos.

—Sabes muy bien que no es posible; las reglas de la Casa Real lo prohíben.

Giovanni estudió su rostro en silencio durante unos momentos.

—Si te dijera que sí es posible, ¿te casarías con ella?

—¿A qué viene todo esto? —exigió saber Max, que estaba empezando a enfadarse—. ¡Somos primos, primos carnales! Las reglas de nuestra familia especifican que el heredero el trono no puede casar con una mujer a la que lo unan lazos de sangre.

—Creo que sí me sentaré, después de todo —murmuró Giovanni, tomando asiento en el sillón, junto a la chimenea.

Max permaneció de pie y lo miró expectante.

—La princesa y tú no sois primos, Max —dijo Giovanni—. No hay lazos de sangre entre vosotros. Tu padre no era hijo del rey Giorgio.

Max le habría pegado un puñetazo a cualquier otro hombre que se hubiese atrevido a decir aquello, pero conocía a Giovanni de toda la vida, y jamás lo había escuchado decir una mentira.

—¿Estás diciendo que mi abuela, la reina Eva… le fue infiel a mi… al Rey?

Giovanni cerró los ojos.

—Así es.

—Entonces… ¿quién es mi abuelo?

Tras un largo silencio, Giovanni respondió avergonzado:

—Soy yo.

Max se bebió la mitad de su copa y, con el líquido aún quemándole las entrañas, preguntó:

—¿Y cómo puedes saber eso?

—No te culpo por no creerme —dijo Goivanni con voz temblorosa—. No sé si la Reina lo sabe, y es evidente que el Rey lo ignora, porque aceptó a tu padre como hijo suyo —vaciló un momento antes de añadir—: Aunque creo que sospecha.

—¿Y tú? ¿Por qué estás tan seguro? —quiso saber Max.

Giovanni sacó una fotografía del bolsillo de su camisa.

—Por esto.

Max se acercó y la tomó. Era una fotografía antigua de un hombre joven junto a una motocicleta sonriendo a la cámara. Al principio pensó que era una foto de sí mismo, tomada a sus dieciocho o diecinueve años, pero la ropa que llevaba el joven no era suya, y él nunca había tenido una motocicleta.

Por no mencionar que la fotografía era en blanco y negro.

—¿Quién es? —inquirió patidifuso.

—Mi hermano menor, Vittorio, que Dios lo tenga en su gloria —contestó Giovanni santiguándose piadosamente—. Nuestra madre era inglesa, y nuestro padre la conoció cuando estaba en Inglaterra, trabajando para un tío suyo en Londres. Se casaron y se vinieron a vivir aquí, pero mi madre no se hacía a esto. Cuando Vittorio tenía sólo cinco años se lo llevó a Inglaterra con ella y desde allí tramitó el divorcio. Nunca volvimos a ver a mi hermano. A los diecinueve años murió en un accidente con esa motocicleta. Mi madre nos envió esa foto poco antes de que ocurriera. Ella murió poco después.

Max no dijo nada, sino que se quedó mirando la fotografía.

—La primera vez que te vi tenías tres años, y ya entonces lo supe —dijo Giovanni—. Tu padre se parecía a la Reina, su madre, pero tú..., tú eras la viva imagen de Vittorio. Me pregunté si debería decírselo a alguien, pero no me pareció que fuese necesario, porque... ¿quién iba a pensar que tus primos y tus hermanos renunciarían uno tras otro a su derecho al trono?

Max trató de controlar su ira.

—¿Habrías dejado que me convirtiese en rey a sabiendas de que no tengo ningún derecho a serlo?

Giovanni se encogió de hombros.

—Eres un buen hombre, Max —respondió—. Has trabajado codo con codo con la gente de la isla durante todos estos años, y tienes criterio. ¿Quién mejor que tú para ocupar el trono?

—Pero entonces ¿por qué...? —comenzó. Luego se quedó callado, creyendo adivinar la razón—. Es por Rosa, ¿no es así? ¿Tan obvio resulta?

—¡No! —exclamó Giovanni—. Yo... te conozco muy bien, Max, y desde que Rosa regresó he notado que te atrae, pero sé que siendo un hombre íntegro como eres, serías capaz de negarte el derecho a tener lo que deseas sólo por cumplir con tu deber. Y yo no podía permitir eso. Para mí eres como un hijo, y no podía dejar que sufrieras por una mentira.

Max apuró su copa.

—Ya veo. Pero... aunque es cierto que si Rosa y yo no somos parientes podríamos casarnos, ella aún está atada por las reglas de la Casa Real. La primera de ellas es que ningún miembro de la familia real puede unirse en matrimonio sin el consentimiento y la aprobación del monarca. Si crees que el Rey dará su consentimiento para que Rosa se case conmigo, con el fruto de una aventura de su esposa..., me temo que estás muy equivocado.

—No tiene por qué haber escándalo alguno —apuntó Giovanni—. Deja las cosas como están, conviértete en rey y cambia esas reglas para hacerlas algo menos estrictas.

La tentación de hacer lo que proponía Giovanni era muy fuerte, pero Max se esforzó por mantener la cabeza fría.

—No sé si podría cambiar las reglas; pero, aunque pudiera, sería imposible que me casara con Rosa sin que se desatase un escándalo. La gente seguiría pensando que somos primos —contestó negando con la cabeza. Al ver a Giovanni ponerse de pie, dijo abruptamente—. Haga lo que haga, quiero que sepas esto: me alegro de que seas mi abuelo. No podría haber tenido un abuelo mejor.

Los ojos de Giovanni se llenaron de lágrimas.

—Ni yo un nieto mejor —murmuró, dándole a Max un fuerte abrazo.

Cuando se separaron, se miraron el uno al otro algo avergonzados.

—Me marcho ya —le dijo Giovanni—, pero querría pedirte que no hagas nada sin haberlo pensado muy bien. Uno casi siempre se arrepientes de las decisiones que toma en caliente —hizo una pausa y se obligó a esbozar una sonrisa—. Claro que hay veces que no. Yo era joven y me dejé impresionar por la belleza de tu abuela cuando tuve ese romance con ella, pero no podría arrepentirme nunca de aquello teniendo un nieto como tú.

Max insistió en llevarlo a casa, y en el trayecto de regreso al *castello* se preguntó qué iba a hacer, y

si debería decírselo a Rosa.

Decírselo al Rey implicaría prácticamente un exilio voluntario de la isla y dejaría al monarca solo, enfrentándose a una crisis constitucional.

No podía acudir al rey sin pruebas, pensó. El anciano gobernante no aceptaría una fotografía como tal. Tendría que hacerse la prueba de ADN.

Claro que… si se demostrase que lo que Giovanni había dicho era cierto, Rosa sería la única persona que quedaría para suceder al rey Giorgio.

## Capítulo 8

La noche siguiente, después de un largo día de trabajo, mientras cenaban, Max le dijo a Rosa:

—Pareces exhausta. Incluso tienes ojeras. Ahora que ya has comprobado que los voluntarios pueden arreglárselas solos, deberías hacer lo que hablamos: irte a la casa de campo de tu familia en Isla Real, y no hacer nada excepto nadar, tomar el sol y descansar. De hecho podrías pasar allí las dos semanas que te recomendó el doctor antes de volver a Nueva Zelanda.

Sólo quería librarse de ella, pensó Rosa,

—Bueno, la verdad es que he estado pensándolo —respondió—, y creo que tienes razón. Cuanto más posponga esa visita a la tumba de mis padres, más me costará ir allí. Y pasar unos días tranquila me ayudará a ordenar las ideas para redactar el informe final que tengo que enviarle a mi jefe.

Final… si es que no se producían nuevos brotes. Max lo organizó todo y, al día siguiente por la mañana, Rosa partió hacia Isla Real.

Su llegada a la casa familiar fue tan traumática como se había temido. Aunque se esforzó por controlar la emoción que la embargaba en esos momentos, los ojos se le llenaron de lágrimas cuando el ama de llaves y el resto del personal la saludó, y luego, cuando una de las doncellas se puso a llorar, para espanto suyo, Rosa se encontró llorando también.

El ama de llaves la abrazó y le dio palmaditas en la espalda hasta que dejó de sollozar.

—Haré que le preparen una infusión que la ayudará a calmarse, Alteza —dijo antes de dar instrucciones a una de las doncellas.

Pasaron al vestíbulo, donde un mozo se hizo cargo de su equipaje, y la condujo al salón de té.

Después de que le hubieran traído la infusión y se la hubiese tomado, estuvieron hablando de sus padres, y de los veraneos tan felices que había pasado allí.

—Al menos abandonaron juntos este mundo —dijo la mujer con pragmatismo—. No les habría gustado que uno muriese y el otro se quedase solo. Se querían mucho —añadió con un suspiro. Luego, con una sonrisa, dijo—: Les alegraría mucho saber que ha vuelto, señorita Rosa.

Los días fueron pasando y Rosa no se sentía con fuerzas para ir a visitar la tumba de sus padres. En realidad, ir allí había sido sobre todo una manera de protegerse a sí misma. Si se hubiese quedado en Cattina, con Max, no habría conseguido otra cosa más que seguir torturándose con lo que jamás podría ser.

Durante esos días nadó en el mar, tomó el sol, y por las mañanas, temprano, cuando aún no hacía calor, pasaba sus notas a ordenador y le enviaba copias a Max por correo electrónico.

Sus contestaciones hasta la fecha habían sido tranquilizadoras, porque no se habían producido nuevos brotes, y aunque eran unos mensajes cortos que no transmitían sentimiento alguno, Rosa los leía con detenimiento y no se sentía capaz de borrarlos.

Sentada en biquini en una tumbona, en la cala privada, dejó escapar un pesado suspiro y cerró el libro que había estado leyendo.

¿Por qué tendrían que existir esas estúpidas reglas? Su abuelo debería haberse dado cuenta hacía mucho tiempo de que acabaría pasando lo que había sucedido, que uno tras otro, sus herederos renunciarían al trono para no verse atados por esas normas tan estrictas.

—¿Rosa?

El corazón le palpitó con fuerza al oír aquella voz. Giró la cabeza y vio que no era un sueño; Max estaba allí, de pie a unos metros de ella.

Tragó saliva, pero aun así cuando habló su voz sonó entrecortada.

—Max… ¿Qué… qué estás haciendo aquí? ¿Ha ocurrido algo?

Él negó con la cabeza y se acercó.

—Las cosas están muy tranquilas en el valle, pero necesitaba verte antes de que te fueras.

Un gemido ahogado escapó de la garganta de Rosa, que se levantó de la tumbona y le echó los brazos alrededor del cuello.

—¡Oh, Max! —exclamó apoyando la cabeza en su hombro—. Te he echado tanto de menos…

—Yo también te he echado de menos —contestó él con una voz ronca que delataba una vez más el deseo que sentía por ella.

Sin embargo, la tomó por los hombros y la apartó de sí.

—Tenemos que hablar —dijo con una sonrisa triste.

Rosa lo miró con aprehensión.

—¿De qué?

—Para empezar, deberías saber que hay un experto de seguridad inspeccionando la casa para comprobar que es segura.

—¿Segura? —repitió ella sin comprender.

—El acoso de los *paparazzi* me ha vuelto algo paranoico —dijo Max—, y existe la posibilidad, aunque remota, de que hayan instalados micrófonos o cámaras. Según la gente del pueblo, hay un extraño merodeando y haciendo preguntas sobre los miembros de la familia real.

—¿Un inglés?

Max entornó los ojos.

—Sí. ¿Lo has visto por aquí?

—No, pero el ama de llaves me lo mencionó ayer. Una sobrina suya lo vio sacándome una foto en el pueblo. Creyó que era un turista.

Él frunció el ceño.

—Probablemente ahora sabe también que yo estoy aquí. En fin, no te preocupes; está todo bajo control. Tienes mucho mejor aspecto y por lo que veo, ya te han desaparecido por completo los moratones. ¿Sigue molestándote el pecho al respirar?

—No, estoy bien —contestó ella impaciente por el cambio de tema—. Max, ¿a qué has venido? Te noto raro, distinto.

Max se rió de un modo amargo y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones de lona que llevaba.

—Tal vez sea porque me siento distinto —contestó—. He venido porque hay algo que debo decirte.

Rosa se humedeció los labios. Tenía la sensación de que no iba a gustarle lo que Max tenía que decirle.

—Continúa.

Max miró hacia el mar, como buscando las palabras, y respondió:

—Según parece, mis hermanos y yo no somos nietos del rey.

Boquiabierta, Rosa se llevó una mano al pecho y escuchó sin poder dar crédito mientras Max le

explicaba lo que le había revelado Giovanni.

—No puedo ir al Rey con una fotografía, así que Giovanni y yo nos hemos hecho una prueba de ADN. El resultado no deja margen de error: Giovanni es mi abuelo —concluyó.

—Entiendo —dijo Rosa en un hilo de voz—. ¿Y qué piensas hacer?

—Hablar con el Rey.

—Pero… pero no queda nadie más que pueda sucederlo —apuntó ella—. ¿Qué hará entonces?

—Probablemente me dirá que abandone Niroli y que no regrese jamás —contestó él en un tono que no dejaba traslucir ninguna emoción.

Rosa tragó saliva de nuevo.

—¿Y es eso lo que quieres? ¿Exiliarte?

Max se encogió de hombros.

—No. Sé que es extraño, pero me habría gustado ser rey. Hay mucho por hacer aquí, en nuestro país. El abuelo…, el Rey, quiero decir —se corrigió con una sonrisa cínica—, no ha avanzado con los tiempos. Además, la gente me conoce y confía en mí; creo que podría hacer muchas cosas buenas si fuera rey —hizo una pausa y la miró a los ojos—. Pero dado que no soy un Fierezza, ésa ya no es una posibilidad factible. El Rey no permitirá que lo suceda alguien que no pertenece a la familia. Te nombrará a ti su heredera.

—No —murmuró ella estremeciéndose, sacudiendo la cabeza antes de rodearse la cintura con los brazos—. No…

—Sólo quedas tú, Rosa.

Ella volvió a sacudir la cabeza y lo miró implorante, como si esperase que Max pudiese hacer aparecer de la nada otro heredero, igual que los magos sacan conejos de sus chisteras.

—Ya lo sé —murmuró ella con labios temblorosos—. Pero Niroli nunca antes ha tenido una reina regente, y hay mucha gente chapada a la antigua.

—Acatarán la decisión del Rey. Tienes que hacerlo —dijo él con dureza, haciendo añicos todos los sueños que Rosa tenía respecto al futuro—. Si no, los republicanos lo verán como una oportunidad para alzarse con el poder y cambiar el sistema político que la isla ha tenido durante siglos.

Rosa recordó entonces los comentarios de Kate, su compañera de piso, y le espetó:

—¿Tan malo sería eso?

—No lo sería si fuesen capaces de hacerlo pacíficamente —contestó él—. Rosa, piensa en la guerra civil que vivió el país hace años. Hay isleños que están a favor de la república, pero también hay muchos que apoyan a la familia real, y un enfrentamiento sería inevitable.

Ya se estaba alejando de ella, pensó Rosa desolada. Hablaba de «la familia real» como si fuese algo ajeno a él, como si hubiese renunciado ya al derecho a ser considerado parte de ella.

Rosa sacudió la cabeza. Mil pensamientos iban y venían por su mente.

—¿Y qué me dices de Adam? —dijo a Max. Cuando él continuó mirándola impasible, añadió—: Ya sabes, Adam Ryder, mi hermanastro.

—Sí, es hijo de tu padre y nieto del Rey, es cierto; pero aun así, es hijo ilegítimo —apuntó Max.

—¡Esto no es justo! —exclamó Rosa—. Tú serías un gran rey, probablemente el mejor que haya tenido la isla. Aunque sea verdad que eres nieto de Giovanni, nadie lo sabía hasta ahora. Podríamos mantenerlo en secreto y serías coronado rey.

—No soy un usurpador —dijo él en un tono áspero—. El Rey debe saberlo. Orquestaremos un anuncio mediante el cual yo renunciaré a mis supuestos derechos al trono. A nadie le sorprenderá; después de todo, no voy a ser el primero —explicó—. De lo contrario, si alguien descubriera que no soy nieto del Rey, se armaría un escándalo tremendo, además de una crisis dinástica. La prensa amarilla hablaría de «la reina adúltera», del rey como «el marido engañado», y tanto a mi madre como a mis hermanos y a mí se

nos privaría de nuestros títulos. Más munición para los republicanos.

Rosa se quedó callada, intentando digerir todo lo que Max decía, pero de pronto su rostro se iluminó.

—¡Espera! ¿No podría el abuelo legitimar a Adam y que sea él su sucesor?

—No creo que sea posible, pero aunque lo fuera… ¿Crees que alguien podría convencer a Adam para que acepte el trono?, ¿que renunciaría a su libertad y a su vida en Estados Unidos?

Rosa se mordió el labio y bajó la vista.

—No —murmuró, más para sí que para Max—. ¿Por qué iba a hacerlo? No tiene ningún vínculo con la isla.

De pronto sintió náuseas. Estaba aterrada, como un animalillo acorralado, y se le había hecho un nudo en la garganta.

—Supongo que no hay alternativa, ¿no? —inquirió en un hilo de voz—. Tendré que hacerlo.

—Me temo que sí.

Rosa alzó la mirada hacia él, pero el rostro de Max era como una máscara de hierro que no dejaba entrever emoción alguna. ¿Cómo se habría sentido al descubrir que no sólo su vida, sino también la de su padre y sus hermanos habían estado basadas en una mentira?

—Ha debido ser muy duro para ti descubrir que no eres quien creías ser —murmuró, dejando a un lado por un momento su aprehensión.

La respuesta de Max la sorprendió.

—En cierto modo, es un alivio.

Rosa parpadeó sin comprender. Max sacó las manos de los bolsillos, y con una sonrisa lobuna se inclinó hacia ella y la besó.

Para Rosa fue como volver a casa después de una larga travesía por el mar, como encontrar el puerto seguro del que los vientos contrarios habían estado alejándola toda su vida.

Respondió al beso con todo lo que tenía, pero al cabo de unos segundos, Max despegó abruptamente sus labios de los de ella.

—Perdóname; me prometí que esto no volvería a ocurrir.

Rosa, que se enfrentaba a un futuro que se le antojaba insoportable, en el que tendría que cumplir con una responsabilidad que no había pedido y para la que no la habían preparado, mandó a paseo el temor a ser rechazada.

Nunca habría un futuro para ellos, pero aún le quedaba el presente. Quería perder la virginidad con el único hombre al que había amado y deseado todos esos años.

—¿Sabes que aún soy virgen?

Max se quedó paralizado, casi como un depredador que hubiese avistado una presa.

—Tenía esa impresión —respondió finalmente—, pero me resultaba difícil creer que lo fueras.

—Pues lo soy —reiteró ella, decidiendo mandar también a paseo su orgullo—. ¿Y quiere saber por qué? Porque te deseo desde que tenía dieciséis años, sólo que entonces era demasiado joven como para comprender qué me estaba ocurriendo. Max, hazme el amor.

Él escrutó su rostro en silencio.

—¿Por qué?

—Porque yo… —un sollozo escapó de la garganta de Rosa, pero logró recobrar la compostura y dijo de corrido—: Por razones puramente egoístas. Si no lo hacemos, me arrepentiré de ello durante el resto de mi vida.

Max permaneció callado, mirándola impasible, hasta que de pronto una sonrisa asomó a sus labios.

Rosa tragó saliva.

—¿Max?

Ni siquiera entonces se movió él. En lugar de eso bajó la vista a los labios de Rosa y se quedó mirándolos hasta que ésta sintió que las mejillas le ardían.

Ella mantuvo la cabeza bien alta, pero cuando los ojos verdes de Max descendieron por su cuello y se detuvieron en sus senos, notó una nueva ola de calor invadir su cuerpo y, para asombro suyo, se le endurecieron los pezones.

—También puede que si hacemos el amor, acabes arrepintiéndote —murmuró él.

—No; eso no, jamás —dijo ella con tanta pasión que Max frunció el entrecejo. Segura de que él iba a decir que no, se apresuró a añadir—: Si voy a ser reina, querría tener algo para recordar, algo que me reconforte por las noches, cuando me sienta más sola.

Max se quedó callado de nuevo, pero esa vez Rosa vio un atisbo de compasión en sus ojos.

—¿Estás segura, Rosa?

—Completamente segura.

—Así sea entonces —respondió él tomando su mano con una tierna sonrisa—. Espero no hacerte daño; nunca antes he hecho el amor a una virgen.

—Es imposible que me hagas daño —replicó ella.

Ya no le importaba que la amara o no. El futuro se extendía ante ella como un frío manto de nieve, un paisaje triste y solitario. Al menos tendría el recuerdo de esa vez.

Con la otra mano, Max le alzó la barbilla, inclinó la cabeza, y la besó de nuevo antes de alzarla en volandas y llevarla hasta una hamaca que había suspendida entre dos pinos.

—Menos mal que el personal se ha ido después del desayuno —murmuró, sintiéndose como si estuviera dentro de un sueño.

—Y que no regresarán hasta la hora de cenar —concluyó él.

Rosa, que todavía no podía creerse que de verdad fueran a hacerlo, se estremeció y le dirigió una sonrisa trémula. Cuando él no se la devolvió, la falta de confianza en sí misma la asaltó de nuevo.

—Perdona. Si no quieres... si no quieres hacerme el amor, no tienes por qué hacerlo; no pasa nada.

## Capítulo 9

Para sorpresa de Rosa, Max se echó a reír. Luego apoyó su frente en la de ella y, mirándola a los ojos, dijo:

—Me he sentido atraído por ti desde que tenías dieciséis años, cuando eras una chiquilla desgarbada que no hacía más que tropezar y que escondía esos bonitos ojos tras sus gafas.

Apenas la había depositado sobre la hamaca cuando Rosa se incorporó, nerviosa.

—¡Max, espera! ¿Y ese tipo, el que está buscando micrófonos ocultos?

—No vendrá aquí.

Rosa miró en derredor.

—¿Y si hubiera algún *paparazzi* por aquí escondido?

Max sonrió mientras se quitaba la camisa.

—Imposible. Ésta es una cala privada. Aquí no puede vernos nadie; puedes estar tranquila.

A Rosa se le secó la boca cuando lo vio dejar caer la camisa sobre la arena y subirse a la hamaca con ella.

—Hasta para subirte a una hamaca tienes elegancia —murmuró admirada.

—¿Es eso lo que te gusta de mí? —inquirió él en un tono muy sensual.

—No sólo eso —respondió ella con una sonrisa provocativa—. Hay muchas otras cosas.

Divertido, Max enarcó una ceja.

—¿Cómo cuáles?

—Bueno, para empezar..., me gusta de ti que eres una persona amable.

La sonrisa de Max se tornó cínica.

—¿Amable? —repitió—. Yo no soy amable.

—Sí que lo eres —insistió ella—. Siempre fuiste amable conmigo cuando era una niña; sobre todo aquel verano en el que no hice más que avergonzarte con mi enamoramiento adolescente. Aunque declinaras mis requerimientos con mucha cortesía y sentido del humor, yo me daba cuenta de que estabas rechazándome, pero al menos me quedaba un poco de orgullo. Eso fue un gesto amable por tu parte.

—Lo hacía porque tengo diez años más que tú, y aunque esa diferencia de edad sigue existiendo, entonces tú tenías sólo dieciséis y yo veintiséis. Pero me gustaba lo directa que eras, y me gustaba ver cómo te hacía sonrojar; me gustaba demasiado —le confesó Max.

Agachó la cabeza y volvió a besarla, para luego murmurar contra sus labios:

—No voy a fingir que lo nuestro puede tener posibilidad alguna de futuro, Rosa. Soy demasiado mayor para ti, y ahora, con lo que ha ocurrido...

Rosa lo miró a los ojos y dijo:

—Todo eso ahora da igual. Olvidémonos de todo por un momento, Max —le rogó—. ¿Cuánto puedes quedarte?

—No lo sé; todavía no he hablado con el Rey —contestó él.

Rosa creía que iba a poner un límite al tiempo robado, al tiempo que iban a pasar juntos, pero finalmente sólo respondió:

—Tanto como pueda, Rosa; tanto como pueda.

—Entonces no perdamos un segundo —sugirió ella.

Max murmuró algo incomprensible y comenzó a besarla de nuevo, pero de pronto, como si se hubiera olvidado de algo, se incorporó.

—Supongo que no estás tomando ningún tipo de anticonceptivo, ¿me equivoco? —inquirió.

Rosa se sonrojó. Por supuesto las mujeres con las que había estado hasta entonces, mujeres con experiencia todas ellas, se habrían ocupado de ese detalle.

—No —respondió.

Max le acarició el labio inferior con le índice.

—Perdona que haya sido tan brusco. No pasa nada; yo me ocuparé de eso.

El azoramiento de Rosa se fue disipando cuando Max empezó a besarla nuevamente con creciente ardor. Esperaba que el amor que sentía por él pudiera suplir su falta de experiencia.

Subió las manos y deslizó los dedos entre los cortos mechones de su cabello.

—No te haces una idea de cuánto deseaba esto —murmuró Max con voz ronca entre beso y beso—. Es como ir caminando sediento por el desierto y ver un oasis a lo lejos al que pensaba que nunca llegaría.

Rosa suspiró.

—A mí me ocurría lo mismo. Me decía que era una tonta, que era del todo imposible, pero cuando soñaba, soñaba contigo. Ningún otro hombre me ha hecho sentir jamás lo que tú me haces sentir.

—Rosa..., eso es una responsabilidad muy grande para mí; ¿ningún otro hombre?

—Ninguno —reiteró ella antes de besarlo.

—Entonces intentaré hacer esto lo más especial posible —respondió Max—. Pero si en algún

momento algo te desagrada, o quieres que pare, no tienes más que decírmelo.

Rosa casi se rió. Tomó su rostro entre ambas manos y dijo con franqueza:

—Nada de lo que puedas hacer me desagradaría jamás.

Max la besó de nuevo en los labios y descendió luego hacia su cuello. Rosa gimió suavemente cuando le mordisqueó el lóbulo de la oreja, y se estremeció cuando volvió a utilizar los dientes en el punto en que se unían el cuello y el hombro.

Ella lo imitó, mordiéndolo en el hombro para después lamerlo con sensualidad. Entonces fue Max quien gimió, y bajó la cabeza para tomar en su boca un pezón a través de la tela del biquini.

A Rosa, sus anteriores caricias le habían parecido increíblemente excitantes, pero aquello era tan erótico…

Se estremeció de arriba abajo, y temerosa de que pudiera pensar que la había desagradado, murmuró:

—No pares, por favor…

Max levantó la cabeza y le sonrió.

—No tenía ninguna intención de hacerlo —aseguró.

Y para demostrárselo, desabrochó el enganche frontal del top y apartó las copas, dejando al descubierto sus senos.

—Eres preciosa —murmuró, inclinándose para besarlos.

Rosa se sentía en el cielo. Max la hizo tumbarse, y cubrió todo su torso con húmedos besos. La hamaca se balanceaba, añadiendo una nueva dimensión de placer a la excitación que estaba apoderándose poco a poco de Rosa.

—Tienes los embrujadores ojos de una sirena, y la frescura y la inocencia de la juventud —murmuró Max, acariciando su liso estómago con los labios—. Levanta las caderas.

Rosa obedeció, y Max le demostró su experiencia deshaciéndose de las braguitas del biquini en un abrir y cerrar de ojos.

Sintiéndose repentinamente vulnerable al quedarse completamente desnuda, Rosa cerró los ojos y se quedó muy quieta.

—Abre los ojos, Rosita —dijo Max con ternura.

Las mejillas de ella se tiñeron de rubor al hacerlo. Había esperado encontrarlo devorando su cuerpo con la mirada, pero Max estaba observando su rostro, y aunque el luego del deseo ardía en sus ojos, también había dulzura y comprensión en ellos.

—No te escondas de mí —murmuró antes de besarla suavemente y bajarse de la hamaca.

Rosa lo miró con unos ojos como platos cuando se quitó los pantalones y los calzoncillos, pero la confianza que tenía en él la hizo desechar de inmediato su miedo virginal.

Tragó saliva mientras observaba a Max colocarse el preservativo. Parecía imposible que «aquello» fuese a caber dentro de ella, pero Max tenía experiencia, y sabía qué había que hacer.

Una ola de calor la invadió cuando él volvió a subirse a la hamaca. Se le cortó el aliento y el corazón empezó a martillearle en el pecho, anticipando el roce de su cuerpo.

El contacto de su piel con la de Max fue exquisito.

—Mi dulce Rosa… —susurró él, deslizando un brazo por detrás de su espalda—. Eres tan dulce como tu nombre, como el mejor vino de Burdeos.

Ella dejó escapar una risa trémula.

—Sólo a ti se te podía ocurrir hablar de vino en este momento.

Max la besó en la frente.

—Cuando te miro pienso en rubíes, en rosas y en vino. Pienso en el sutil perfume de tu piel, en esa risa argentina, en la promesa que brilla en tus ojos… —murmuró.

Rosa se sentía como una de esas musas adoradas por los poetas.

—¿Confías en mí? —preguntó él.

—Sí, Max, confío en ti.

Alzó una mano para seguir la línea de vello que descendía por su estómago. La piel de Max estaba tan caliente que tenía la sensación de qué podría llegar a abrasarle las yemas de los dedos.

Sin embargo, antes de que pudiera ir más lejos, Max detuvo su mano, asiéndola por la muñeca.

—Mejor no —le dijo con voz ronca—. Estoy demasiado excitado. Luego podrás hacer lo que quieras.

Embriagada al comprender que tenía ese poder sobre él, Rosa subió una mano al rostro de Max y se la puso en la mejilla.

—Aunque me duela, habrá valido la pena —dijo mirándolo a los ojos—. Además, de niña montaba mucho a caballo, y en el colegio decían que eso ayuda a que te duela menos.

Max se echó a reír y giró la cabeza para besarle la palma de la mano antes de deslizar una mano entre sus muslos.

En cuanto empezó a tocarla, Rosa sintió una increíble ola de placer que la obligaba a arquear las caderas e hizo que la hamaca oscilara peligrosamente.

Los dedos de Max continuaron estimulando la parte más íntima de su cuerpo hasta que Rosa creyó que iba a enloquecer, cuando él se colocó en posición para penetrarla. Las manos de ella se aferraron a sus caderas, resbalosas por el sudor, y antes de que tuviera tiempo siquiera de pensar Max se hundió en ella.

Sintió un pequeño dolor, y un gemido escapó de sus labios. Era extraño tenerlo dentro de sí, pero los hábiles dedos de Max comenzaron a acariciarla de nuevo, provocando en ella nuevas oleadas de placer que le hicieron olvidar el dolor.

—M-Max… —balbució cuando él comenzó a moverse.

—¿Te hago daño? —inquirió él preocupado.

El suave balanceo de la hamaca hacía que la piel de Max se frotara con la de ella, y Rosa se dijo que nunca había imaginado nada tan sensual.

—Oh, no. Es… maravilloso —dijo con un suspiro de placer.

Max estableció un ritmo lento, haciéndola jadear cada vez que salía y entraba de ella. Rosa arqueaba las caderas hacia él sin siquiera darse cuenta, y cuando Max comenzó a ir más deprisa se acomodó a ese nuevo ritmo como si hubiesen estado haciendo aquello toda su vida.

Segundos después, cuando Max se hundía en ella por última vez, llevándola a la cumbre más alta del placer, Rosa gritó su nombre, y todos los músculos de su cuerpo se tensaron al límite, como la cuerda de un arco, haciéndola sentirse más viva que nunca.

Él grito su nombre también, y Rosa abrió los ojos y lo vio con la cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos y una expresión de inmenso placer en su rostro, antes de desplomarse suavemente sobre ella.

Un poco más tarde, cuando descansaban el uno en brazos del otro, recobrando el aliento, Max dijo muy solemne:

—Me alegro mucho de que montaras tanto a caballo.

Rosa prorrumpió en risitas y se le escapó un bostezo.

—Duerme un poco —aconsejó él—; no voy a irme a ninguna parte.

Rosa acurrucó la cabeza en el hueco de su cuello, cerró los ojos y, lentamente, el sueño fue apoderándose de ella.

Cuando se despertó, Max estaba observándola pensativo.

—¿Qué hora es? —inquirió.

—¿A quién le importa? —fue la respuesta.

Rosa sonrió divertida.

—A mí me importa, porque en cualquier momento regresarán para preparar la cena —dijo antes de bajarse de la hamaca.

Después de que ambos se hubieran vestido, regresaron dentro.

—¿Dónde quieres dormir? —preguntó ella, algo vergonzosa, cuando él hubo recogido su maleta, que había dejado en el vestíbulo.

—Contigo —le respondió él travieso—, pero no queremos tentar a la suerte, ¿verdad? El personal sospecharía.

Rosa sonrió y lo condujo a la habitación que estaba al lado de la suya. Por supuesto no estaban esperando otra visita, así que al entrar se encontraron con que la habitación no estaba preparada, y no había toallas en el baño.

—Vaya. Y no tengo ni idea de dónde las guardan —murmuró Rosa contrariada, sintiéndose estúpida.

Max la miró divertido.

—Entonces usaré las de tu cuarto de baño, si no te importa. De hecho, podríamos ducharnos juntos.

Rosa sintió que se derretía por dentro. ¿Habría una palabra más hermosa que «juntos»?

Con el estómago lleno de mariposas, lo tomó de la mano y entraron en su dormitorio.

Creyó que volverían a hacer el amor en la ducha, pero, aunque Max la enjabonó con sensuales caricias y era evidente que estaba excitado, no lo sugirió siquiera.

Rosa, en cambio, dejó sus inhibiciones a un lado y se lo propuso.

—Me encantaría —dijo Max, dibujando un corazón con el dedo en el pecho de Rosa—, pero aunque ahora no notes ninguna molestia, lo más probable es que sí las tengas si volvemos a hacerlo tan pronto —añadió—. Esperaremos hasta mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

Rosa hizo un mohín pero asintió. La consideración de Max hacia ella la halagaba y la conmovía.

Cuando las estrellas parpadeaban ya en el negro paño del cielo y el personal había vuelto a marcharse, estaban los dos sentados en el patio acabando de cenar.

Rosa se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, y le dijo a Max con picardía:

—Espero que no vayas a seguir mostrándote tan noble por mucho tiempo.

Max se echó hacia atrás en su asiento, con su copa de vino en la mano, y se rió.

—Bueno, hay muchas otras maneras de complacer a una mujer —dijo en un tono muy sensual. Dejó su copa sobre la mesa, se levantó y le tendió la mano—. Ven, vamos a la cama.

## Capítulo 10

Max estuvo enseñándole, como le había dicho, otras formas de darle placer sin necesidad de llegar a la cópula, y un par de horas después Rosa yacía maravillosamente exhausta en sus brazos.

—¿Por qué no te quedas y duermes aquí conmigo? —dijo a Max.

—Me encantaría, pero habíamos quedado en que tenemos que dormir en habitaciones separadas, ¿recuerdas? —contestó él a regañadientes.

—Nadie lo sabría —protestó ella—. El tipo al que contrataste no encontró ningún micrófono ni ninguna cámara en la casa. Además, luego desharíamos tu cama, y listo.

—Podrían descubrirnos de otras formas —replicó él—. Con una cámara con teleobjetivo, por ejemplo.

La apartó de sí con suavidad y se levantó de la cama sin encender la luz.

Rosa lo observó nerviosa mientras se vestía.

—¿Crees que pueda haber algún fotógrafo ahí fuera? —inquirió.

—No parece probable, ya que esto es una propiedad privada, pero tenemos que tener cuidado. Además, necesitas dormir.

—Dormiría mejor si te quedaras aquí conmigo.

Max esbozó una sonrisa lobuna.

—Dudo que durmieras mucho si me quedara.

Rosa se rió y se sonrojó, admitiendo para sus adentros que probablemente tenía razón.

—Que descanses, Rosa.

Sin embargo, cuando Max se hubo marchado, ella estuvo dando vueltas en la cama, y no conseguía dormirse, pues no podía dejar de pensar en el futuro solitario que la esperaba.

¿Y cómo podría ella gobernar el país? No tenía suficientes conocimientos de política, ni de economía…

Se levantó de la cama y salió descalza al balcón. Con una ligera brisa meciendo su fino camisón, se acercó a la balaustrada de mármol y fijó la vista en el mar.

Max tendría que ser quien sucediera al Rey, no ella. Ella no tenía la preparación necesaria, no…

—¿Qué ocurre, Rosa? ¿No puedes dormir?

Al oír la voz de Max en la oscuridad, Rosa dio un ligero respingo.

Giró la cabeza hacia el balcón contiguo, y murmuró desesperada:

—No puedo hacerlo, Max; no puedo ser reina. ¿Cómo voy a ser capaz de gobernar un país?

Max se quedó callado un buen rato antes de decirle en voz baja:

—Vuelve a entrar en la habitación y cierra las contraventanas del balcón, pero no enciendas la luz.

Rosa hizo lo que le decía y, al cabo de unos instantes, se abrió la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

La luz de la luna se filtraba a través de las lamas de las contraventanas, y Rosa vio que Max todavía estaba vestido. Seguramente ni se había acostado.

—Perdóname, Max —dijo antes de que pudiera hablar—. Ya tienes bastantes preocupaciones como para atender a mis lloriqueos. Vete a la cama.

Sin embargo, él se acercó y la estrechó entre sus brazos.

—Perdóname —repitió Rosa con voz trémula—. Es sólo que estoy tan asustada…

—Chist… No pasa nada; es normal. Yo me sentí exactamente igual cuando me di cuenta de que tendría que ser yo quien sucediera al Rey.

—Pero tú… tú eres un hombre de mundo, y estás mucho más preparado que yo —sollozó Rosa—. Y siempre has sido un líder. Yo ni siquiera fui delegada de clase en el colegio.

—Chist… No llores, Rosita. Todo saldrá bien, ya lo verás. Eres inteligente, y eso gusta a la gente; aprenderás rápido —susurró apretándola más contra sí—. Estás demasiado tensa; creo que puedo darte algo para que dejes de pensar en eso —dijo antes de besarla de un modo muy sensual en el cuello.

—¿Ese algo… tiene que ver con el sexo? —inquirió ella enarcando una ceja.

Max se echó un poco hacia atrás para mirarla y sonrió travieso.

—Podría ser. ¿Alguna objeción?

—Ninguna en absoluto.

Max la alzó en volandas y la llevó a la cama.

—No, no te quites el camisón —le dijo cuando ella iba a hacer justamente eso.

Rosa se preguntó por qué no querría que lo hiciera, pero Max estaba desvistiéndose, y en vez de replicar se dedicó a disfrutar del espectáculo.

Luego, sin embargo, cuando se tumbó a su lado, sí le preguntó:

—¿Por qué querías que me quedara vestida?

—Porque no me fío de mí —respondió Max, silenciándola con un beso al que siguió otro, y otro, y otro…

Cuando la tuvo suspirando en sus brazos, le bajó los tirantes del camisón, dejó al descubierto sus senos, y comenzó a besarlos sin prisa, tomándose su tiempo.

Rosa estaba en el cielo. Max le hizo el amor de un modo exquisito, atormentándola con sus labios y con sus manos, hasta que ella empezó a revolverse ansiosa y jadeante debajo de él.

Quería tocarlo, pero él no se lo permitió.

—No, esto es para ti, Rosa; quiero que seas tú quien disfrute.

Siguió torturándola con besos y caricias, unos tiernos, otros ardientes, y cuando ella creía que ya no podría soportarlo más la llevó hasta el orgasmo con la lengua.

Minutos después, temblorosa, Rosa se aferró a sus hombros y le dijo:

—Pero… ¿y tú? Yo también quiero darte placer a ti.

Max se quedó callado durante tanto rato que ella se preguntó si habría dicho algo inconveniente.

—Por favor… —le suplicó en un susurro antes de besar y lamer una de sus tetillas.

Para sorpresa suya, ésta se endureció. Parecía que el cuerpo de él reaccionaba de un modo parecido al suyo.

Tomándola de la barbilla, Max le levantó el rostro para que lo mirara.

—En ese caso, estoy a tu disposición.

Se tumbó de espaldas y arrojó los brazos a los lados, como ofreciéndose a ella.

Algo nerviosa, Rosa comenzó a tocarlo, dejando que sus dedos rozaran levemente la tersa piel.

Sus labios iban siguiendo la senda que trazaban sus manos, y lo exploró así, del modo más elemental, deleitándose cuando lo notaba ponerse tenso. Dejándose llevar por lo que parecía gustarle, continuó besándolo y acariciándolo hasta arrancar un intenso gemido de los labios de Max.

—Sádica —la increpó él.

Rosa se rió. Se tendió a su lado para besarlo en la boca, pero Max despegó de pronto sus labios de los de ella y se bajó de la rama.

—Necesitamos un preservativo —dijo.

Cuando regresó a la cama, le preguntó:

—¿No te haré daño? Es demasiado pronto.

Rosa habría querido responder que no, pero era una recién iniciada en el sexo.

—Puede que sí, pero no me importa —le dijo con sinceridad.

Max se tumbó de nuevo junto a ella, pero la hizo colocarse sobre él.

—Así serás tú quien controle el proceso.

—¿El… «proceso»? —repitió Rosa, echándose a reír.

Max se rió también, y con infinito cuidado la ayudó para que descendiera sobre su miembro erecto.

Max tenía razón. En aquella postura era ella quien tenía el control, y Rosa descubrió una nueva dimensión del placer; igualmente excitante que la primera vez que lo habían hecho, pero distinta.

Cuando finalmente alcanzaron el clímax, gritó y se derrumbó sobre él.

Max la rodeó con sus fuertes brazos y ella, sintiéndose saciada y segura, se quedó pronto dormida.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —preguntó Max a la mañana siguiente, cuando estaban desayunando en el patio.

—Lo mismo que hicimos ayer —contestó Rosa, sonrojándose cuando él le sonrió.

—Bueno, supongo que podríamos, aunque creo que no deberíamos posponer por mucho más tiempo salir a cenar.

—¿Por qué?

—Porque cuanto más lo vayamos posponiendo más le costará creer a la gente que somos un par de primos que hemos decidido pasar aquí juntos unos días de vacaciones —contestó Max poniéndose serio—. Y con *paparazzi* por los alrededores…

—En ese caso, salgamos esta noche —respondió ella.

Escogieron un pequeño restaurante situado en el pueblo más grande de la isla, al que Rosa y su familia solían acudir muy a menudo durante los veranos que habían pasado allí.

—¿Prefieren comer fuera o dentro? —les preguntó el dueño del establecimiento, que salió a recibirlos —. Hay un fotógrafo merodeando por aquí.

—En ese caso, comeremos dentro, gracias —respondió Max.

Cuando ya estuvieron sentados, el propio dueño les llevó la carta.

—¿Qué quieres comer? —preguntó él.

Rosa alzó la vista hacia el dueño del local y dijo con una sonrisa:

—El señor Vincenzo sabe lo que quiero.

—*Fettucini* al pesto con piñones —dijo el hombre, sonriéndole también—. Desde que era una niña siempre le han gustado mis *fettucini*.

—Nuestra cocinera nunca supo hacerlos como los hace usted.

—Ah, eso es porque el secreto está en prepararlos con mucho amor —respondió Vincenzo—. Y aunque el amor es algo que a todos nos cuesta un poco admitir, no es algo que se pueda ocultar.

Después de que le dijeran qué más querían comer, el dueño se retiró, dejándolos a solas.

—¿Qué crees que habrá querido decir con eso del amor? —inquirió Rosa.

Max se encogió de hombros.

—Nada. O quizá haya sido una advertencia velada. En cualquier caso, no tenemos que preocuparnos por Vincenzo. Es un hombre discreto, como la mayoría de los isleños.

A pesar de lo deliciosa que estaba la comida, la tensión de Rosa fue aumentando a medida que avanzaba la velada. Por eso, se sintió aliviada cuando por fin se despidieron del dueño, con elogios al chef y promesas de que volverían a visitar su establecimiento. Habían avisado al aparcacoches para que estuviera esperándolos con el coche de Max cuando salieran, pero apenas pusieron un pie en la calle empezaron a dispararse flashes a su alrededor.

Entraron a toda prisa en el vehículo y se alejaron. Max fue muy serio durante todo el trayecto de regreso, y apenas abrió la boca, pero ya en la casa, Rosa se detuvo al pie de las escaleras y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva la prensa en la isla?

—Desde que Giovanni y yo nos hicimos la prueba del ADN.

Rosa lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que puede haber una conexión?

—No debería.

—Pero sospechas que sí.

Max se encogió de hombros.

—Supongo que alguien de la clínica podría haberse puesto en contacto con los medios, pero no me parece probable. De otro modo, a estas horas ya habría saltado la noticia. Claro que es una posibilidad que no puede descartarse.

—¿Es ése el motivo por el que viniste aquí? —inquirió Rosa, atando cabos.

—En parte —admitió él tras un largo silencio—. Probablemente no haya sido muy sensato, dadas las circunstancias, pero ya estoy aquí, así que tendremos que comportarnos de un modo lo más natural posible para no levantar sospechas.

Por una vez, porque quería estar con ella, Max había dejado que su corazón se impusiera a su cabeza, pensó Rosa, reprimiendo una sonrisa de felicidad a duras penas.

—Pero… si la prensa lleva aquí desde esa fecha, cuando tú aún no estabas aquí —dijo—… ¿qué sentido tiene? ¿A quién esperaban sonsacarle información? Todo el mundo sabe la lealtad que la gente de aquí profesa a la familia real.

—Según me contó Giovanni, la reina Eva y él se veían aquí —explicó Max—. Y respecto a la gente… Nunca se sabe. Mi filosofía es pensar siempre bien de todo el mundo, pero estar preparado para lo peor —añadió—. ¿Ha estropeado todo esto la velada? —inquirió Max acariciándole el cabello.

—No, ha sido una velada maravillosa —aseguró ella.

Habría sido aún mejor si no hubiesen tenido que fingir, si hubieran podido comportarse como una pareja, pero no iba a quejarse.

—Ha sido una velada maravillosa; de verdad —le reiteró cuando llegaron al piso de arriba—. Nunca la olvidaré.

—Todavía no se ha terminado —dijo Max—. Ven aquí.

Rosa se echó en sus brazos y Max la tomó de la barbilla para hacer que lo mirara.

—¿Quieres que te enseñe lo que llevo toda la noche deseando hacer contigo?

La sonrisa que se dibujó lentamente en los labios de Rosa hizo que las hormonas de Max se volvieran locas.

—Me encantaría —murmuró ella.

Sin embargo, horas más tarde, cuando yacían juntos en la cama, Rosa pensó con pesar que le gustaría que las cosas fuesen distintas, que le gustaría abrirle su corazón y decirle que lo amaba.

—¿Qué ocurre? —inquirió Max.

En la penumbra, Rosa no podía ver bien su rostro, pero parecía preocupado.

—Oh, no es nada; sólo estaba maldiciendo al destino —contestó ella con una nota de ironía en su voz.

—Duerme —dijo Max abrazándola—. No conseguirás nada con eso.

Rosa cerró los ojos y, poco a poco, el calor de su cuerpo y el sonido rítmico de los latidos de su corazón hicieron que fuese quedándose dormida.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, preguntó a Max:

—¿Todavía sigues pensando irte de Niroli? Éste es tu hogar.

Si se quedase en la isla se le haría más soportable el tener que ser reina.

Max sacudió la cabeza.

—Tengo que hacerlo. Aunque el Rey lo permitiera, y estoy seguro de que no lo hará, no creo que a ninguno de los dos nos hiciese bien que me quedase cuando sabemos que no puede haber nada entre

nosotros.

—Pero tú amas este lugar, no es justo que…

—Nada de todo esto es justo —la interrumpió él con cinismo.

Rosa sabía que tenía razón, que si se quedase sería un tormento para ambos.

—Supongo que no funcionaría.

—No, no funcionaría —asintió él.

—¿Y dónde irás? —inquirió Rosa—. Sé que tienes un apartamento en Londres y otro en Nueva York. ¿Te irás a vivir a uno de esos lugares?

—Puede que me vaya a Nueva Zelanda —respondió él, sonriendo divertido al ver la sorpresa de ella—. Me he pasado los últimos años modernizando la industria del vino en Niroli, y me gustaría probar suerte en Nueva Zelanda. Allí apenas están empezando.

—Bueno, hacen unos vinos blancos excelentes —apuntó ella.

—Es verdad, y algunos tintos muy buenos también, pero me gustaría instalarme allí y plantar vides de Niroli en el norte, donde el clima es más cálido.

—En otras palabras —dijo ella—, no te contentarías con un pequeño viñedo; querrías crear una gran bodega. Supongo que no puedes vivir sin desafíos, ¿eh? ¿Y qué pasará con los negocios que tienes en Niroli? Me dijiste que estabas preparándote para traspasarlos. ¿Eso no levantará sospechas entre la gente?

—No, desde un principio lo he estado llevando de un modo muy discreto.

Esa mañana fueron a visitar la tumba de sus padres. El Rey habría preferido que se enterrase a su hijo en la catedral de la capital, pero Rosa y sus hermanos habían insistido en darles sepultura allí, en Isla Real, donde habían pasado los momentos más felices de su vida.

Finalmente, el Rey había dado su brazo a torcer y los habían enterrado en el cementerio de una pequeña iglesia, en una aldea cercana a la casa familiar.

Rosa depositó un ramo de flores sobre la tumba de sus padres y, aunque tenía lágrimas en los ojos cuando se levantó, a sus labios acudió una sonrisa.

—Estoy segura de que descansan en paz —dijo a Max, que le había rodeado los hombros con el brazo—. Tuvieron sus problemas —dijo pensando en Adam, el fruto de romance que había tenido su padre—, pero se querían.

Durante los días siguientes hablaron mucho del futuro de Niroli, y pronto Rosa se dio cuenta de que Max estaba preparándola para convertirla en reina. Cuando lo sacó a colación en una ocasión, la respuesta de él fue:

—Querría que dispusiésemos de más tiempo, pero cuando llegue el momento no podré estar a tu lado para guiarte.

—Bueno, siempre está el correo electrónico —apuntó ella con voz débil.

Max la miró a los ojos y frunció el ceño.

—No, Rosa; el correo electrónico puede ser interceptado —contestó—. No podremos volver a contactar el uno con el otro.

## Capítulo 11

Rosa cerró los ojos, sintiendo que todo su ser se rebelaba a la cruel decisión de Max. Quería llorar, gritar, tirarse al suelo, patalear… No era justo, pensó mientras escrutaba el rostro de su adorado Max con el corazón en un puño.

—Es demasiado arriesgado —dijo él—. Rosa, serás una magnífica reina. Eres inteligente, aprendes rápido, sabes cómo tratar con la gente, y eres de esas personas dispuestas a comprometerse y llegar hasta el final sin perder por el camino su integridad.

—Gracias —murmuró ella con labios temblorosos—. Si… si llega el caso, espero que tengas razón.

Los días que les quedaban, ese tiempo robado al tiempo, lo pasaron disfrutando el uno en compañía del otro, sin hablar del futuro, y a cada minuto Rosa sentía que estaba más y más enamorada de Max.

Una tarde, después de hacer el amor a la hora de la siesta, yacían los dos en la cama de ella cuando Max murmuró:

—Somos masoquistas. Esto sólo va a hacer que nos resulte más difícil tener que separarnos.

Rosa bostezó y se acurrucó contra él.

—Lo sé, pero me alegro de que vinieras —dijo, poniéndose seria—. Si estos momentos son todo lo que vamos a tener, por lo menos podremos decir que no los desaprovechamos.

Max sonrió y la besó en el hombro.

—Es verdad. Ojalá…

De pronto se quedó callado y levantó la cabeza.

Rosa se quedó muy quieta al ver que estaba mirando las contraventanas cerradas del balcón con los ojos entornados. Iba a preguntarle qué había oído, cuando él agachó la cabeza y le susurró al oído que se vistiera. Luego se bajó de la cama y fue sigilosamente hasta las contraventanas.

Rosa se vistió haciendo el menor ruido posible, se peinó, e iba a ir junto a él cuando Max le hizo un gesto para que se quedara donde estaba.

Rosa se quedó escuchando y entonces lo oyó. Era como si alguien estuviese intentando trepar por la celosía de la enredadera.

¿Un intruso? Rosa se mordió el labio y miró a Max llena de miedo.

Éste fue con ella, la tomó de la mano y la llevó lejos del balcón.

—Ve al cuarto de baño —le siseó—. Te has levantado de dormir la siesta y estás lavándote la cara.

Hecha un manojo de nervios, Rosa fue de puntillas hasta el baño, se lavó la cara y se la secó. Luego se aplicó un poco de maquillaje, inspiró profundamente, y salió con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Sintió un alivio tremendo cuando vio que no había nadie en la habitación.

Abrió las contraventanas del balcón de par en par. Tampoco allí había nadie, pero se oían voces que parecían provenir de… ¿los jardines?

¿Debería salir? Sí, Max le había dicho que se comportara con naturalidad, y si acabase de despertarse de la siesta y oyese voces sentiría curiosidad por saber qué estaba pasando.

Volvió a inspirar profundamente, salió y, al asomarse, vio a Max, que tenía agarrado por la camisa a un desconocido con el que estaba discutiendo.

Asustada, tomó su teléfono móvil, corrió escaleras abajo y salió a los jardines.

En un primer momento ninguno de los dos advirtió su llegada. Max soltó al intruso y dijo con desdén, en inglés:

—Salga de aquí ahora mismo. Si vuelvo a verlo en esta isla, llamaré a la policía.

El intruso, que ya había visto a Rosa, le dirigió una mirada insolente a ésta antes de girar la cabeza de nuevo hacia Max.

—¿Y por qué no los llama ahora?

—He dicho que se marche —repitió Max en un tono amenazador.

—Dígame,«Alteza» —dijo el tipo con sorna—. ¿En qué medida afectaría a sus posibilidades de ser rey que su abuelo descubriera que se acuesta con su prima?

Max le pegó tal puñetazo que lo hizo caer al suelo.

—Intente eso y los llevaré a la ruina a usted y a la basura de periódico para el que trabaja —le espetó entre dientes mientras el intruso se levantaba.

—No puede demostrar que no es verdad —replicó el hombre frotándose la mandíbula con la mano.

—¿Está tratando de chantajearme? —inquirió Max en un tono gélido que hizo que a Rosa se le erizara el vello de los brazos.

—Sólo estoy tanteándolo —contestó el reportero, retrocediendo un par de pasos—. Pero está bien; me creeré que cada uno duerme en su cama. Claro que… ¿qué diría el Rey si supiera que su padre no era en realidad hijo suyo, sino el producto de un ardiente romance que su esposa tuvo con el hombre que estaba a cargo de los viñedos de la familia real?

Horrorizada, Rosa miró a Max, que tenía los puños apretados junto a los costados.

—No voy a dignarme a contestarle siquiera. Tiene una hora para abandonar esta isla. Y le aseguro que el director de su periódico me va a oír.

El reportero se encogió de hombros.

—¿No ha oído hablar de la prueba del ADN?

Max no respondió a aquella provocación.

—Se le está acabando el tiempo.

—Su prima es científica, ¿no? —dijo el tipo señalando a Rosa con la cabeza—. Pregúntele. Ella puede decirle lo fácil que es conseguir muestras para hacerla. Lo único que hace falta es sobornar a un miembro del servicio.

—Rosa, llama a la policía —dijo Max sin apartar los ojos de aquel canalla.

—¡Oiga, no pueden hacer eso! —protestó el reportero.

—¿Qué no? Ahora mismo va a ver que sí —le espetó Max mientras Rosa marcaba el número en su móvil.

—¡Tengo pruebas! —gritó el tipo—. ¡Tengo fotografías que lo demuestran!

«Vamos, vamos, vamos…», murmuró Rosa para sus adentros, rogando para que contestaran cuanto antes.

—Está mintiendo —lo acusó Max.

—¡No, no miento! Es imposible mantener en secreto un romance en un lugar como éste, y la reina Eva tiene enemigos aquí. No todo el mundo cree que el sol sale y se pone porque lo ordena la familia real —dijo el reportero—. Le hice una foto a ese Giovanni o como se llame, y se la envié a un experto en medicina forense. La comparó con fotografías suyas y de su hermano, y dice que hay un noventa por ciento de posibilidades de que sean descendientes de ese hombre y no del Rey.

En ese momento, por fin alguien contestó al otro lado de la línea, y en cuanto Rosa le explicó el motivo de su llamada le aseguraron que un par de agentes estarían allí en diez minutos.

—Oiga, escuche, no hay por qué llegar a esto… —dijo el reportero, que empezaba a ponerse nervioso. Al ver que Max permanecía impasible, se volvió hacia Rosa—. Dígaselo usted, Princesa. Dígale que no puede ponerse en plan señor feudal. Ya no estamos en la Edad Media.

—Ha entrado usted en una propiedad privada —le recordó ella, esperando que el desprecio que se traslucía en su voz bastase para ocultar su miedo—. Por no mencionar el intento de chantaje del que he sido testigo.

—No estaba chantajeándolo —protestó de nuevo el reportero—. Lo que he dicho es verdad y él lo sabe. Pregúntele por qué ese tal Giovanni y él fueron a hacerse una prueba de ADN antes de que viniera aquí. ¡Vamos, pregúntele! Él sabe que no es un Fierezza —añadió con una sonrisa desagradable—. Pero da igual; mi periódico ya ha recibido los resultados de esa prueba en nuestras oficinas de Londres.

Rosa no se atrevía a mirar a Max ni a abrir la boca por temor a meter la pata.

—Su Alteza debería ser la reina de Niroli —dijo el reportero—. Él no es nieto del Rey; está usurpando su puesto —añadió señalando a Max—. Lo que pretende es que se enamore de él para seguir teniendo el control de la situación.

—¿Ha pensado alguna vez en dedicarse a escribir novelas? —le espetó Rosa con frialdad.

El tipo se volvió hacia Max.

—Y usted… usted me ha atacado —dijo apuntándolo con un dedo acusador—. La gente tiene derecho a saber la verdad; no puede silenciarme.

—Dudo que fuera capaz de reconocer la verdad aunque la tuviera delante de las narices —respondió Max—. Va contra la ley entrar en una propiedad privada, y también lo es el intento de chantaje.

Justo en ese momento se oyó el ruido de un vehículo acercándose.

—Ah, ya está aquí la policía.

El reportero salió corriendo, pero Max fue tras él y lo agarró, retorciéndole un brazo contra la espalda para que no escapara. El tipo gritó y lanzó todo tipo de improperios, pero Max no le hizo el menor caso.

Rosa respiró aliviada cuando vio a los dos policías corriendo hacia allí. Uno agarró al reportero y se lo llevó al coche patrulla. El otro habló unos minutos con Max y luego se alejó también.

Max fue junto a Rosa y dijo muy serio:

—Esto debería mantenerlo con la boca cerrada durante un par de días, pero si de verdad tiene los resultados de las pruebas de ADN, y me temo que así sea, su periódico sacará este asunto a la luz. Tengo que hablar con el Rey antes de que eso ocurra, y tú tienes que abandonar Niroli hoy mismo.

Rosa sintió una punzada en el pecho.

—¿Cuándo… cuándo volveremos a vernos?

—No lo sé —respondió él sin mirarla—. Es posible que nunca.

Era la respuesta que había imaginado que le daría. Desolada, Rosa asintió en silencio.

—No creo que sea buena idea que visites ahora al Rey —dijo Max—. Cuando esto salga a la luz se producirá una crisis dinástica, y tú no debes verte implicada en ella. El jet privado de la familia te llevará de regreso a Nueva Zelanda.

—Está bien —murmuró Rosa con voz apagada.

Max no la tocó, pero cuando ella le dio la espalda para volver a la casa, dijo:

—Rosa, lo siento. Nunca me arrepentiré de estos días que hemos pasado juntos.

Ella se volvió y, sin saber cómo, logró esbozar una sonrisa.

—Yo tampoco.

Luego entró en la casa y subió a hacer el equipaje.

Vio a Max una última vez cuando una doncella fue a decirle que el helicóptero estaba aterrizando ya en la playa para llevarla a Porto di Castellante. Max estaba esperándola abajo, en el salón.

—Adiós, Rosita —dijo en un tono quedo.

Las lágrimas le quemaban la garganta a Rosa, y articuló a duras penas un adiós. Iba a darse la vuelta para marcharse cuando la mano de Max se posó sobre su hombro.

Al alzar el rostro hacia él, le pareció como si de pronto hubiera envejecido. Max se inclinó y la besó en la frente.

—Serás una gran reina —le dijo—. Sé feliz.

—¿Lo serás tú?

Max frunció los labios.

—No lo sé. Supongo que tendremos que confiar en que sea cierto eso que dicen de que el tiempo cura las heridas.

—Sí, supongo que sí —murmuró ella—. Adiós, Max.

Para cuando llegó a Nueva Zelanda, el escándalo ya se había desatado. Incluso en un lugar tan apartado como aquél, los periódicos le dedicaron páginas y páginas.

Algunos reporteros de agencias de noticias estuvieron apostados a la puerta del bloque donde Kate y ella vivían, pero acabaron por darse por vencidos al ver que ambas se negaban a hacer comentario alguno.

La familia más inmediata de Rosa le dio todo su apoyo, comunicándose con ella con más frecuencia de lo habitual por correo electrónico y por teléfono. Todos estaban de acuerdo en que aquél era el mejor sitio donde podía estar en esos momentos: lo más lejos posible del caos que se estaba viviendo en Niroli.

Su abuelo le había hecho una única y breve llamada para pedirle que no concediera ninguna entrevista.

En deferencia hacia ella, nadie en el laboratorio había sacado a relucir aquel asunto, pero su jefe le había dicho que si quería podía tomarse unos días libres, pretextando que últimamente la veía algo cansada.

Rosa dijo que estaba bien y rehusó, pero cada mañana tenía que aplicarse corrector para disimular las ojeras que delataban las noches en blanco.

¡Y echaba tanto de menos a Max…! La vida sin él era gris y vacía, igual que el futuro que se extendía ante ella.

Ni siquiera su trabajo, en el que se había refugiado hasta entonces cada vez que tenía un problema, lograba apartarlo de su mente un solo momento.

Se había creído aquello que habían dicho los dos de que esos días que habían pasado juntos los ayudarían a sobrellevar la separación, pero no era verdad. Los recuerdos de esos momentos felices eran agridulces, y el rememorarlos no hacía sino que se sintiese aún más triste.

## Capítulo 12

Frunciendo el ceño, Kate se apartó el teléfono del oído y lo tapó con la mano.

—Es un hombre que dice ser el secretario de tu abuelo —dijo a Rosa.

Ésta, sentada en el sofá del saloncito del piso que ambas compartían, inspiró profundamente antes de tomar el teléfono inalámbrico.

El secretario del Rey la informó de que Max ya no era el heredero al trono, le pidió que estuviese preparada por lo que pudiera ocurrir y, una vez más, le reiteró que no debía hablar con la prensa.

Rosa asintió a todo como un autómata, pero cuando fue a pulsar el botón de colgar la mano le temblaba de tal modo que el aparato se le escurrió, yendo a caer al suelo, y de su garganta escapó un sollozo.

Kate, que había ido a la cocina, regresó corriendo al oír el golpe, pero se paró en seco al ver lo pálida que se había puesto su amiga.

—Te haré una tila —dijo.

Volvió al cabo de unos minutos y le puso a Rosa la taza en las manos.

—Bebe —ordenó.

Rosa tomó un sorbo y luego inspiró y expiró varias veces, haciendo un esfuerzo por calmarse.

—Y ahora cuéntame qué ha ocurrido —le dijo Kate acariciándole el cabello.

Rosa le explicó cuál era la situación, y Kate soltó una palabrota entre dientes.

—No es justo; no sé cómo pueden estar haciéndote esto —murmuró.

—No, no lo es —asintió Rosa con un suspiro cansado—, pero creo que lo mejor será que no hablemos

siquiera de ello.

—Como quieras —respondió su amiga—, pero si necesitas un hombro en el que llorar, o un abrazo, ya sabes dónde me tienes.

A pesar del apoyo de Kate, Rosa no se había sentido tan sola en toda su vida. Aquella noche apenas si durmió unas pocas horas, dándole vueltas al futuro marcado por las responsabilidades y el deber que tendría que afrontar.

Cuando bajó a la cocina a la mañana siguiente, Kate la miró y preguntó:

—¿No irás a ir a trabajar, verdad?

—¿Por qué no? Los reporteros nos dejaron tranquilas hace días.

—Para empezar, tienes un aspecto horrible. Y respecto a nuestros amigos, las sanguijuelas de la prensa, parece que sólo estaban tomándose un descanso. Ahí fuera hay unos cuantos.

—Da igual; no voy a dejar de hacer mi vida por un puñado de reporteros.

En cuanto salió, comenzaron a acribillarla a preguntas.

—¿Qué opina de este escándalo que se ha desatado en su familia? —preguntó una mujer, acercándole su grabadora—. ¿Sabía que la segunda esposa de su abuelo, la reina Eva, había tenido un romance?

Rosa apretó el paso para llegar a su coche, pero naturalmente la siguieron, como un enjambre de abejas.

—¿Va a divorciarse el Rey de ella?

—¿Cómo se sintió al descubrir que quienes creía que eran sus primos no lo son en realidad?

Irritada, Rosa se metió en el coche y, al arrancar, estuvo a punto de atropellar a un cámara que insistía en filmarla. Dios, ¿cuándo terminaría aquello?

Aquella noche, cuando regresó al apartamento, recibió otra llamada del secretario personal de su abuelo.

—Desde un primer momento nos pusimos como prioridad llevar este asunto con discreción para que pudiera seguir con su vida con normalidad —dijo—, pero han comenzado a circular rumores de que va a suceder a Su Majestad. Eso podría suponer un riesgo para la seguridad de Su Alteza, así que hemos contratado los servicios de una empresa para que preste la protección necesaria. Deberían llegar en cualquier momento. Van a llevarla a una cabaña en South Island.

A Rosa, el estómago le dio un vuelco.

—Comprendo —murmuró—. Gracias.

Habría querido preguntarle dónde estaba Max, pero en lugar de eso colgó y le explicó a Kate lo ocurrido.

—Ya iba siendo hora de que hicieran algo para protegerte de esas hienas de la prensa —dijo su amiga—. ¿Quieres que me ponga en contacto con tu hermana o con algún otro miembro de tu familia?

—No, no te preocupes. Te llamaré esta noche —respondió Rosa, esforzándose por parecer tranquila—. Si mi primo Max llama, lo cual me parece bastante improbable… ¿podrías darle mi número de móvil?

Kate le dio su palabra de que lo haría y la ayudó a hacer la maleta.

Cuatro horas más tarde, Rosa estaba en una enorme cabaña con toda clase de comodidades en las montañas de South Island. Frente a ella se encontraba el guardaespaldas que le habían asignado, explicándole todas las medidas que se habían tomado para garantizar tanto su seguridad como su privacidad.

Lo había previsto todo; incluso había ido al laboratorio y había pedido que le diesen trabajo para mantenerla ocupada.

En las dos largas semanas que siguieron, su hermana Isabella le mandaba mensajes por correo electrónico con frecuencia, igual que sus hermanos, pero ninguno de ellos estaba al tanto de las decisiones

que se estaban tomando en palacio. En los periódicos se especulaba acerca de quién sucedería al Rey, pero ninguno de ellos mencionaba a Adam, y nadie sabía dónde estaba Max.

La primavera en las montañas era preciosa, y el matrimonio que se ocupaba del cuidado de la cabaña estaba siendo muy amable con ella, trataban de buscarle entretenimientos, y Rosa hacía todo lo posible para que pareciese que disfrutaba con ellos.

Cuando no estaba trabajando, o buscando obsesivamente información sobre la situación en Niroli, daba largos paseos en compañía del perro de los guardeses, un tranquilo labrador.

Y suspiraba por Max como una dama de la era victoriana cuyo amado hubiese partido a la guerra. Desde el principio había sabido que no podía haber un final feliz para Max y para ella, pero no podía dejar de pensar en él.

Una tarde, el ruido de un helicóptero irrumpió en su soledad. Rosa lo vio descender sobre el claro que había detrás de la cabaña, y por un momento se permitió abrigar una loca esperanza.

Luego, sin embargo, se dijo que probablemente sería un emisario de su abuelo, que había ido allí para llevarla a Niroli, a la que sería desde entonces su jaula dorada.

Una ola de pánico la invadió, pero era una princesa, y un miembro de la familia Fierezza. Cumpliría con su deber.

Apretó la mandíbula y se dirigió hacia la cabaña. Quería estar vestida como requería la ocasión para recibir a su visitante.

Para cuando llamaron a la puerta de su dormitorio, ya había cambiado los vaqueros y la camiseta por unos pantalones de lino, una blusa blanca y unas sandalias de tacón.

—Adelante —respondió con una voz tan débil que tuvo que aclararse la garganta y repetirlo.

La puerta se abrió y de sus labios escapó un gemido de sorpresa, porque era Max quien estaba allí de pie.

Reprimió a duras penas el impulso de correr hasta él y lanzarse a sus brazos, pero no pudo evitar devorar con los ojos sus apuestas facciones.

—Hola, Rosa.

Ella tragó saliva.

—¿Se da cuenta el abuelo de lo cruel que es por su parte haberte enviado a ti?

Max comprendió al instante qué quería decir.

—No me manda él —replicó, pasando y cerrando la puerta tras de sí.

Rosa lo miró con los ojos muy abiertos.

—Entonces es cruel por tu parte haber venido —murmuró.

—La pesadilla ha terminado; para los dos —dijo Max.

Y una vez más, como en tantas otras ocasiones en las últimas semanas, sintió que volvía a inundarlo un sentimiento de ira hacia el anciano monarca, por cuya obstinación en mantener aquellas estúpidas reglas tan mal se lo había hecho pasar a Rosa.

—Somos libres —añadió triunfal, contrariado al ver la extrañeza de ella.

—No comprendo.

—Libres para hacer lo que queramos. Ya no soy el heredero, ni tampoco lo eres tú.

Rosa frunció el entrecejo.

—¿Entonces quién es?

—Probablemente Adam —contestó él. Una nueva ola de ira lo invadió—. ¿Acaso no te han dicho nada?

—¿Quiénes?

—Esos hombres grises del Consejo de Estado —respondió él, haciendo un esfuerzo por calmarse—. Siéntate; siéntate, Rosa.

Ella miró en derredor, como desorientada, antes de tomar asiento en una silla junto a la ventana.

—Debes estar cansado del viaje —dijo ofreciéndole otra silla con un ademán al darse cuenta de su descortesía.

Max se sentó también.

—¿Qué sabes de los últimos sucesos que han tenido lugar en palacio?

—Nada —respondió ella—. Lo único que me dijeron fue que no hablara con la prensa, y luego que habían empezado a circular rumores de que yo sería quien sucedería al Rey. Por eso me trajeron aquí; porque estaría más segura.

Max no pudo evitar soltar un improperio, y Rosa se echó a reír al mismo tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Mi pobre Rosa… —murmuró Max—. Si hubiera sabido que te tenían desinformada hasta ese punto yo mismo te habría llamado noche y día para mantenerte al tanto de las negociaciones. Dime una cosa, ¿quieres ser reina?

Ella lo miró espantada.

—No. Por supuesto que no. Max, tú sabes que no. ¿Por qué me preguntas eso?

—Necesitaba estar seguro. He sido yo quien ha convencido al Rey para que considere la posibilidad de nombrar a Adam como su heredero con el pretexto de que tú no querías ser reina. Y te aseguro que no ha sido fácil.

—Oh, Max…

—Cuando el Rey descubrió que yo no su nieto, decidió que lo sucederías tú. Incluso tenía pensado un marido para ti, para que fuese él quien gobernase el país. Me ha llevado días convencerlo de que Adam sería una elección mucho mejor.

El corazón de Rosa palpitó con fuerza.

—¿Por qué, Max? ¿Por qué has hecho todo esto?

—Porque era lo único que podía hacer por ti —contestó él muy serio, poniéndose de pie y girándose hacia la ventana—. Sólo capituló cuando le dije que éramos amantes y que era probable que tú estuvieses embarazada. Creo que solo pensar que tendría que enfrentarse a otro escándalo fue lo que le hizo dar su brazo a torcer. Después de todos los disgustos que ha tenido en los últimos meses, seguramente pensó que no sobreviviría a otro.

—¿Cómo está? —inquirió ella para disimular el escalofrío de placer que la había recorrido al imaginarse teniendo un hijo de Max.

—Oh, está bien. De hecho, cuando le señalé que no hay ninguna regla que diga que el heredero al trono debe ser un hijo legítimo, pareció aliviado —contestó él, volviéndose hacia Rosa con una sonrisa irónica en los labios.

Ella puso freno al sentimiento de dicha que burbujeaba en su interior. Max había luchado por su libertad, pero eso no significaba que la amase.

—Te agradezco muchísimo que hayas hecho esto por mí; aunque no hay ningún hijo.

—Me alegro —dijo él sonriendo a medias—. Detestaría que te vieras convertida por mi causa en carnaza para la prensa amarilla. Una vez me dijiste que te parecía una persona amable, pero me he dado cuenta de que soy un egoísta. Después de que te fueras, decidí que tenía que hacer esto porque comprendí que lo que estaba haciendo era echarte a ti a los leones y salvarme yo.

Rosa sacudió la cabeza, pero él alzó una mano para que lo dejara seguir, y lo que dijo a continuación no podría haberla sorprendido más.

—Creo que me enamoré de ti cuando tenías dieciséis años, pero era un amor imposible: no sólo éramos primos, sino que además tú eras muy joven. Así que enterré esos sentimientos en lo más hondo de

mi ser. Sin embargo, supongo que siempre albergué la esperanza de que algún día, cuando tú hubieras crecido, tal vez podría tener una posibilidad. Cuando me di cuenta de que era el único heredero varón que quedaba y que tendría que ser yo quien sucediera al Rey, me sentí furioso porque ya nunca tendríamos esa posibilidad. Pero al fin soy libre para pedirte que te cases conmigo… si me aceptas.

Rosa se puso de pie y escrutó su rostro en silencio.

—¿Estás seguro? ¿De verdad es eso lo que quieres?

—Más de lo que he querido ninguna otra cosa en toda mi vida —respondió él quedamente—, pero tú aún eres muy joven; no querría que creyeses que me quieres sólo porque he sido el primer hombre con el que has tenido un orgasmo.

Con las mejillas encendidas y la voz temblorosa, Rosa respondió:

—No soy tan tonta ni tan inocente. Te amo, pero no quiero que te ates a mí sólo porque sientas que tienes la obligación de hacerlo.

—¿La obligación? —repitió él, echándose a reír—. Rosa, nunca te he mentido, y tampoco te he mentido antes cuando te he dicho que te quería. Estoy seguro de cuáles son mis sentimientos hacia ti, pero no tanto de los tuyos. El romanticismo y el amor son dos cosas muy distintas. El primero es algo pasajero, mientras que el otro implica un compromiso. Tienes que estar segura antes de…

—Lo estoy —lo interrumpió ella con vehemencia, temerosa de que no fuera a poder convencerlo—. Es verdad que hace unos años no era más que una chiquilla, y que me encapriché de ti porque eras guapo y porque eras mayor que yo, pero cuando regresé a Niroli, ya hecha una mujer, te vi tal y como eras. No como un príncipe azul, sino como un hombre con sus virtudes y sus defectos, capaz de sacrificarse por los demás.

Escrutó de nuevo su rostro, con el corazón latiéndole desbocado, en busca de alguna señal de que creía lo que ella estaba diciéndole, y entonces una sonrisa se dibujó en los labios de Max, y no una sonrisa de lástima, sino una sonrisa triunfal.

—Rosita, ¿querrás casarte conmigo? —preguntó de nuevo—. Podríamos vivir aquí, en Nueva Zelanda, para que nuestros hijos creciesen lejos de las presiones de la corte.

Rosa se sentía tan feliz que tenía la sensación de que el corazón iba a estallarle de un momento a otro.

—Cariño, no llores —dijo Max al ver que los ojos estaban llenándosele de lágrimas—. Sólo di que sí.

—Sí —susurró ella—. Sí, Max, me casaré contigo. Y me encantaría que viviésemos aquí.

Él le abrió los brazos en un gesto mudo, y Rosa se lanzó a ellos entre risas y lágrimas.

Max la besó, primero con ternura, y luego con pasión, antes de alzarla en volandas y llevarla a la cama.

Horas más tarde, Rosa yacía en sus brazos.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó somnolienta—. ¿Te dijo mi abuelo dónde estaba?

—No, fui yo quien tuve que decírselo a él.

Rosa alzó la cabeza y lo miró contrariada.

—¿Cómo?

—Esta cabaña y estas tierras son mías —reveló Max con una sonrisa—. El Rey quería llevarte a un hotel con un puñado de guardaespaldas para que te custodiaran día y noche, y yo sabía que te habrías sentido como un ave enjaulada.

—Qué bien me conoces —murmuró ella antes de besarlo con ternura—. ¿Y qué vas a hacer con las tierras que tienes en Niroli?

Max se encogió de hombros.

—Ya he asignado a una persona para que se haga cargo de ellas, un nieto de Giovanni —respondió—. Mi primo —matizó—. Qué raro se me hace todavía…

Rosa sonrió.

—Esto aún me parece un milagro —murmuró, dejando escapar un bostezo.

—¿Sabes que tu abuelo trató de persuadirme para que me casara contigo, como rey consorte?

Rosa se incorporó como un resorte y lo miró de hito en hito.

—¿Tú eras el marido que había elegido para mí? ¿Y por qué no aceptaste?

Max volvió a encogerse de hombros.

—Habría sido como vivir una mentira. Quería que nos casáramos lo antes posible, antes de que se desatara el escándalo.

—En otras palabras, pretendía que tú fueras el gobernante defacto, y que yo fuera sólo un florero y una fábrica de bebés.

Max frunció los labios y asintió.

—Me alegra que te negaras —dijo Rosa—. Quiero una vida normal para nosotros y nuestros hijos, no una envuelta en pompa y protocolo. Y quiero poder seguir trabajando y encontrar una cura para la antracnosis, aunque de eso no estoy tan segura, porque es lo que ha hecho que volvamos a reunimos —añadió con una sonrisa picara.

Max se rió.

—No, estoy convencido de que, de un modo u otro, el destino habría vuelto a reunimos. Estamos hechos el uno para el otro, ¿no te das cuenta?

—¿Ya no te preocupa ser mucho mayor que yo? —lo pinchó ella.

—En absoluto —contestó él sonriendo—. En realidad, aquello era sólo una excusa para poder resistirme a tus encantos. Pero, ya ves, al final he sucumbido.

Rosa se echó a reír, pero luego se puso seria y preguntó:

—¿Crees que Adam accederá a convertirse en el nuevo heredero al trono?

—No lo sé, pero sospecho que a estas horas ya lo habrá decidido.

—Espero que todo salga bien —murmuró ella—. Me alegro mucho de que esto se haya acabado y no tengamos que preocuparnos más por… ¡Max!, ¿dónde vas? —exclamó al ver que se había levantado apresuradamente y se estaba bajando de la cama.

—Acabo de recordar que se me ha olvidado lo más importante —gruñó él mientras recogía sus pantalones del suelo.

Rosa parpadeó cuando lo vio sacar del bolsillo una cajita negra.

—No sé si lo querrás como anillo de compromiso, pero lo vi en una tienda hace un par de años y lo compré para ti —dijo Max volviendo junto a ella.

Rosa tardó un instante en recobrar el habla.

—¿Para mí?, ¿hace dos años? —repitió—. Pero creía que entonces tú…

—Nunca perdí la esperanza —dijo Max con dulzura—. Hasta que tus padres y mi padre murieron y uno tras otro nuestros hermanos empezaron a renunciar a sus derechos al trono.

Abrió la cajita, y Rosa se quedó sin aliento.

—Oh, Max, es precioso…

—Es un diamante rosa —explicó él—, por tu nombre, y tiene forma de corazón porque robaste el mío hace años.

Con los ojos llenos de lágrimas de emoción, Rosa extendió la mano para que pudiera ponérselo.

Luego, Max le besó la mano y dijo:

—Probablemente es demasiado grande para que lo lleves a diario, pero te compraré otro más

sencillo.

—No, no quiero ningún otro —replicó ella—. Este anillo significa mucho para mí; significa que nunca perdiste la esperanza de que algún día pudiéramos tener una vida juntos.

Max se encogió de hombros.

—Esperanza era lo único que tenía —respondió—. Bueno, ¿y cuándo nos casamos?

—Cuando quieras, y donde quieras —contestó ella, propinándole un puñetazo en las costillas.

—¡Ay! ¿Qué diablos...? ¿Por qué has hecho eso?

—¡Eso es por no haberme dicho que me querías antes de que me marchara de Niroli, hace unas semanas! —contestó ella con nuevas lágrimas en los ojos—. Creí que nunca volvería a verte.

Max la atrajo hacia sí y la dejó llorar en sus brazos.

—Perdóname, Rosita. No te lo dije porque pensé que habría sido muchísimo más duro para ti. Yo sabía que nunca me casaría porque jamás podría amar a otra mujer, pero tenía la esperanza de que tú algún día encontrases a un buen hombre que te hiciese feliz. Vamos, sécate los ojos y déjame ver esa bonita sonrisa que tienes.

Rosa sacó un pañuelo de la mesilla y se secó las lágrimas y se sonó la nariz antes de responder de mala gana:

—Supongo que tienes razón en que habría sido más duro para mí, pero no tan duro como ha debido ser para ti.

—Por suerte he estado muy ocupado —contestó él—. Tu abuelo es un hueso duro de roer. Por cierto, te manda un beso y un abrazo, y dice que quiere que le pongamos su nombre a nuestro primer hijo.

Rosa se echó a reír.

—¡Será petulante!

Volvieron a tumbarse, abrazados el uno al otro, y Rosa se prometió en silencio que desde ese instante atesoraría cada día del futuro que iban a recorrer juntos. El azar ya les había robado demasiado tiempo.

**Fin**